



DANIEL FLORENCIO O'LEARY

JUNÍN Y AYACUCHO



COLECCIÓN BICENTENARIO DE AYACUCHO

Encuentro de Bolívar y Sucre en Desaguadero,
Manuel Otero, (1883). Museo Bolivariano. Caracas, Venezuela.

Junín y Ayacucho

Daniel Florencio O'Leary

C O L E C C I Ó N B I C E N T E N A R I O
D E A Y A C U C H O

La batalla de Ayacucho culmina la Campaña del Sur, concebida por el genio del Libertador Simón Bolívar para expulsar definitivamente de la América meridional al Imperio español, y con ello completar y consolidar la unidad de Nuestra América en la gran nación colombiana que había fundado en Angostura tres años antes.

Bolívar encomendó la ejecución de aquella batalla al general Antonio José de Sucre de quien tenía la mejor opinión:

“Sucre es caballero en todo; es la cabeza mejor organizada de Colombia; es metódico, capaz de las más altas concepciones; es el mejor general de la República y el primer hombre de Estado”.

De tal manera que, al conmemorar Ayacucho, rendimos homenaje a ese grande hombre que Bolívar tenía como su sucesor. Indiscutiblemente con Sucre y Ayacucho celebramos, con toda nuestra fuerza y voluntad unitaria, al Ejército Libertador de Venezuela y de la patria unida nuestroamericana.

Recordamos con esta Colección Bicentenario de Ayacucho aquel momento cumbre de nuestra libertad y vocación antiimperialista en las diversas visiones de los autores de las obras que aquí editamos.

Doscientos años de Ayacucho, acontecimiento que cambió radicalmente la conformación geopolítica del mundo. Hoy, en plena transformación del sistema hegemónico mundial unipolar, el recuerdo de aquella gesta liberadora y su horizonte unitario suramericano nos muestra la vigencia de la necesaria unidad de nuestros pueblos y naciones para concretar aquel concepto bolivariano del “equilibrio del mundo”.

No se trata de celebrar una efeméride más de nuestro pasado glorioso; se trata de afirmar la conciencia histórica que nos urge a mantener la lucha por nuestra soberanía y por la unidad de Nuestra América en este cambio de era.

Tal como lo ha afirmado nuestro presidente Nicolás Maduro Moros:

“Hoy el mundo se mueve en un gran cambio civilizatorio. Hay un gran cambio de la geopolítica y de la civilización humana. Surge un nuevo mundo, mundo pluripolar, multicéntrico, nuevas potencias emergentes, que traen el aliento de siglos, hasta de milenios ya en su fuerza creadora”.

De allí la necesidad y urgencia de que:

“Podamos tener la fuerza, la capacidad, la voluntad, la independencia política para pasar de una poderosa Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños a una Confederación de pueblos, de Estados, de gobiernos de América Latina y el Caribe”.

Este es el horizonte unitario que el Libertador Bolívar fundó, que el comandante Chávez retomó y que el presidente Maduro se empeña en consolidar.

Tener presente a Ayacucho en estas obras de la Colección Bicentenario de Ayacucho no es una mirada diversa del pasado, sino un recordatorio de los retos y desafíos que tiene por delante América Latina y el Caribe en este cambio civilizatorio que vivimos. Es recordar la urgencia de la unidad de Nuestra América.

COMISIÓN PRESIDENCIAL PARA LA CONMEMORACIÓN
DEL BICENTENARIO

DELCY RODRÍGUEZ
Vicepresidenta Ejecutiva

M/G FÉLIX OSORIO
Secretario de la Comisión

ERNESTO VILLEGAS
Ministro del Poder Popular para la Cultura

RAÚL CAZAL
Presidente del Centro Nacional del Libro

ALEJANDRO LÓPEZ
Presidente del Centro de Estudios Simón Bolívar

Junín y Ayacucho

Daniel Florencio O’Leary



COLECCIÓN BICENTENARIO DE AYACUCHO

Índice

EL PERÚ LLAMA AL LIBERTADOR (1823)	13
LIMA (1823)	31
LA ANARQUÍA PERUANA (1823)	53
JUNÍN (1824)	81
EL PUNDONOR DE SUCRE Y LA PERFIDIA DE SANTANDER (1824)	97
AYACUCHO (1824)	123
EL PERÚ, INDEPENDIENTE (1825)	151
BOLÍVAR, ADMINISTRADOR (1825)	171

El Perú llama al Libertador

(1823)

I. El Perú llama en auxilio al Libertador

Después de la batalla de Carabobo, el Estado Mayor y los restos del ejército realista que lograron salvarse, se encerraron en Puerto Cabello, así como la columna de Tello. Aunque inmediatamente se estableció el bloqueo, la falta de artillería para un sitio singular, hizo difícil, ya que no imposible, la reducción de la plaza. Los españoles además tenían una fuerza naval superior, que les facilitaba la movilización de sus tropas a lo largo de la costa. La provincia de Coro, que, como la de Pasto, permanecía inalterable en su fidelidad al rey, les servía de base de operaciones contra el resto de Venezuela.

Estimulado por estas ventajas, La Torre hizo algunas tentativas para recobrar la gloria y el territorio que se había dejado arrebatar en Carabobo; pero la vigilancia y el valor de los jefes y tropas de aquella heroica sección de Colombia, le oponían constante y tenaz resistencia.

El general Morales, discípulo de Boves, que reemplazó a La Torre en el mando de las armas españolas, más afortunado que su antecesor, obtuvo algunas ventajas y logró ocupar la ciudad y provincia de Maracaibo, desde donde amenazaba el interior de Venezuela y aun los departamentos fronterizos de Cundinamarca. El Gobierno de Colombia, obligado a ocurrir a las facultades extraordinarias que la Constitución le concedía en casos extremos, proclamó la ley marcial y la hizo cumplir con excesivo rigor. Entretanto, Morales cruzó el lago e invadió las provincias de Trujillo y Mérida.

Noticioso el Libertador de tan alarmante estado de cosas por los lados del Norte, partió inmediatamente de Guayaquil en dirección a Bogotá; mas no había adelantado cinco jornadas, cuando recibió dos mensajeros con noticias que desvirtuaban las anteriores, y en vez de seguir camino resolvió

retroceder a Guayaquil; pues la retirada de Morales de Mérida y Trujillo, y las medidas activas dictadas por el Gobierno, hacían innecesaria su presencia en aquella parte; en tanto que la derrota del ejército unido, a órdenes de Alvarado, en Moquegua, hacíanla indispensable en el Sur¹.

Apenas recibió los pormenores de suceso tan transcendental, comprendió la extensión del peligro, y ya que no le había sido dado evitar el mal, se preparó a hacerle frente. Dio luego al punto órdenes a los diferentes cuerpos estacionados en el Sur de prepararse a marchar, y cuanto la prudencia y la previsión pudieron aconsejar, todo se hizo como si el enemigo estuviese ya pisando el territorio de Colombia.

El terrible desastre de Moquegua llenó de inconsuelo y consternación a los habitantes de las provincias libres del Perú, y todos, con excepción de los miembros del Gobierno, volvieron sus miradas hacia Colombia. La Junta gubernativa, incapaz de esfuerzo alguno en cualquier tiempo, se mostró más apática, si era posible, en presencia del enemigo, y un examen escrupuloso de su conducta dio lugar a sospechas de manejos criminosos.

La Mar mismo, su presidente, fue objeto de pública censura, y hasta llegó a acusársele de mantener correspondencia con los realistas; pero semejante cargo carecía de fundamento. La Mar era caballero por nacimiento y por educación; pero era incapaz de conducir los destinos de una nación en tiempo de revueltas. Era soldado valeroso, pero pusilánime estadista, y tan vehemente en sus afectos como débil de carácter, tanto más apasionado y terco en sus sentimientos, cuanto más vacilante en sus resoluciones. Su corazón le impulsaba al bien, pero su cabeza le arrastraba al error, y con los mejores deseos, sus acciones en general tenían la apariencia de proceder de perversas intenciones.

Comprendiendo la extensión del peligro y la indiferencia del Gobierno, los jefes y oficiales de los cuerpos acantonados en los alrededores de

1 Para darse cuenta de la situación del Libertador, entre los peligros del Sur, por las derrotas de Moquegua, lea, Torata, y los peligros del Norte por la invasión de jefe, tan peligroso y tenaz como Morales, échese una mirada al mapa de la América del Sur. Entonces se apreciará que Bolívar, desde el malecón de Guayaquil, lanzaba a un tiempo miradas ochocientas leguas al Sur y ochocientas leguas al Norte. Un continente íntegro solicitaba sus cuidados. Recuérdese la falta de comunicaciones en la América de entonces. La idea de echar la pierna al caballo en Guayaquil para venir a combatir a Morales en los Andes de Venezuela, da la medida de las dificultades con que tropezaba el Libertador, de su voluntad y de su obra.

Lima asumieron la responsabilidad de deliberar y dieron la voz de alerta al Congreso contra los peligros que amenazaban al país, exigiendo el nombramiento de D. José de la Riva-Agüero para primer magistrado de la nación.

Las exigencias de la fuerza armada, en tales casos, son generalmente mandatos que no es prudente desatender. Sin embargo, en la presente ocasión sintióse herida en su dignidad la asamblea que representaba la soberanía del Perú, y de muy buen grado hubiera desatendido la indicación, que en otras circunstancias habría tenido por un acto de abierta rebelión. Pero una segunda intimación del ejército venció todos sus es-crúpulos, con lo que se puso de manifiesto la impotencia de la suprema autoridad del Estado.

Riva-Agüero fue, en consecuencia, nombrado presidente de la República. Este Cambio se efectuó el 27 de Febrero de 1823. El primer acto del nuevo presidente fue el envío de un comisionado a Guayaquil, a dar satisfacción al Libertador por la conducta de la Junta y a solicitar el auxilio que él había ofrecido desde su llegada a Cuenca el año anterior. El general Portocarrero, a quien se confió esta misión, al presentar sus credenciales censuró la conducta de las anteriores administraciones del Perú, y aseguró al Libertador que el nuevo presidente aspiraba a cultivar la alianza de Colombia. He aquí su discurso:

Excmo. señor: Lima, feliz en los primeros pasos de su regeneración política, fue la admiración de los pueblos libres, cuando con una fuerza aparente hizo huir a sus enemigos. El general Canterac temió con razón a un pueblo entusiasmado hasta lo sumo más que a la fuerza armada que se le presentó. Y en este estado, señor, quién no presagiaría que la campaña sería concluida a voluntad del general San Martín, viéndolo constituido su Protector.

Todo, todo debía haber sucedido como se deseaba; pero cosas que no están a mi explicación, por ahora, perturbaron el curso majestuoso de la guerra, minoraron los recursos y motivaron los desgraciados sucesos de Ica y Moquegua con un comprometimiento general de la opinión.

Aletargado el Gobierno con estos incidentes, parecía ayudaba más a sentirlos que a remediarlos; pero a un clamor general del pueblo y del Ejército,

dio el soberano Congreso del Perú un nuevo impulso a la causa de la independencia, depositando el poder ejecutivo en el benemérito patriota D. José de la Riva Agüero. Este digno jefe, lo primero a que aspira es a buscar los recursos de que carece, en el héroe de América, en el gran Bolívar, a quien todo elogio es corto, si pensara mensurar sus grandes méritos.

A este interesante fin elige mi persona para que sea el órgano por donde se sirva V. E. oír las súplicas del Perú, y como el objeto de ellas es su salvación, me felicito desde ahora por el mejor éxito de mi misión, pues tengo el honor de estar ya a la presencia del Libertador de Colombia y Perú.

El Libertador respondió:

El Perú no podía elegir ni un jefe más digno de su administración que el presidente Riva-Agüero, ni un mensajero más agradable y más digno de representar al Perú en Colombia. La suerte de la bella República peruana está ya asegurada, porque tiene un gobierno de su corazón, un ejército peruano y a Colombia de auxiliar. Si; Colombia hará su deber en el Perú; llevará sus soldados hasta el Potosí, y estos bravos volverán a sus hogares con la sola recompensa de haber contribuido a destruir los últimos tiranos del Nuevo Mundo. Colombia no pretende un grano de terreno del Perú, porque su gloria, su dicha y su seguridad se fijan en conservar la libertad para sí y en dejar independientes a sus hermanos.

Señor general. Responda U.S. al Gobierno del Perú, que los soldados de Colombia ya están volando en los bajeles de la República, para ir a disipar las nubes que turban el sol del Perú.

Nada prometió Bolívar en este discurso que no estuviese pronto a cumplir, ni exageraba las cosas al decir que las tropas estaban ya navegando, porque aunque sólo hacía cuarenta y ocho horas que el enviado había desembarcado, tiempo apenas suficiente para vestirse un embajador, tal fue la extraordinaria actividad del Libertador, que a pesar de los escasos recursos disponibles, en tan corto tiempo había hecho embarcar 2.000 hombres, y los buques que los conducían estaban bajando el río cuando contestaba el discurso del ministro peruano. Dos días después 2.000 hombres más siguieron el mismo destino. El general peruano, acostumbrado a la apatía que presidía todos los actos del servicio público en su propio país, contemplaba, lleno de admiración y sorpresa, la vida y energía que comunicaba el Libertador a todo lo que le rodeaba.

El esmero escrupuloso en asegurar las comodidades del soldado y la facilidad con que despachaba el cúmulo de negocios que tenía a su cargo, sin más ayuda que la del secretario y los edecanes de su Estado Mayor, sorprendióle también; pero lo que más admiró fue ver que él mismo inspeccionaba cuanto fuese de alguna importancia, examinando detenidamente hasta las cuentas de gastos del equipo y embarco de las tropas de la expedición.

En medio de los afanes de estos preparativos, el Libertador recordó que el desinterés de que había dado pruebas en otra ocasión, no había sido correspondido por el Gobierno peruano, y aunque habían cambiado las circunstancias, creyó más prudente poner la suerte de las tropas colombianas en el Perú, fuera del alcance de toda contingencia, obligando a aquel Gobierno por un tratado a cumplir con sus promesas. El 18 de Marzo se ajustó una convención formal entre los plenipotenciarios de Colombia y el Perú, en la que se estipularon las condiciones de subsistencia, vestido y paga de las tropas auxiliares y el modo de hacer los reemplazos de las bajas causadas por la guerra o por las enfermedades. Como este tratado dio origen en años posteriores a disputas entre las dos partes contratantes, lo inserto aquí:

- 1º La República de Colombia auxiliará con 6.000 hombres a la República del Perú y con cuantas fuerzas disponibles tenga, según las circunstancias.
- 2º El Gobierno del Perú se obliga a satisfacer a la República de Colombia todos los costos del transporte de estas tropas a su territorio.
- 3º El Gobierno del Perú se obliga a pagar a los generales, jefes y oficiales de Colombia, los sueldos que se pagan a los de sus clases en el Perú, según el reglamento de sueldos de aquel Estado.
- 4º Las tropas de Colombia en guarnición disfrutarán la paga de diez pesos mensuales por plaza, descontándose de éstos el rancho y vestuarios. Este descuento se les hará en sus cuerpos respectivos; pero en campaña gozarán de los diez pesos íntegros, y el Gobierno del Perú les dará raciones y vestuarios sin descuento alguno.
- 5º El equipo del ejército de Colombia será por cuenta del Gobierno del Perú, lo mismo que la reposición de las armas y composiciones y reparo de estas mismas.

- 6º El ejército de Colombia será provisto de las municiones que le corresponden en campaña, cualquiera que sea su actitud, y recibirá también las que pida para su instrucción.
- 7º Los generales y jefes recibirán del Gobierno del Perú los caballos de ordenanza para el servicio.
- 8º Para las marchas, se darán al ejército de Colombia los bagajes de ordenanza, desde el general hasta el soldado.
- 9º Siendo muy costoso y difícil que Colombia llene las bajas de su ejército en el Perú con reemplazos enviados de su territorio, el Gobierno del Perú se obliga a reemplazarlos numéricamente, sea cual fuere la causa de estas bajas. Estos reemplazos se darán como vayan ocurriendo las bajas; pues de otro modo el ejército de Colombia no podrá contar con la fuerza necesaria para obrar.
- 10º Los gastos del ejército de Colombia para volver a su territorio serán satisfechos por el Gobierno del Perú.
- 11º Los buques de guerra de la Marina de Colombia serán tratados en el Perú como los buques de guerra de aquella República, siempre que estén en su servicio.
Autorizados plenamente los contratantes por nuestros gobiernos respectivos, hemos convenido, previos los requisitos legales, en los once artículos anteriores que contiene el presente convenio, y firmamos dos de un tenor en Guayaquil, a 18 de Marzo de 1823, 13º de la República de Colombia y 4º de la República del Perú.
Juan Faz del Castillo. –Mariano Portocarrero. –J. D. Espinar, secretario.
–Manuel de la Vega, secretario de la misión.

Para aclararlo se estipuló después que al ejército de Colombia, al regresar del Perú, deberían reponérsele las bajas hasta completar la fuerza que tenía cuando se embarcó para servirá aquel Estado. Esta condición onerosa y al parecer inhumana, no dimanó del Libertador; la había ya impuesto el Gobierno del Perú al general Sucre cuando la derrota de Guachi le puso en el caso de admitir cualquiera condición que se le exige se para conseguir auxilios contra el enemigo común. Y de acuerdo con el pacto aceptado por Sucre, Colombia se desprendió de 800 de sus hijos para reemplazar las pérdidas que la división peruana sufrió en la campaña.

Después de obtener el auxilio que había venido a solicitar, tornó el enviado peruano a dirigirse al Libertador, y lo hizo en estos términos:

Excmo. señor: Plenamente autorizado por mi Gobierno para tratar con V.E. definitivamente, con arreglo a las instrucciones que he recibido, sobre los auxilios de que tan ejecutivamente necesita la república del Perú, no me ha quedado más que desear, ni cosa alguna que proponer en esta parte, después de haber visto a mi llegada que estaba ya próximo a zarpar la primera división auxiliadora compuesta de 3.000 hombres, y preparándose rápidamente la segunda de igual número; todo lo que V.E. por si, y sin insinuación alguna de la Junta que gobernaba en Lima, tenía dispuesto a costa de indecibles sacrificios.

Sí, señor excelentísimo: estos hechos, propios solamente del alma grande y generosa del Libertador de Colombia, satisfacen los deseos de mi misión, y serán tan gratos al presidente de la República del Perú, como satisfactorios a los libres de su capital; mas no por lo expuesto he cumplido con mi legación ni puedo lisonjearme de haber hecho lo que debo: otra cosa de mayor interés necesito exigir de V. E., y es su voluntad para pasar al Perú a dirigir la campaña que se ha de abrir a su debido tiempo, sin cuya singular gracia nada habré hecho yo que merezca la gratitud de mi Gobierno ni el aplauso de mis conciudadanos.

Este auxilio es el principal, el mayor y el único que puede salvar la patria de los Incas, como el mayor y principal encargo de mi Gobierno. La presencia sola del Libertador Simón Bolívar quitará el eclipse que padece el hermoso sol del Perú, alentará a los pusilánimes y confundirá el miserable resto de aventureros españoles que tienen oprimidos a los pueblos del Perú. La milicia siempre acertará en sus empresas, y los oprimidos bendecirán, aun antes de su libertad, la mano poderosa que los va a proteger. Compare V.E. estos beneficios y ventajas que recibirá la causa general de América con cualquiera otro motivo que su misma virtud le pueda presentar, y hallará sin duda la pronta resolución en la fuerza de la justicia de mi súplica.

Muy lejos, señor, del pensamiento de mi Gobierno y del de los patriotas peruanos el contemplar á V.E. con pretensiones las más leves sobre el territorio del Perú. Semejantes especies, ¿quién ignora que el origen que han

tenido ha sido el de una pequeña facción de hombres nulos e insignificantes bajo todos aspectos? Pero ésta ya está sofocada, acabada y extermindada, con el nuevo orden de cosas. Mandan los virtuosos, sostienen sus derechos los militares dignos de este nombre y los pueblos sanos y libres, como liberales han confundido en todas partes a los criminales que los oprimían.

Y si sólo la República de Colombia no ha sufrido estos contrastes, es porque la ha mandado V.E. sosteniéndola quieta, tranquila y libre, ejemplarizando a toda la América.

¿Cómo no deberé yo exigir con la más viva expresión por la presencia de V. E. en mi República? Sea V.E., pues, el juez imparcial que decida sobre la pretensión del Gobierno y del pueblo del Perú, en vista de tan poderosas razones que han estimulado al particular encargo de que importune a V. E., por esta singular gracia y quiera V.E. darmel el día más grande de placer haciéndome el instrumento que lleve a la capital de Lima con más ligereza que el rayo la noticia interesantísima de que muy breve verán á V.E. los peruanos cm su territorio, como lo desean, lo quieren y lo piden, y yo lo espero de la grandeza y generosidad de V. E.

El libertador contestó:

En cuanto a mí, estoy pronto a marchar con mis queridos compañeros de armas a los confines de la tierra que sea oprimida por los tiranos, y el Perú será el primero, cuando necesite mis servicios.

Si el Congreso general de Colombia no se opone a mi ausencia, yo tendré la honra de ser soldado del grande ejército americano, reunido en el suelo de los Incas y enviado allí por toda la América Meridional.

Habiendo cumplido satisfactoriamente su misión, el general Portocarrero regresó al Perú con las noticias más lisonjeras.

La alegría de los patriotas de Lima no tuvo límites al salir de las dudas en que habían vivido durante un mes; porque juzgando al Libertador por las reglas comunes de las almas vulgares, no podían concebir cómo tuviese él la magnanimidad de perdonar todos los insultos que la prensa de Lima le había irrrogado, y las sospechas infundadas del Gobierno acerca de sus miras ulteriores, y temieron ahora que les tratase con el desprecio que merecían. Al desengañarse, su gratitud fue tan vehemente, y quizás tan sincera, como

apasionado el vituperio con que habían cubierto su nombre. La prensa de Lima pasó al otro extremo y se engalanaba diariamente con panegíricos en prosa y verso en loor del patriota que tan generosamente olvidaba las ofensas personales, para dedicarse exclusivamente al bien público.

II. Por segunda vez el Perú llama a Bolívar. Rebelión de los pastusos: Bolívar los aniquila en el combate de Ibarra

No fue, sin embargo, sino después de seria y madura reflexión que el Libertador resolvió seguir el nuevo plan que había concebido. Creyó preferible llevar la guerra al Perú y emplear los recursos de sus provincias libres contra los realistas, a mantenerse a la defensiva; sistema éste que, sin ser menos costoso, aniquilaría el Sur de Colombia y pondría más tarde en peligro a toda la República. Creía también materialmente imposible que los restos del ejército peruano, sin más territorio que las provincias del Norte, cansadas ya de la guerra, pudiesen resistir ventajosamente a los tercios realistas, engreídos con sus repetidos triunfos y mandados por jefes probados en la adversidad, que acababan de desplegar un espíritu emprendedor, digno de los sucesores de Pizarro y Almagro.

Sabía también que mientras hombres como Canterac y Valdés estuviesen en tranquila posesión de los inagotables recursos del Perú, Chile sería fácil presa, debilitada como se encontraba por las discordias intestinas, y desalentada con el resultado estéril de sus esfuerzos gloriosos en favor de la independencia del Perú; y que más tarde llevarían ellos sus armas a los demás Estados suramericanos, cuya reconquista, aunque les fuese difícil, no era imposible.

Él había visto los antiguos baluartes de la independencia, los héroes de la revolución retirarse de la lucha, los unos cansados, los otros disgustados, burlados todos. San Martín, Cochrane, O'Higgins no eran ya nombres que inspirasen terror a los españoles. Los oficiales que permanecían todavía en el Perú, o carecían de talentos e influencia, o estaban recién alistados en las filas patriotas. El Sur de Colombia, en las circunstancias más prósperas, con dificultad podría sobrelevar el peso de un ejército de 3.000 hombres, y su extensa frontera requería al menos tres veces ese número para defenderla.

Si estas tropas se reclutaban en el Sur, ni la vigilancia de todos los oficiales ni la más estricta disciplina bastarían a impedir la deserción.

Tales fueron las consideraciones que movieron al Libertador a aventurar su reputación en lo que se creyó entonces, con razón, una empresa temeraria: la de rescatar el Perú del poder de España, arrancándole a ésta la última de sus más ricas posesiones, que había adquirido en los días de su esplendor y gloria. La empresa, empero, estaba destinada a ser aún más arriesgada de lo que aparecía a las penetrantes previsiones de Bolívar, pero así convenía para que fuese más conspicua y más completa su gloria.

Tan pronto como el Libertador recibió la invitación formal del Gobierno del Perú para que fuese a tomar el mando del ejército de aquella nación, solicitó del Congreso de Colombia el permiso, y mientras se le concedía, se dedicó, con más ahínco del que acostumbraba, a hacer los preparativos necesarios para asegurar el éxito de la campaña. Había conferido el mando de las tropas enviadas a Lima al general Manuel Valdés², pero nombró al general Sucre, que, aunque menos antiguo en el ejército, poseía y merecía más su confianza, con el carácter de ministro plenipotenciario cerca del Gobierno de Lima, con poderes bastantes para todos aquellos casos en que Valdés creyese necesaria su intervención, o ésta fuese provechosa a los intereses y al honor de la República³.

-
- 2 V. las instrucciones secretas dadas a Valdés, t. XIX, p. 476 de los Documentos que sirven de comprobación a las Memorias del general O'Leary, a las cuales nos referiremos siempre que digamos «estas Memorias».
 - 3 El general Manuel Valdés, jefe colombiano, pasó al Perú con el cuerpo de ejército auxiliar enviado por Bolívar. Valdés merecía aquella confianza con que lo honrara el Libertador, aunque éste, como insinúa O'Leary, esperaba más en aquella delicada empresa de la cabeza de Sucre que de la cabeza de Valdés.

Nacido en el Oriente de Venezuela, como Mariño, como Bermúdez, como Sucre, fue Valdés compañero de Sucre y de Bermúdez, a las órdenes de Mariño, desde 1810, y realizó las audaces campañas de esa época en la sección oriental de la República; Venido Mariño – ¡al fin! – en apoyo del ejército del Centro, Valdés peleó contra Boves en Bocachica y Arao. Toda la desgraciada campaña venezolana de 1814, que es, sin duda, la más cruenta y terrible de la guerra de independencia en el Nuevo Mundo, la realizó Valdés “distinguiéndose entre tantos valientes”, como dijo Bolívar de la Legión británica en el parte de Carabobo. Aragua, Maturín, Urica, otra vez Maturín, fueron campos donde su espada tronchó las verdes ramas simbólicas, aun en medio de las derrotas.

Realiza la campaña venezolana de 1816. Invade con los seiscientos, a las órdenes de MacGregor, y se bate en Onoto, Quebrada-Honda y Alacrán. Luego, a las órdenes de Piar, en

El general Salom sucedió a Sucre en el mando civil y militar del departamento del Sur. La segunda división del ejército expedicionario se embarcó en Guayaquil en el curso del mes siguiente, y para completar los 6.000 hombres hubo que hacer esfuerzos verdaderamente extraordinarios.

El Presidente del Perú envió una segunda diputación, compuesta del marqués de Villafuerte y el coronel J. Francisco de Mendoza, a instar al Libertador a que pasase al Perú a dirigir las operaciones de la presente campaña y han tenido estos señores la franqueza –agregaba el coronel Pérez, en su oficio al secretario de Guerra– *de confesar a S. E. que, sin su presencia allí, creen inútiles cuantos esfuerzos hagan los Estados del Mediodía para destruir el ejército español.*

el Juncal. En 1817 asiste, con Freites, a la heroica defensa de la Casa Fuerte de Barcelona, y es de loa pocos que escapa a la carnicería del feroz: Aldama, para correr a luchar entre las huestes de la patria en la batalla de San Feliz y en el sitio que se pone a Angostura.

En la campaña de 1818 con Bolívar se batió en Calabozo, Semen, Ortiz: y Cojedes.

Enviado por Bolívar en asocio del general Rafael Urdaneta, en 1819, a hacerse cargo de las tropas británicas, pasa luego a Cundinamarca con buena parte de ellas, como jefe del ejército del Sur. El 6 de Junio de 1820, vence al coronel López en Pitayó y toma a Popayán en el mes de Julio. De Popayán sigue con cosa de 2.000 hombres sobre Pasto y se bate con heroísmo en Jenoi, queriendo forzar las formidables posiciones de los realistas, en aquellos riscos andinos que forman el nudo de Pasto.

Allí mismo, más tarde, a las órdenes de Bolívar, se iba a cubrir de gloria, en la batalla de Bomboná, el 7 de Abril de 1822, trepando por una escala de bayonetas el volcán de Pasto, defendido por aragoneses y catalanes y decidiendo la victoria con sus tropas inglesas y venezolanas.

Desde Guayaquil, ya independiente el Ecuador, lo envió Bolívar a Lima con la primera división colombiana auxiliar del Perú.

Como se mira, para este guerrero republicano, tan bravo como virtuoso y tan desinteresado como leal, no hubo durante la revolución descanso, ni canonjías, ni lucros de mala ley, ni intrigas políticas, ni ambiciones desenfrenadas. No hubo sino combatir. Su descanso fue pelear, como para el héroe del romance castellano.

La América fue ingrata con el héroe modesto: sus últimos días corrieron en tristeza y desamparo. Hasta la historia parece remisa en hacerle justicia. Sin embargo, aquel denodado y austero ciudadano había combatido por la independencia de América en diez y ocho batallas, desde Maturín hasta el Callao. “Después de veintiséis años de servicios y seis de destierro, lleno del más doloroso infortunio, murió este ilustre patriota el 31 de Julio de 1845, en la ciudad de Angostura”. Tal es el epitafio que la historia le ha escrito.

Su crimen fue haber permanecido fiel a la memoria de Bolívar, en medio de aquella América que, de un extremo a otro, no bien cerró los ojos el Libertador, se complació en calumniarlo y en escupir sobre su tumba.

El Congreso peruano, agradecido por el oportuno auxilio que les había enviado, le decretó un voto solemne de gracias. Pero a pesar de su ardiente deseo de satisfacer el anhelo de los peruanos, el respeto de Bolívar a las instituciones fundamentales de su país se lo impidió, y resolvió aguardar en Guayaquil el permiso que había solicitado del Congreso.

Aparte de esta consideración, nuevos disturbios en Pasto exigieron su presencia en aquella localidad. Los habitantes de esa Provincia turbulenta, a quienes ni la clemencia podía vencer, ni el rigor intimidar, viendo que la mayor parte de las tropas se habían retirado de sus acantonamientos para marchar al Perú, concibieron la idea de restablecer la autoridad del rey en las provincias de Quito.

Gran número de los que se habían ocultado, en los bosques y entre las inaccesibles breñas de sus montañas, desde donde mantenían en constante alarma a la guarnición de Pasto, después de su derrota del 24 de Diciembre, se reunieron, y allegando otros descontentos que aparentemente se habían sometido al Gobierno, se armaron de palos, lanzas y de cuantas armas pudieron conseguir, y marcharon contra la ciudad el 12 de junio.

Aunque el coronel Flores tuvo tiempo de formar los cuerpos que estaban a sus órdenes, tan impetuoso fue el ataque de los pastos, que las tropas veteranas no pudieron resistirlo. Derrotado Flores, pudo a duras penas, con algunos oficiales y un pequeño cuerpo de caballería, efectuar su retirada hasta Popayán, dejando en manos de los rebeldes las armas que tan valerosamente habían arrancado a los veteranos.

Agualongo, indio sagaz y de singular bravura, fue el autor y caudillo de esta revuelta. Sabedor, por medio de sus espías, pues casi todos los indígenas eran partidarios suyos, del estado indefenso en que había quedado la ciudad de Quito, apenas aumentó su fuerza y le dio alguna organización, marchó contra la capital.

Al tener noticia Salom de la suerte que había cabido a Flores, se apresuró a contener el avance de los rebeldes con las pocas tropas que había en la ciudad, y despachó un correo dando cuenta al Libertador de lo ocurrido. La situación en que la falta de tropas ponía aquella parte del país, podía haber alarmado a otro menos acostumbrado a luchar con las dificultades; pero Bolívar no gastó mucho tiempo en reflexionar y en decidirse.

Ordenó luego al punto que marchasen a Quito todos los convalecientes que hubiese en los hospitales, y él mismo voló hacia aquella ciudad, y llamó las milicias al servicio. Salom, que se había adelantado hasta el Puntal, hubo de retirarse ante las fuerzas superiores de Agualongo, dejándole franco el camino a Ibarra, que fue en el acto ocupada por él.

Poca confianza podían inspirar al Libertador las milicias que logró reunir; los soldados de línea, debilitados por las enfermedades y fatigas de las marchas forzadas que habían tenido que hacer, sólo podían servir para instruir a los reclutas milicianos de Quito; pero en estos premiosos momentos la aproximación de los rebeldes dejaba poco tiempo para su instrucción y disciplina.

Persuadido de que sólo por medio de estratagemas podía suplirse la falta de fuerzas, el Libertador empleó la siguiente con buen éxito. Con una fingida retirada, a que dio todas las apariencias de la fuga, inspiró confianza a los rebeldes, haciéndoles creer que podían adueñarse de Quito.

Agualongo amenazó a sus habitantes con un degüello general y ofreció a sus bárbaros soldados el saqueo de la ciudad; pero mientras se preparaba a ejecutar tan diabólico proyecto, el Libertador cayó repentinamente sobre él, desbaratando los inicuos planes del caudillo.

El 17 de julio al medio día, mientras los rebeldes andaban de fiesta en las calles de Ibarra sus avanzadas fueron sorprendidas y acuchilladas por el mismo Libertador con su Estado Mayor y una escolta de lanceros.

Avisado Agualongo de este inesperado ataque, casi al mismo tiempo en que Bolívar, con los que le acompañaban, ocupaba los suburbios, no le quedó más recurso que abandonar la ciudad y salir apresuradamente con sus tropas a colocarse al otro lado de una profunda barranca, que demora al Norte en el camino de Pasto, pero antes de poderlas formar en la altura que lo domina fue de nuevo atacado y completamente derrotado.

De los mil quinientos pastosos que en tan breve espacio había logrado reunir, seiscientos perecieron entre Ibarra y el pequeño lago de Yacuarcocha, que sólo dista media milla del poblado; el resto de la fuerza se dispersó en todas direcciones. Agualongo, con unos cincuenta jinetes, pudo escaparse, así como algunos dispersos, que por su conocimiento de las localidades se alejaron del camino principal, y se le reunieron después en las montañas de Pasto.

El indómito coraje de los rebeldes no cedió ni en medio de la derrota, despreciando el perdón que se les ofrecía si deponían las armas, prefirieron hacerlas pedazos cuando a causa de sus heridas no podían ya valerse de ellas contra sus contrarios.

El Libertador en persona persiguió a los fugitivos hasta muy entrada la noche. Al siguiente día hizo avanzar al coronel Salom a ocupar a Pasto, lo que verificó sin resistencia.

La noche antes de la acción de Ibarra, después de dar todas sus órdenes para la marcha en la mañana siguiente, dictó a un amanuense uno de los mejores y más elocuentes artículos que compuso en su vida, sobre la confederación americana. Así empleaba su tiempo en beneficio de la causa común, en medio de las más afflictivas circunstancias y hasta en momentos en que, como éstas, parecía más prudente retirarse en vez de atacar a un enemigo superior en número, que, aunque indisciplinado, estaba engreído con sus recientes triunfos.

III. Tercera embajada del Perú en solicitud de Bolívar. Cuarto llamamiento

El Libertador regresó a Quito, en donde le aguardaba la tercera embajada del Perú. Las invitaciones anteriores habían sido hechas por el Poder Ejecutivo de esta nación; la presente emanaba directamente de los representantes del pueblo, y por lo tanto revestía mayor carácter y debía serle más lisonjera. Olmedo, el antiguo presidente de la Junta de Guayaquil, quien, como ya he dicho, tenía asiento en el Congreso peruano, era el miembro principal de la Comisión, circunstancia que fue muy grata al Libertador, que le recibió con una cordialidad que le hace honor al que la dispensó como al que la recibió. Olmedo informó al Libertador del objeto de la misión en el siguiente discurso:

Señor: el Congreso del Perú ha querido fiar a una diputación de su seno el honor de renovar a V.E. sus 111 sentimientos de consideración y gratitud y de reiterarle los ardientes deseos de que su presencia vaya a poner un fin pronto y glorioso a los males de la guerra.

Los enemigos han ocupado la capital de la República. La devastación precede y sigue por todas partes la marcha del engréido y sanguinario Canterac, todas las huellas de sus pasos quedan cubiertas de sangre y de cenizas... Pero pasada la tempestad presente, parecerá más hermosa la libertad sentada sobre ruinas.

Enormes contribuciones, el saqueo de ricos almacenes y de los santos templos, una ciega y vigorosa conspiración de la juventud peruana han librado a la opulenta Lima de la suerte que han sufrido tantos pueblos inermes y pacíficos por donde han pasado loa tártaros del Occidente.

Esta conducta española, esta situación del Perú, si imponen a V.E., como a vengador de la América, el deber de volar a su defensa y venganza, le abren al mismo tiempo a un nuevo teatro de hazañas y de gloria.

Los enemigos, deslumbrados por algunas pequeñas ventajas de que sólo pueden envanecerse aquellos que no calculan sobre todas las causas que influyen en la suerte de los combates, o aquellos que, penetrados de su propia debilidad, se asombran de vencer una vez; los enemigos, repito, creyeron al Perú exhausto ya del todo y abandonado a sí mismo, y como no acaban de persuadirse de que todos los pueblos de América hacen causa común cuando ven amenazada la independencia de cualquiera de ellos, acometieron muy neciamente una empresa que debe importarles la pérdida de todas las provincias que tienen subyugadas y aun su destrucción total, si se aprovechan las circunstancias y los instantes y si se ponen en acción todos los medios y recursos que tenemos para vencer.

Los bravos de Colombia, que con las tropa, aguerridas del Plata y Chile, burlando los planes del enemigo, quedan acampadas delante de las fortalezas del Callao; el refuerzo que se espera con V. E.; la numerosa división que nuevamente ha salido de las costas chilenas; la expedición libertadora que felizmente desembarcó en Arica, compuesta de valientes peruanos resueltos a vengar, en los mismos campos de Torata, la última injuria que allí les hizo la fortuna: todos, señor, son elementos que sólo esperan una voz que loa una, una mano que los dirija, un genio que los lleve a la victoria.

Y todos los ojos, todos los votos se convierten naturalmente a V.E.

V. E. acaba de quebrantar con pie firme la última cabeza de la hidra de la rebelión, y nada puede impedirle de satisfacer unos votos de que pende

la libertad de un gran Estado, la seguridad del Sur de Colombia y la corona del destino del pueblo americano.

Rompa V.E. todos los lazos que lo retienen lejos del campo de batalla. Después de la revolución de tantos siglos, parece que los oráculos han vuelto a predecir que tantos pueblos confederados en una nueva Asia por la venganza común, de ninguna manera podrán vencer sin Aquiles. Ceda V.E. el torrente que quizá por la última vez le arrebate a nuevas glorias.

Estos son los votos que por nuestro medio transmite a V.E. el Congreso peruano, en la segura y firme esperanza de que V.E., como hasta ahora, será siempre fiel a sus comprometimientos con la patria y con la victoria.

El Libertador contestó:

Señor diputado: Mi religioso respeto por las instituciones de Colombia ha sido premiado por una victoria que el cielo ha querido conceder a nuestras armas, destruyendo para siempre los elementos de la guerra civil.

Mucho tiempo ha que mi corazón me impele hacia el Perú; mucho tiempo ha que los más valientes guerreros de toda la América colman la medida de mi gloria, llamándome a su lado; pero yo no he podido vencer la voz del deber, que me ha detenido en las playas de Colombia. He implorado el permiso del Congreso general para que me fuese permitido emplear mi espada en servicio de mis hermanos del Sur; esta gracia no me ha venido aún. Yo me desespero en esta inacción, cuando las tropas de Colombia están entre los peligros y la gloria, y yo lejos de ellas.

Señor diputado: yo ansío, por el momento, de ir al Perú; mi buena suerte me promete que bien pronto veré cumplido el voto de los hijos de los Incas, y el deber que yo mismo me he impuesto de no reposar hasta que el Nuevo Mundo no haya arrojado a los mares todos sus opresores.

Acompañaba a Olmedo D. José Sánchez Carrión, diputado, como él, al Congreso, hombre de altas prendas, erudito y gran patriota, de quien habré de ocuparme más adelante.

El Libertador partió para Guayaquil tan luego como pudo dejar asegurados el reposo y la tranquilidad de Quito. Llegó a aquella ciudad el 2 de agosto, donde le esperaba un edecán del marqués de Torre Tagle, quien había reemplazado a Riva-Agüero en el Gobierno del Perú. Era el edecán portador de pliegos del nuevo presidente, solicitando la pronta

presencia del Libertador en Lima, donde los recientes acontecimientos la hacían más necesaria.

A las seis de la mañana del día 7 recibió el decreto en que el Congreso le concedía el permiso que con tantas instancias había solicitado. Llegó éste cuando acababa el Libertador de firmar y sellar una carta para el general Santander, diciéndole que, sin aguardar la resolución del Congreso, había resuelto trasladarse al Perú porque la seguridad de Colombia dependía de su presencia en aquel país. Rompió la carta, y una hora después se embarcó para el Callao, a bordo del bergantín nacional Chimborazo. “Hoy es el aniversario de Boyacá –dijo uno de la comitiva al embarcarse–; buen presagio para la futura campaña”⁴.

4 La fecha de la salida del Libertador no está de acuerdo con lo que dice el oficio que se verá en el tomo XX, página 265 de los documentos de estas Memorias; pero no creemos que O’Leary se equivocara, siendo uno de los que acompañaban a Bolívar. (N. del T.)

LIMA

(1823)

I. Estado de Colombia al separarse de su suelo su fundador

Haré ahora una ligera reseña del estado en que se hallaba Colombia a mediados del año 1823, cuando el Libertador partió para el Perú a darle la libertad que ya había conquistado para Venezuela, Nueva Granada y Ecuador.

Seis años habían bastado a su genio para arrancar a su patria del dominio español, y aquel vasto territorio estaba sometido al Gobierno republicano desde el Orinoco al Tumbes, con excepción de una fortaleza en la que todavía flameaba la bandera española. La constitución política estaba firmemente establecida en la república; un ejército valiente la defendía, y el pueblo tan sólo necesitaba la promulgación de leyes sabias y algún reposo para ser feliz.

Aunque los gobiernos de Europa no reconocían la legitimidad del de Colombia, estaban lejos de serle hostiles. La Gran Bretaña le había ayudado en la infancia y protegido en su edad viril, y la república de los Estados Unidos, si no había hecho ni lo uno ni lo otro, había sido la primera en reconocer su independencia.

Las rentas del país eran cuantiosas si se sabía emplearlas con economía y habilidad; porque a pesar del recargo del Tesoro con deudas extranjeras e internas, las primeras podían redundar en beneficio del país, y las segundas no eran excesivas. Federales, centralistas, realistas o godos, venezolanos y granadinos, sacrificaban sus antipatías en aras del interés común, y cambiaban las odiosas distinciones de partido por el caro título nacional de colombianos.

Tal fue el depósito que el Libertador confió al vicepresidente Santander, cuando se separó de las playas de la patria, después de haberle dado existencia política, para ir a otras remotas a aventurar en el caos de la anarquía peruana la gloria adquirida en doce años de combates y arduas labores.

II. Estrategia «*sui generis*» del general Santa Cruz

Riva-Agüero, después de su exaltación a la presidencia del Perú, desplegó grande energía y laudable actividad; y secundado en sus esfuerzos por los jefes principales y por el Congreso, consiguió muy satisfactorios resultados. Colombia y Chile se prestaron a ayudar al Perú; pero lo que más halagó al pueblo fue la creación de un ejército nacional, mandado por oficiales peruanos. Habiendo llegado al Callao los auxiliares de Colombia, una expedición de cinco mil quinientos hombres se dio a la vela en los últimos días del mes de Mayo, a órdenes del general Santa Cruz, con dirección a las provincias del Sur.

Empero, no estaba Riva-Agüero a la altura del cargo que desempeñaba. Sin hábitos de mando ni conocimientos administrativos, pronto dio a conocer su debilidad de carácter, del que era rasgo prominente su excesiva vanidad.

El tratamiento injusto que dio a las tropas argentinas no sólo disgustó a éstas, sino a las demás auxiliares, que naturalmente debían temer que les tocase después la misma suerte. Las disensiones con el Congreso, que desde un principio amenazaban graves males al país, le llevaron al fin a la miseria y a la guerra civil.

Los españoles, entretanto, envanecidos con la victoria de Moquegua, y seguros del triunfo, concentraron en Jauja el ejército de operaciones; y habiendo dejado guarniciones en la costa y en la sierra, marcharon contra Lima con siete mil quinientos combatientes, ignorando absolutamente cuál fuese la fuerza de la expedición que Santa Cruz había llevado a Intermedios. La noticia de este movimiento desconcertó a Riva Agüero, e hizo comprender al Congreso la inminencia del peligro, sin que por ello se lograse la unión de los partidos; Se convocó una Junta de guerra en la cual se acordó ofrecer al general Sucre, enviado de Colombia, el mando en jefe del ejército, que rehusó con sinceridad, mas al aproximarse el enemigo lo aceptó, aunque con repugnancia.

Teniendo Sucre que dejar 1.000 hombres en el Callao, no contaba sino con 3.700 para cubrir a Lima; por lo que se decidió a abandonar la ciudad y a defender aquel puerto, adonde se trasladaron el Gobierno, el Congreso y además gran número de comerciantes y paisanos con sus

familias. Desde aquel instante el Callao fue fiel trasunto del campo fabuloso del rey Agramante⁵. Sucre mandaba el ejército y Torre Tagle la plaza; ambos estaban sometidos a RivaAgüero como presidente, y el Congreso era superior a todos.

El desacuerdo que comenzó en Lima entre el Poder ejecutivo y las Cámaras, tomó en el Callao grandes dimensiones con todos los desórdenes y confusión consiguientes. Los miembros del Congreso resolvieron depoñer a Riva-Agüero y confiar a Sucre el mando en jefe de la República; pero la desaprobación absoluta e incondicional de este general a una medida que, según él, produciría grande escándalo y aumentaría el peligro en presencia del enemigo común, les hizo renunciar a aquella ideal y sin embargo, después de acaloradas discusiones sobre la deposición del presidente, el Congreso al fin la decretó el 22 de Junio, y resolvió trasladar a Trujillo las sesiones, dejando al general Sucre con facultades omnímodas en el Callao y en las provincias que fuera ocupando con el ejército de su mando.

El general Canterac, con diez batallones, cinco escuadrones y un cuerpo de artillería, que sumaban siete mil quinientas plazas, sentó sus reales entre Lima y el Callao el 18 de Junio, y pidió a la Municipalidad de Lima, en el tono insolente que le era habitual en los días de prosperidad, trescientos mil pesos y tres mil fusiles, además de una enorme cantidad de paño, con la amenaza de incendiar la ciudad en casa de negativa; y aunque no llevó a efecto la amenaza, sacó fuertes sumas de dinero de sus habitantes.

Al saber Canterac el número exacto de la fuerzas que había embarcado Santa Cruz para Intermedios, aunque afectó despreciar a este jefe, diciendo que *un corneta bastaba para derrotarlo*, comprendió desde luego la necesidad de dar de mano por ahora a la esperanza de someter las provincias del Norte del Perú y volar a las del Sur a rescatarlas del poder de los independientes. Después de presentarse en parada frente al Callao, pero fuera del alcance de sus baterías, con lo que sólo consiguió aumentar su mal humor, y habiendo saqueado a Lima, resolvió el soberbio español⁶ evacuarla el 17 de Julio, y se retiró por el mismo camino que había traído un mes antes, pero en esta ocasión dándose mayor prisa. Para oponerse

5 Véanse las cartas de Sucre en los meses de mayo, junio y julio, en el tomo I, páginas 45 a 73. Correspondencias de estas memorias.

6 Canterac era francés.

a Santa Cruz y reforzar a los realistas del interior, babia ya destacado al general Valdés, con tres batallones y alguna caballería y artillería.

Viendo Sucre la inferioridad del ejército de su mando en número y calidad para medirse con el de Canterac, y la necesidad en que éste se hallaba de acudir a la defensa del Alto Perú, concibió el plan de embarcar una segunda expedición del Callao, con el objeto de reforzar a Santa Cruz o penetrar por Cumbibilca al Cuzco y defender la margen derecha del Apurímac. El Perú, cuyo crédito estaba arruinado, no pudo subvenir a los gastos de la expedición, y Sucre se vio obligado a empeñar la buena fe de Colombia por trescientos mil pesos. A mediados de Julio salió esta expedición para Chala, compuesta de tres mil hombres, y Sucre, después de delegar a Torre Tagle las facultades que le había conferido el Congreso, y de destacar al general Martínez a que picase la retaguardia del ejército realista; se embarcó para dirigir las operaciones en el Sur.

El 30 de Agosto ocupó a Arequipa, que había sido abandonada por la guarnición realista. Allí recibió pliegos de Santa Cruz, que, ufano con el feliz resultado que hasta entonces habían obtenido sus armas en el Alto Perú, rehusaba los refuerzos que le ofreciera Sucre al llegar con su expedición a Chala.

Esta negativa desgraciada decidió de la suerte de la campaña y del honor de su ejército, que fue dispersado sin gloria y casi sin combatir.

Santa Cruz había desembarcado en Ilo, en la costa de Intermedios, y marchado inmediatamente sobre el Alto Perú. Dividiendo sus fuerzas en dos columnas tramontó la cordillera y ocupó el Desaguadero, que separa el Alto del Bajo Perú; de seguida, la ciudad de La Paz, el 8 de Julio, con la columna de su mando inmediato, y envió la otra, a órdenes del general Gamarra, a cubrir á Oruro, que fue evacuada por los españoles.

Era esta la situación de Santa Cruz cuando el arrojado y activo general realista Valdés, que ya hemos visto salir desde Lima reforzar al virrey La Serna, voló, pues sería poco decir marchó, hasta reunirse con éste, y tomando en vez de las suyas, extenuadas por la fatiga, tropas de refresco, avanzó contra Santa Cruz, que le rechazó en Zepila, lugar situado a dos leguas al Norte del Desaguadero.

Casi al terminar el combate, fue informado Santa Cruz de los refuerzos llegados en auxilio de Valdés, y se retiró al otro lado del río, para facilitar la reunión de Gamarra. También lo cruzó el español por otro paso,

buscando a su turno la reunión de Olañeta, el jefe realista que venía a la sazón de Potosí.

Santa Cruz, deseoso de impedir esta reunión, y engrosado su ejército con la columna de Gamarra, marchó a Sora-Sora, en donde se encuentran los dos caminos. Valdés tomó posiciones sobre las alturas que dominan a Sepulturas. Vació Santa Cruz, perdió la ocasión de batir al enemigo en detal, y se replegó á Oruro, por carecer Sepulturas de forraje y agua. De Oruro siguió a Sicasica y de allí a Ayo-Ayo, deteniéndose sin necesidad en ambos lugares.

Valdés y Olañeta, reunidos ya, se hallaban muy cerca de él. Cediendo a las instancias de los jefes y oficiales del ejército, Santa Cruz se resolvió a arriesgar una batalla; pero no teniendo a mano su artillería, que había tomado distinta dirección, tuvo que renunciar su propósito, y continuó su retirada hacia Calamarca. Para quedar expedito y marchar con rapidez, entregó los enfermos y estropeados al coronel Lanza, bizarro oficial que se había distinguido en el Alto Perú en la guerra de partidas que se hacia allí a los realistas. Precipitó su retirada al Desaguadero, atormentado por el remordimiento de haber rehusado la oferta de Sucre, cuyo auxilio iba ahora a buscar para salvar los restos de su ejército.

De allí en adelante la retirada se convirtió en fuga; desapareció la disciplina, los oficiales desobedecían al general y los soldados a los oficiales; la deserción era vergonzosa, todo era confusión; el ejército dejó de existir y “sálvese quien pueda” fue la voz general.

Mil cuatrocientos hombres escasos llegaron a Ilo después de esta malograda campaña. La fuga, porque no puede llamarse retirada, de Santa Cruz, habría expuesto la división de Colombia, a no haber sido por la grande habilidad con que Sucre la condujo.

III. Cartas de Sucre al Libertador, que pintan la incapacidad presuntuosa del general Santa Cruz

El fracaso de esta expedición no sorprendió al Libertador, porque el general Sucre le había tenido al corriente de todo lo relativo a ella y de sus temores de un mal resultado. Desde Chala le decía el 5 de Agosto:

Mi objeto en venir aquí ha sido tan completamente lleno, que si las cosas marcharan en un orden regular, tendríamos mucho de la campaña adelantado; pero todo anda como va todo en el Perú, y siempre que la guerra se dirija así, hay que contar con pocos progresos.

Suponga usted que después de haber desembarcado el general Santa Cruz en Ilo, tranquila y pacíficamente, y que no tenía otra oposición a todo su ejército que Carratalá con 700 hombres en Arequipa, yo debí pensar que aprovechando la ocasión habría caído sobre esta fuerza y seguidamente sobre el Cuzco, donde por todo existían 300 veteranos y 800 ó 1.000 reclutas acabados de tomar. Tenía tiempo para esto y para tomar el Apurimac antes que Canterac pudiera mandar ningún refuerzo.

Contando con esto como con una cosa que no podía dejar de suceder, para usar del único medio de aprovechar nuestra situación, yo traté de obrar en consecuencia viiniendo a este punto, que es el único en que han quedado bestias en la costa y que toma por la espalda a Parinacochas, y que es el solo lugar por donde el enemigo podía descabezar el Apurimac para venir al Cuzco; poseyendo nosotros la ventaja de distar sólo veinte jornadas del Cuzco.

Al efecto de conseguir caballos, ganados y mulas, adelanté al general Miller, como dije a usted, y él iba proporcionado lo necesario para que pudiéramos marchar, si no cómodamente, a lo menos con lo preciso para internarnos al Cuzco, que era el punto en donde calculaba que podríamos alcanzar al general Santa Cruz.

Mas no sucedió así.

El general Santa Cruz (según las noticias de un sujeto muy patriota y respetable) estaba el 20 del pasado en Moquegua, y parece que sin pensar todavía en adelantarse, porque el 24 los enemigos poseían a Arequipa con 1.200 hombres (todos montados), esperando la reunión de sus diferentes guarniciones, con lo que contaban poner en operaciones 3.000 hombres, y con otros 3.000 de Valdés, la cosa es más seria.

No puedo decir si el general Santa Cruz sea o no culpable en esta demora, porque no conozco los obstáculos que haya tenido para moverse; mas no comprendo cómo puede ser que no haya batido a Carratalá con 700 hombres, a una distancia de 50 leguas de su ejército, habiendo él tomado a su llegada caballos y mulas suficientes para mover 2.000, y a

lo menos para ocupar a Arequipa. Menos entiendo cómo sea que deje reunir a Olañeta con Carratalá, pudiendo resultar de esta reunión una fatalidad a su ejército.

Las ventajas que nosotros podíamos haber adquirido por la marcha de los enemigos a Lima creo que están perdidas si el general Santa Cruz, no habiéndose adelantado sobre el Cuzco, tampoco haya trabajado sobre Puno y La Paz. Canterac puede desprender más fuerza contra nosotros; y si no viene la expedición de Chile la campaña no tendrá absolutamente la menor ventaja de nuestra parte. Hemos perdido cincuenta días de operaciones en el Sur, y esta pérdida se repone menos que la de una división. Cada vez tengo más cuidados por el general Santa Cruz. Temo mucho que él no querrá unirse con nosotros, o que de hacerlo será dirigiendo él las operaciones, y para esto hay también oposición de parte de los jefes de esta división, y no sé qué partido tomar. Quizás seré obligado de volverme a Lima, porque todo preferiré a entrar en la menor disensión. Habré satisfecho el deseo de usted de que yo viniera al Sur. Si soy obligado de regresarme, suplico a usted no vuelva a emplearme sino exclusivamente en la comisión que yo traje. No quiero entenderme más que con los colombianos. Si dejo o no la brigada del general Lara, lo resolverán las circunstancias en que me encuentre; pero haré todo lo posible por volverla conmigo si ocurre la menor cuestión. Esto sería lo que nos convendría.

De Quilca, el 24 del mismo mes, le escribía:

El general Santa Cruz perdió malamente la ocasión de batir los 1.500 hombres de Carratalá y aun de destruir los 1.200 de La Serna, por el interés de cargarse sobre su país. Este considerable error lo tendrá probablemente colocado en una muy mala posición, porque al menor esfuerzo de Olañeta o Valdés sobre él o sobre Gamarra, todo se lo lleva la trampa. Yo no puedo todavía auxiliarlo, no teniendo mi división desembarcada ni contando con seguridad cuándo estará en tierra. Mi única cooperación por este momento será tomar a Arequipa para distraer una gran parte de las fuerzas enemigas contra mi división. Pero si para cuando yo ocupe a Arequipa han batido a Santa Cruz, estaremos muy mal, porque no nos queda otro recurso que reembarcarnos e ir a Ica u otra parte donde trabajar, pues en el Sur sería locura quedarnos con 3.000 hombres, teniendo los enemigos 6.000 ó 7.000 con que cargarnos.

Lo único que miserablemente habremos conseguido será haber entretenido la guerra cuatro ó seis meses.

Yo no creo que Santa Cruz presente una batalla; él supongo que tomará posiciones o se irá retirando sobre las provincias altas del Perú, y de este modo engolfará á Valdés por esa parte, dando lugar a que yo me organice. Otra cosa seria el más solemne disparate, después que se perdió la ocasión de batir las divisiones enemigas en detal. Yo no concibo qué razón tuvo el general Santa Cruz para no haberlo hecho así; su carta no dice sino que pensó hacerlo, pero no expresa por qué renunció su intención.

Yo no puedo decir a usted qué haré, cuando todas las bases de mis cálculos han sido fallidas. Me dirigí a este punto pensando que Santa Cruz tendría a Arequipa; pero no imaginé siquiera que fuera otra cosa, y ya usted ve cuán diferentemente ha sucedido. No creí jamás una navegación de más de un mes, y usted ve que hemos sido tan desgraciados, que a los cincuenta días aun no llegan algunos transportes. Mientras me organice, quién sabe qué es de Santa Cruz, y si de Lima salen sobre Jauja; si hay alguna desgracia, nos echan los enemigos a pasear y no tendremos otra esperanza que los buques.

Yo no pienso separarme de las provincias de la costa, o mientras, que es locura aventurarnos, no tenga seguridad de reunirnos a Santa Cruz, no obstante que él opina de diferente manera. Los acontecimientos le obligarán a conocer que las opiniones presuntuosas no son las que salvan el país, ni que la guerra que él llama nacional (y que no sé cuál es, si es otra que la que hacemos nosotros) no vale la pena de llamarla guerra. Creo que él llama guerra nacional hacer levantar mantoneras, como tuvo tiempo de levantar el general San Martín. Es verdad que sería muy bueno; pero ni los pueblos de por aquí creo que se comprometerán a ello, ni él trae armas que darles, ni los enemigos dejan crear tales mantoneras. En fin, veremos lo que sale. Yo trabajaré cuanto pueda, pero no sacrificaré esta división.

Al saber que se habían reunido Valdés, Canterac y Olañeta, le escribe desde Arequipa el 25 de Septiembre:

Hay dos cosas muy graciosas en estas circunstancias, las cuales admirarán a usted como yo lo estoy basta el aturdimiento: la una es que Santa Cruz, teniendo 5.000 hombres y un río por medio, como el Desaguadero, haya permitido a su vista y paciencia reunir tropas venidas de Lima con las que estaban en el Potosí, consintiendo que los enemigos formen un cuerpo de 6.000 hombres, cuando él los encontró tan en detal que aquí había 1.500, en Sicuani 1.000 con Olañeta, secciones todas dispersas, y sólo había de formal lo que trajo Valdés de Lima, que estaba atrasado. Lo segundo es que si Santa Cruz preveía que no tenía los medios de evitar la reunión, ¿cómo jamás me ha hecho conocer sus operaciones y me ha ocultado todo?

En su carta del 30 de Agosto, fechada en el Desaguadero, nada, nada me dice, sino hablarme de la acción de Zepita, y no me indicó siquiera su retirada de Oruro y la necesidad de concentrarnos; antes me habló de alejarnos más, proponiéndome que yo fuese para el Cuzco. Sin embargo, para mostrar nuestra buena disposición, yo he movido el ejército a las catorce horas de recibir su insinuación, no obstante que este es un país infernal en donde es menester poner desde la leña hasta el agua para comer la tropa en el tránsito.

Usted no puede pensar que haya una tierra como ésta. No puedo negar a usted que marchó con una desconfianza de que no hay la menor idea, porque cada vez temo más que la división va a perderse o en combates con el enemigo o entre los disgustos que han de consumirnos. Creo poder repetir a usted por quinta u octava vez, que debemos considerar las tropas colombianas más perdidas que aventuradas.

La campaña presentó un semblante risueño después de la acción de Zepita, aun como ella fué; pero no estaba en cálculo de nadie que Santa Cruz permitiera la reunión de Valdés con Olañeta; me tiene abismado que bajo la vista de 5.000 hombres hágase ejecutado una tal operación, añadiendo el río que naturalmente la dificulta, y que Valdés tendría poco más de 3.000. Yo no dudé indicar a usted la risueña vista de la campaña, pero pienso que me engañé en esto, porque también me engañaron en las noticias, y más particularmente en las relativas a Olañeta, que no pintaban disuelto.

Son las once de la noche, y estaba aquí de mi carta cuando me acaba de llegar el parte que adjunto en copia.

Veo confirmados mis cuidados y temo mucho que Santa Cruz no ha podido excusar un choque con Valdés, y que se ha visto comprometido y malparado; no creo que pueda hacer frente a 6.000 hombres del enemigo, engreídos con el éxito de una operación tan brillantemente ejecutada, como reunirse y ya persiguiéndolo.

Si Santa Cruz logra ponerse de este lado del Desaguadero hasta reunirnos, quizás. salvaremos el ejército, librándolo a una batalla igual; pero desconfío por una parte que Santa Cruz haya podido evitar una batalla, y por otra, tenemos que pensar en Canterac, que ha llegado al Cuzco, según todas las noticias, aunque en cuanto a sus fuerzas varían, porque unos le dan 5.000 hombres y otros 3.000. No sé qué opinar, porque si él sabe el estado de las cosas de Lima, nada tiene que temer allá y traerá todo su ejército; en tal caso, nuestros negocios van muy mal.

Y por último, le decía de Ouilca el 11 de Octubre:

Mis temores respecto a la campaña del Sur se han verificado. El ejército del Perú no existe, y 5.000 hombres perfectamente situados, con bastante moral, en un país patriota, y en la oportunidad de haber libertado al Perú, no tiene ya sino los recuerdos de sus faltas para contemplar su disolución, sin una sola batalla.

Nadie sabe por qué se ha perdido el ejército. Santa Cruz, cuando le he preguntado por qué no libró su suerte a una batalla, me ha respondido que cuando trató de darla se le había extraviado el parque, con artillería, etc., y que no le pareció hasta los dos días, en que, ya disminuido en la mitad de la fuerza, no le era posible emprender nada. Lo cierto es que se ha perdido el ejército con la más grande vergüenza, y por una fortuna no he perdido estos cuerpos, que debieron ser envueltos en la ruina de los del Perú.

IV. Bolívar llega a Lima

En tanto que la ambición laudable de gloria, o quizás los celos mezquinos de Santa Cruz, conspiraban a destruir la causa de la independencia

del Perú por el lado del Sur, por el Norte la llama de las disensiones civiles, mal apagada, estaba a punto de propagarse con mayor fuerza.

A consecuencia de los acontecimientos del 23 de Junio, el Congreso y Riva-Agüero aparecieron en Trujillo, en donde aquél continuó en sus trabajos legislativos y éste en ejercicio del Poder ejecutivo, a despecho del decreto que le había depuesto.

Esta usurpación fue seguida de otra más inexcusable. El 19 de Julio Riva-Agüero expidió un decreto disolviendo el Congreso, y lo llevó a efecto el mismo día por medio de la fuerza armada. Desterró a los miembros que eran más hostiles, y nombró a diez de los que suponía mejor dispuestos a apoyarle para que sancionasen, con el carácter y bajo la denominación de senado, las medidas que tuviese él por conveniente proponer.

La mayoría de los diputados se trasladó a Lima y solicitó la protección de Torre Tagle, que en virtud de las facultades que le había delegado Sucre, y sostenido por el ejército que había quedado en el Callao y Lima, a órdenes de los generales Valdés y Martínez, convocó de nuevo el Congreso, cuya condescendencia compró con grandes sumas de dinero sacadas del Tesoro público.

Reunidos los diputados bajo tales auspicios, e indignados del tratamiento que habían recibido en Trujillo, no es de extrañarse que se apresuraran a mostrar más resentimiento que prudencia en sus deliberaciones y actos subsiguientes; declararon a Riva-Agüero traidor a la patria y fuera de la ley, y elevaron a Torre Tagle a la silla presidencial.

Tal era la situación desesperada del Perú, cuando llegó el Libertador a encargarse de salvarlo de la anarquía y del despotismo.

La guerra civil en el Norte, deshonor y derrotas en el Sur, los realistas envanecidos con sus triunfos; pero a cuadro tan desalentador le faltaba algo todavía más triste: todos los elementos disolventes debían desencadenarse para hacer más espantosa su situación.

El 1.^o de Septiembre se aproximó el bergantín Chimborazo a la costa, y desde su cubierta pudo el Libertador observar la influencia fatal que ejerce en lo físico el metal, que en el mundo moral y político todo lo corrrompe y envilece. Las colinas estériles y los áridos arenales le hicieron suspirar por los valles risueños y siempre frescos y verdes de Venezuela. A la una de la tarde dio fondo el bergantín en el Callao.

Al instante se despachó un correo a Lima, llevando la noticia al Gobierno. Torre Tagle y los principales empleados civiles y militares y centenares de ciudadanos se apresuraron a llegar al puerto a cumplimentarle y acompañarle a la capital, adonde entró aquella misma tarde en medio de la más entusiastas aclamaciones de toda la población, que le llevó como en triunfo hasta la casa que se le había destinado. Informado el Congreso de su llegada por el doctor José Sánchez Carrión, uno de los comisionados últimamente enviados a Colombia para invitarle a ir al Perú, nombró una diputación de su seno á presentarle sus congratulaciones. El lenguaje de los que la componían era sincero al asegurarle que el Congreso saludaba su llegada como el acontecimiento más propicio. El Libertador les dio las gracias por el honor que se le hacía y la confianza que se le dispensaba, y les aseguró que el Congreso podía contar con sus esfuerzos, con tal que se destruyeran los abusos y se introdujeran reformas radicales en todos los ramos de la administración, que hasta entonces había sido viciosa y corrompida. Torre Tagle y sus ministros, que se hallaban presentes, oyeron con atención estas palabras, que desde luego creyeron ominosas para todos. Ellos, como sus antecesores, no habían descuidado sus intereses privados, y tenían sobrada razón para temer una investigación de su conducta. Los asuntos políticos en Trujillo presentaban cada día un aspecto más grave. Riva-Agüero, creyendo que no era posible llegar a una reconciliación con el Congreso, hacia aprestos para defender su mal adquirida autoridad. Reclutaba tropas en las provincias que lo habían reconocido, y tenía ya 3.000 hombres sobre las armas. Atribuyendo infundadamente al general Sucre la causa de las disensiones entre él y el Congreso, de las que resultó que se le privase del ejercicio constitucional del Poder ejecutivo, dedujo que el Libertador debería serle hostil y que sostendría las aspiraciones de su rival; y contribuyó a dar fuerza a esta suposición el que el Libertador no contestara las notas en que le informaba del escandaloso abuso que había hecho de la fuerza para disolver el Congreso en Trujillo⁷. Esta idea le precipitó de error en error y empeoró su posición, haciéndola cada día más falsa y en particular dañosa a sí mismo y a los verdaderos intereses del país en

7 Véanse las cartas de Riva-Agüero al Libertador. Tomo X, páginas 7 a 23, Correspondencias de estas memorias.

general. Pero Sucre era inocente del cargo que le hacía, como puede verse en su correspondencia oficial y en la privada con el Libertador, y si fuera necesario otro testimonio, apelaría a las notas del Gobierno del Perú y a las cartas particulares que hombres notables de ese país le dirigieron también en aquella época⁸. Movido el Congreso por estas consideraciones, y persuadido de que ningún mejor mediador podría hallar para arreglar sus diferencias con el jefe disidente, expidió el 2 de Septiembre, el día después de la llegada del Libertador a Lima, este decreto:

Deseoso de evitar en tiempo, por todos los medios que dicta la prudencia, los terribles males que producen las discordias civiles, especialmente cuando hay enemigos exteriores que combatir, y teniendo la más alta confianza del Libertador presidente de Colombia, Simón Bolívar, cuya protección personal ha solicitado la autoridad soberana, como el medio único de consolidar las libertades patrias, particularmente después de la última agresión española, ha venido en decretar y decreta lo siguiente:

- 1• El Congreso autoriza al Libertador presidente de Colombia, Simón Bolívar, para que termine las ocurrencias provenidas de la continuación del gobierno de D. José de la Riva-Agüero en una parte de la República, después de su destitución en 23 de Junio, y de la disolución de la representación nacional.
- 2• Se le confieren todas las facultades necesarias al cabal lleno de este negocio, pudiendo designar para el efecto la persona o personas de su confianza.

No se dudó ni por un momento que Riva-Agüero siguiese el ejemplo del Congreso y aceptase como árbitro al distinguido personaje a quien aquella corporación había elegido para dirimir las cuestiones pendientes entre ellos, a pesar de saberse que el expresidente no abrigaba sentimientos amistosos hacia el Libertador. Éste había aceptado el encargo porque Riva-Agüero no se había propasado a vías de hecho, y animado de sus ideas patriotas, le escribió la admirable carta que transcribo, en la que

8 Véanse estas cartas en el tomo citado, y las notas oficiales y decretos en el tomo XX, documentos de estas memorias.

le trazaba la línea de conducta que a su juicio debía seguir quien tan a pecho tenía, según decía, la libertad de su patria:

Lima, Septiembre 4 de 1823.

Sr. O. José de la Riva-Agüero.

Mi querido amigo y señor: Con infinito sentimiento tengo que dirigirme a usted para tratar sobre los negocios más desagradables y al mismo tiempo más arduos que pueden ocurrir en la vida de un hombre público. Yo creo que es ya inútil entrar en la investigación del origen y causa de la contienda de usted con el Congreso; y mucho más, calificar, sus propiedades y caracteres. El hecho es que usted se halla en guerra abierta con la representación nacional de su patria; esta representación fue convocada por el fundador de su libertad; ella ha sido reconocida por todas las autoridades y el pueblo peruano; usted mismo debió el nombramiento de su presidencia a la autoridad del Congreso: luego parece fuera de duda que los escogidos de la nación no pueden ser revocados por ningún ciudadano, cualquiera que sea su condición, todavía menos por usted, que fue uno de los primeros agentes del establecimiento de la representación popular, y como presidente le ha prestado solemnemente juramento de obediencia. En fin, amigo, el derecho creo que no admite discusión; en cuanto al hecho, veremos el efecto.

Bonaparte en Europa, e Itúrbide en América, son los dos hombres más prodigiosos, cada uno en su género, que presenta la historia moderna. Los primeros bienhechores de la patria y de la independencia nacional no han podido evitar su ruina, por solo el sacrilegio político de haber profanado el templo de las leyes y el sagrario de todos los derechos sociales; usted, además, ha añadido el ultraje más escandaloso en las personas de sus ministros sagrados. Creo, pues, que usted no podrá resistir tampoco al estruendo que resuena por todas parles, de todos los clamores de cuantos hombres tienen conciencia y bum sentido.

No dude usted que el suceso de Trujillo es la mancha más negra que tiene la revolución, y por consiguiente usted no debe esperar más que maldiciones en América y juicios de desaprobación en Europa.

Yo, sin embargo, ofrezco a usted mi amistad y toda la protección que dependa de mis facultades, si usted quiere aceptarlas. El coronel Urdaneta

y el señor Galdiano llevan poderes para transigir con usted y los que le obedecen en esta ardua y horrible materia.

Es inevitable la ruina del Perú, si en estas circunstancias usted demora un momento la aceptación de mis ofertas generosas; usted no puede aguardar más, sin ellas, que la esclavitud del Perú, y después de la persecución de todos los americanos, en contra de usted. La opinión pública será tan fuerte y tan constante en contra de usted, que no encontrará usted asilo ni en el fondo mismo de su conciencia. Por supuesto, de ningún modo mandará usted en Lima, ni los partidarios de usted tampoco; porque todos nos armaremos en defensa del Perú.

Si el enemigo retorna al yugo la patria, usted tampoco logrará el designio que aspira: por último, usted crea que ya no es posible que ninguna suerte propicia pueda alterar la naturaleza de los principios del orden moral que usted ha hollado, y que serán los más crueles enemigos que le perseguirán hasta el sepulcro.

Tenga usted la bondad, mi querido amigo, de disimular la franca exposición que he hecho a usted, sin rebozo ni miramiento alguno, de mi creencia política; porque estando a la cabeza de un pueblo libre y constituido, no puedo, sin faltar a mi más riguroso deber, callar el efecto que, en mi sentir, debe sufrir la América por la conducta de usted en estos tristes momentos; por lo demás, yo no puedo olvidar lo que usted ha hecho por la América, y particularmente por el Perú, cuyas reliquias usted ha salvado.

Esta carta fue confiada a los Sres. José María Galdiano y coronel Luis Urdaneta, a quienes dio el Libertador poderes para arreglar las diferencias que existían, autorizándole para conceder una amnistía y ofrecerá Riva-Agüero el mando del ejército peruano o una misión diplomática en Europa⁹.

Este fue el único paso que dio el Libertador para satisfacer los deseos del Congreso, consignados en el decreto ya mencionado, porque dudaba si en su actual posición de auxiliar del Perú le era dado intervenir en sus disensiones domésticas.

9 Véanse todos los documentos relativos a esta misión en el tomo XX, páginas 308 a 312 de Documentos de estas Memorias.

El Congreso señaló las doce de la mañana del día 13 para que el Libertador se presentase en la sala de sus sesiones a reconocer la soberanía nacional y manifestarle su sumisión en conformidad del carácter que le daba en la república el decreto del día 10.

Rara vez acaso presenció Lima una escena más interesante. Las calles, avenidas y balcones estaban apiñadas de espectadores, así como, las galerías de la sala de las sesiones. Acompañado del presidente de la república y de todas las corporaciones civiles, eclesiásticas y militares, se presentó el Libertador ante el soberano Congreso para asegurarle su independencia y ofrecerle su espada. Al entrar en la sala prorrumpió toda la concurrencia en estrepitosas aclamaciones; todos los miembros del Congreso, en señal de respeto, se pusieron de pie, y su presidente le señaló el puesto, a su derecha. A los ruidosos vivas sucedió un gran silencio, y el Libertador, levantándose de su asiento, dijo:

El Congreso constituyente del Perú ha colmado para conmigo la medida de su bondad: jamás mi gratitud alcanzará a la inmensidad de su confianza. Yo llenaré, sin embargo, este vacío con todos los sacrificios de mi vida; haré por el Perú mucho más de lo que admite mi capacidad, porque cuento con los esfuerzos de mis generosos compañeros.

La sabiduría del Congreso será mi antorcha en medio del caos de dificultades y peligros en que me hallo sumergido. El presidente del Estado, por sus servicios, patriotismo y virtud, habría él solo salvado su patria, si se le hubiese confiado este glorioso empeño: el poder ejecutivo será mi diestra y el instrumento de todas mis operaciones.

Cuento también con los talentos y virtudes de todos los peruanos, prontos a elevar el edificio de su hermosa república. Ellos han puesto en las aras de la patria todas sus ofrendas; no les queda más que su corazón, pero este corazón es para mí el paladio de la libertad.

Los soldados libertadores que han venido desde el Plata, el Maule, el Magdalena y el Orinoco no volverán a la patria sino cubiertos de laureles, pasando por arcos triunfales, llevando por trofeos los pendones de Castilla. Vencerán y dejarán libre el Perú, o todos morirán, yo lo prometo.

Resonaron de nuevo en el ámbito de la sala las más entusiastas aclamaciones, y restablecida la calma, contestó el presidente del Congreso, don Justo Figuerola, con estas palabras:

Ciudadano Libertador: Nada tiene que deciros la representación nacional acerca de vuestras nuevas obligaciones. Habéis desempeñado dignamente las antiguas, y ocupáis un lugar distinguido entr los héroes que en el Nuevo Mundo han roto el odioso cetro de la tiranía. Habéis puesto los cimientos de la felicidad en Cundinamarca; pero el majestuoso edificio de la independencia de América no será consumado hasta que los cánticos de la libertad no resuenen unísonos en todos los ángulos del orbe reciente.

¡Bienaventurado el mortal llamado por los destinos a obra tan grande!

Vos, Libertador, parecéis elegido por los cielos a cubriros de esta gloria. Habéis volado al oír el clamor del angustiado Perú; destruya vuestra triunfadora espada a los enemigos externos, y vuestras virtudes a los internos, y ceñidas vuestras sienes de los laureles que os labren la filosofía, la humanidad y la misma religión, donad a la América esa libertad para que majestuosamente sentada sobre el libro de la ley, esté unida con el orden, la paz, la justicia y las buenas costumbres; pero hacele detestar aquella otra libertad, que es un doble principio de su insurrección y tiranía, y que nutrida de odios y sospechas, está rodeado de verdugos y de víctimas.

¡Libertador! Mucho debéis a la patria y a vuestro nombre; pagad esta deuda pública y sagrada. Ya mil páginas de los anales de la gloria están llenas de vuestras hazañas. Bolívar... que las fojas que aún restan en blanco aparezcan escritas por la misma mano de la inmortalidad, pues se os presenta un gran teatro en que desplegar toda la energía de vuestro valor, luces, talentos y amor a la patria. ¡A la patria!... palabra encantadora, palabra que en las almas grandes como la vuestra llama en tropel a todas las virtudes.

¡Bolívar! El presidente del congreso del Perú únicamente os dice: patria, patria, patria. Vos, obrad según las emociones de vuestro corazón al escuchar este nombre divino.

Apenas acabó de hablar el presidente del Congreso, cuando se levantó el Libertador y dijo:

Señor: Yo ofrezco la victoria, confiado en el valor del Ejército Unido y en la buena fe del Congreso, Poder ejecutivo y pueblo peruano. Así, el Perú quedará independiente y soberano por todos los siglos de existencia que la Providencia divina le señale.

Arrebatado de su entusiasmo, al oír estas últimas expresiones, el diputado don Carlos de Pedemonte exclamó:

Señor: El verdadero día de nuestra libertad ha llegado. Si el ilustre Libertador de Colombia, si el inmortal Simón Bolívar nos engaña, renunciemos para siempre el tratar con los hombres.

Así terminó esta importante sesión, y el Libertador volvió a su casa en compañía de Torre Tagle, quien sin duda debió comprender durante esta ceremonia su poco valimiento; pero si no tuvo bastante penetración para comprenderlo, sí debió maliciar la opinión que de él se formó Bolívar.

V. Medidas políticas

Deseoso el Congreso de oír la opinión del Libertador acerca de las reformas que debieran adoptarse, le hizo saber que todas sus deliberaciones le serían sometidas antes de recibir una sanción definitiva.

Creíase entonces generalmente, por cuantos conocían el estado del país o se interesaban por su suerte, que el mejor modo de asegurarla y de conseguir la independencia era confiar las riendas del Gobierno al Libertador. Su más ligera indicación a este respecto hubiera bastado para que el Congreso la hubiese atendido inmediatamente; pero él se opuso con todo su ardor y elocuencia a tal idea. Considerando que si admitía la autoridad suprema no haría sino asumir mayor responsabilidad, sin que con ello aumentasen los recursos para la guerra, y que tal vez daría motivo para que los partidos se unieran al enemigo común para deshacerse de

los auxiliares. Los acontecimientos subsiguientes demostraron la exactitud de sus cálculos, y fue con tal motivo que se decidió a contestar el mensaje del Congreso en estos términos:

Tengo la honra de contestar a V.E. el despacho de ayer, en que V.E. se ha servido manifestarme el ánimo del soberano congreso del Perú con respecto a mí.

Cuando la diputación del cuerpo legislativo del Perú fue a Colombia a hacerme, a nombre de esta nación, la gloriosa invitación de venir a dirigir la guerra y a restablecer el orden constitucional, desgraciadamente alterado desde la ocupación de esta capital por los enemigos, entonces tuve la satisfacción de ofrecer mis servicios a los señores diputados del Perú conforme a sus vivas instancias. Pensaba que no tanto la guerra cuanto la organización social necesitaba de un fuerte apoyo que sostuviese la república peruana.

Al pisar las riberas del Callao, supe con inefable gozo que el Congreso del Perú babia noble y denodadamente restablecido un poder soberano y nombrado un Gobierno de su espontánea elección. Desde aquel momento creí llenada la parte capital de mi misión; ya no dirigí mis solicitudes y meditaciones sino al fin único de mi vida: la guerra americana.

Yo, Excmo. señor, he salido de Bogotá a buscar a los amigos de la América dondequiera que se hallen, y éstos huellan aún el territorio del Perú. Yo abandoné la capital de Colombia huyendo, por decirlo así, del mando civil. Mi repugnancia a emplearme con la administración del Gobierno, supera con mucho toda exageración, y así he renunciado para siempre el poder civil, que no tiene una íntima conexión con las operaciones militares: mejor diré, he conservado aquella parte del Gobierno que contribuye, como el cañón, a la destrucción de nuestros enemigos. En este concepto, vuelvo a ofrecer al Congreso del Perú mi activa cooperación a la salvación de su patria; pero esta oferta no puede extenderse a más que al empleo de mi espada.

Los escogidos del pueblo peruano pueden contar, sin embargo, con toda la fuerza de las armas de Colombia para deliberar con ilimitada libertad. Protegiendo la representación nacional, yo habré hecho al Perú el más grande de los servicios civiles que un hombre puede prestar a una nación.

También ofrezco ayudar al Poder ejecutivo en todo lo que alcancen mis facultades mentales.

Esto es, Excmo. señor, cuanto está en el círculo de mis más extensos deseos por la dicha, la gloria y la libertad del Perú; y es lo que únicamente me ocurre por ahora someter a la soberanía del Congreso constituyente.

Sin embargo, el 10 de septiembre el Congreso depositó en el Libertador la suprema autoridad militar en el territorio de la República, con las facultades ordinarias y extraordinarias que la actual situación de ésta demandaba.

En el hecho era una verdadera dictadura la que se le confería, porque aunque todavía quedaba Torre Tagle a la cabeza de la administración, como presidente nominal de la República, no era sino con una sombra de Poder. Esto le bastaba, pues aunque ambicioso de mando, era incapaz de ejercerlo. El complaciente Torre Tagle se tenía por el primer hombre del Perú, y así se lo hacían creer los pocos aduladores que le rodeaban, lo que para su limitada capacidad era suficiente.

Desde el momento en que Bolívar entró a ejercer sus funciones, todo en Lima asumió un aspecto esencialmente militar.

El Congreso nombró su guardia de honor, improvisando un cuerpo de cívicos con esta terrible y belicosa divisa: morir por el Congreso. No debió inspirar al Libertador mucha confianza esta legión; dejóla al mando de Torre Tagle, pero llamó su atención hacia la urgente necesidad de poner los cuerpos veteranos en actitud de entrar en la campaña.

La manera dispendiosa con que se había hecho la guerra durante la administración de San Martín y las que le sucedieron la ocupación de Lima por Canterac, de donde extrajo cuantiosas sumas, como ya he dicho, y los peculados vergonzosos de Torre Tagle, habían reducido casi a la miseria a la en otros tiempos opulenta capital.

El Libertador encontró exhausto el Tesoro; apenas podía el Gobierno subvenir a las necesidades diarias del ejército, y era tanto el descrédito en que había caído, que ni los más atrevidos especuladores arriesgaban sus capitales en contratos con una administración cuya mala fe era notoria. Para remediar los más urgentes apuros, el Libertador convocó los principales capitalistas y les pidió prestados 300.000 pesos bajo su responsabilidad personal, y como se sabía cuán religiosamente cumplía

sus promesas, y cuánta era su economía en el manejo de los caudales públicos, obtuvo con facilidad la cantidad solicitada. Las fuerzas estacionadas en la capital a fines de septiembre pasaban de cuatro mil hombres, pero mal equipados, y no había en los almacenes con qué vestir las que se esperaban diariamente de Colombia. El Libertador proveyó a estas necesidades y puso el ejército en disposición de emprender la campaña dentro de pocas semanas. Indicó al Gobierno la conveniencia de enviar a Chile una misión especial a pedir refuerzos y reiteró al vicepresidente de Colombia la demanda que había hecho con tal objeto. Mientras en éste y en otros negocios importantes se ocupaba, un grave acontecimiento vino a vencer la repugnancia que había tenido de intervenir en la disputa entre Riva-Agüero y el Congreso.

Habíase descubierto por cartas interceptadas que Riva-Agüero, faltando a todas las reglas de honor y patriotismo, mantenía correspondencia con los realistas, y aunque las primeras cartas no revelaban sus compromisos con ellos ni la extensión de su delito, si daban a conocer bastante el peligro que amenazaba al país, y aconsejaban la urgencia de conjurarlo en tiempo. Ni la carta del Libertador, ni la misión que había dirigido a Riva-Agüero, produjeron el resultado que se esperaba; tampoco obtuvieronlos los nuevos comisionados que se le enviaron, porque trató de evadirlo todo con frívolos pretextos.

El coronel Antonio Gutiérrez de la Fuente, que mandaba un cuerpo de las tropas del ex presidente, había llegado a Lima con despachos de éste para el Libertador, y fue bien recibido. En el curso de la conversación preguntóle el Libertador en qué estado se hallaban las negociaciones con los realistas, y si los oficiales estaban contentos con el cambio que Riva-Agüero quería efectuar. Sorprendido La Fuente con estas preguntas, negó tener conocimiento de que mediase correspondencia alguna sobre traición y protestó que cualquiera proposición de tal naturaleza sería vista por el ejército con indignación.

El Libertador puso entonces en sus manos las cartas del ex presidente que se habían interceptado y que probaban su delito y le habló detenidamente sobre la infamia que semejante conducta arrojaría sobre el Perú.
—Yo le doy poca importancia a esto —agregó—; esa conducta desleal podrá prolongar por algún tiempo la contienda; pero ahora que he puesto el pie

en el territorio peruano, nada me detendrá para llevar a cabo la empresa que he acometido. Pero ¿qué dirá el mundo cuando sepa que un hombre que ha gozado de la confianza de sus conciudadanos y regido los destinos de su patria, pretende venderle vilmente al enemigo, y que un ejército peruano es cómplice de su crimen y le aguda a hacer traición a las esperanzas, libertad é independencia del Perú?

Estas y otras observaciones, y las pruebas fehacientes que le presentó, produjeron el efecto deseado, y La Fuente no ocultó la indignación que le causaron los manejos sospechosos del expresidente. Entonces recordó que en una conferencia que con él había tenido hacia poco, Riva-Agüero había vertido palabras imprudentes o criminosas, que ahora resaltaban como pruebas contra él y confirmaban su culpabilidad.

La Fuente, animado de un celo laudable y deseoso de evitar los males que amenazaban al país de todos lados, excedió sus instrucciones y propuso al Libertador términos de capitulación, ventajosos para Riva-Agüero y honrosos para el Gobierno del Perú. El Libertador, movido por los mismos sentimientos, los aceptó, con ligeras modificaciones. Con este Tratado y la firme resolución de vigilar cuidadosamente los pasos de los disidentes, en caso de ser rechazado el Tratado que llevaba, La Fuente regresó a Trujillo. Riva-Agüero rehusó ratificarlo y envió otros comisionados a Pativilca a tratar con los coroneles Morales y Araos, nombrados por el Libertador para arreglar definitivamente las diferencias pendientes.

Noticioso el Congreso que Riva-Agüero miraba con indiferencia las medidas conciliatorias propuestas, y que estaba en correspondencia con La Serna, ordenó al Libertador que persiguiese de preferencia al proscrito, y emplease la fuerza y cualquier otro medio conducente a sofocar la anarquía. En obedecimiento a este decreto, el Libertador hizo mover 4.000 hombres hacia el cuartel general de los disidentes, y él mismo se trasladó al teatro de las operaciones a mediados de Noviembre, después de la promulgación de la Constitución provisional de la República que el Congreso había sancionado.

La anarquía peruana

(1823)

I. Bolívar intercede cerca del doctor Francia, dictador del Paraguay, por la libertad de Bompland

Entre las nobles acciones que realzan los sentimientos de filantropía y generosidad de Bolívar, hay una que la historia conservará, para probar en lo venidero que en medio de los peligros no había cuidados políticos ni militares bastantes a hacerle olvidar lo que debía a la humanidad, ni a impedirle cooperar en la causa de la civilización. Las siguientes cartas que escribió antes de salir de Lima a ponerse al frente del ejército, no han menester comentarios ni elogio:

Lima, octubre 23 de 1823.

Al señor doctor Francia, Dictador del Paraguay.

Excmo. señor:

Desde los primeros años de mi juventud tuve la honra de cultivar la amistad del señor Bompland y del señor barón de Humboldt, cuyo saber ha hecho más bien a la América que todos sus conquistadores.

Yo me encuentro ahora con el sentimiento de saber que mi adorado amigo el señor Bompland está retenido en el Paraguay por causas que ignoro. Sospecho que algunos falsos informes hayan podido calumniar a este virtuoso sabio, y que el Gobierno que V.E. preside se haya dejado sorprender con respecto a este caballero.

Dos circunstancias me impelen a rogar á V.E. encarecidamente por la libertad del señor Bompland. La primera es que yo soy la causa de su venida a América, porque yo fui quien le invitó a que se trasladase a Colombia, y ya decidido a ejecutar su viaje, las circunstancias de la guerra lo dirigieron imperiosamente hacia Buenos Aires; la segunda es que este sabio puede ilustrar a mi patria con sus luces, luego que

V.E. tenga la bondad de dejarle venir a Colombia, cuyo Gobierno presido por la voluntad del pueblo.

Sin duda V.E. no conocerá mi nombre ni mis servicios a la causa americana; pero si me fuese permitido interponer todo lo que valgo por la libertad del señor Bompland, me atrevería a dirigir a V.E. este ruego. Dígnese V.E. oír el clamor de cuatro millones de americanos libertados por el ejército de mi mando, que todos conmigo imploran la clemencia de V.E. en obsequio de la humanidad, la sabiduría y la justicia, en obsequio del señor Bompland.

El señor Bompland puede jurarán V.E., antes de salir del territorio de su mando, que abandonará las provincias del Río de la Plata para que de ningún modo le sea posible causar perjuicios a la provincia del Paraguay; que yo, mientras tanto, le espero con el ansia de un amigo y con el respeto de un discípulo, pues sería capaz de marchar hasta el Paraguay sólo por libertar al mejor de los hombres y al más célebre de los viajeros.

Excmo. señor: Yo espero que V.E. no dejará sin efecto mi ardiente ruego, y también espero que V.E. me cuente en el número de sus más fieles y agradecidos amigos, siempre que el inocente que amo no sea víctima de la injusticia.

Tengo el honor de ser de V.E. atento, obediente servidor, Bolívar.

Lima, 23 de octubre de 1823.

A la señora de Bompland.

Señora: Hace muchos años que tuve la satisfacción de ligar mis sentimientos a los del célebre y virtuoso Bompland, ahora digno esposo de usted.

He sabido con sumo dolor que este caballero se halla prisionero en el Paraguay, con la inocencia que caracteriza a los mártires. En consecuencia, me tomo la libertad de dirigir a usted tres cartas para el señor Francia, con el laudable fin de rogarle por la libertad de mi estimable amigo Bompland; las que suplico a usted se sirva dirigir por diferentes vías al Paraguay.

Si por un prodigo de la buena suerte el señor Bompland pudiere salir de los calabozos del Paraguay, yo ofrezco a usted y a toda su familia un destino honroso y útil al compañero del explorador del Nuevo Mundo. Entonces mi satisfacción sería infinita, porque reuniría en el seno de mi patria a uno de mis mejores amigos y a un sabio que esparciese la luz de la Naturaleza por todas nuestras vírgenes comarcas.

Tenga usted la bondad, señora, de contarme entre las personas que más desean empleare en servicio de usted, y de aceptar los testimonios de la consideración y aprecio que le profesa su atento y obediente servidor –Bolívar.

Rasgos como éste honran más al que los ejecuta que las más espléndidas victorias. Le elevan sobre la turba de conquistadores vulgares y ponen en evidencia que ni las glorias del guerrero ni las lucubraciones del político borran del corazón humano sus más nobles sentimientos.

II. Caída de Riva-Agüero

Riva-Agüero, en los últimos momentos de su vacilante poder, mostró una actividad que, de haberla desplegado en favor de una causa honrosa, habría sido de grande utilidad.

No fueron las negociaciones que inició con los realistas los únicos pasos que dio para hacerse de recursos y acumular obstáculos que entorpeciesen la marcha de sus contrarios. A este fin escribió a Santa Cruz, que todavía se hallaba en las provincias del Sur con las reliquias del ejército que había sido dispersado en el Alto Perú, rogándole encarecidamente volviese en su auxilio y evitase reconocer la autoridad de Tagle; despachó un agente a Chile y Buenos Aires a defender su causa ante los Gobiernos de aquellas Repúblicas y a representarles el peligro que probablemente les sobrevendría a ambos países si autorizaban con su aprobación la conducta de Bolívar, la cual calificaba de usurpadora y despótica. Este mensajero llevaba, además, encargo de entregar una carta al general San Martín, que a la sazón residía en Mendoza, al pie de los Andes, del lado oriental, instándole volviese al Perú a ponerse a la cabeza del ejército. Esta proposición fue rechazada con el desprecio que merecía. El ex protector, en la contestación que dio a Riva-Agüero, olvidó la dignidad y se dejó llevar de su cólera.

Mejor resultado tuvieron otras gestiones de Riva-Agüero. Chile no se negó a recibir ni oír a su enviado. La línea de conducta que Santa Cruz hubiera seguido, si no se hubiese puesto pronto término a la carrera del ex presidente, habría acaso envuelto el país en la guerra civil. Santa Cruz, Guise y Portocarrero habían escrito al mismo tiempo a San Martín suplicándole

volviese al Perú y anunciándole que la fragata al mando de Guise le aguardaría en Coquimbo. San Martín rehusó también esta invitación.

El vicealmirante Guise, oficial inglés, que había prestado servicios muy importantes a la América del Sur durante la guerra de independencia, y que mandaba ahora la escuadra peruana, era, por gratitud, pero faltando a sus deberes oficiales, partidario de Riva-Agüero.

Estas y otras circunstancias adversas hacían muy alarmante la situación del Libertador. Convencido de que sólo procediendo con gran prontitud y decisión podía salir del apuro, se puso a la cabeza de las fuerzas que marchaban a someter a los disidentes, con las que se interpuso entre éstos y los realistas, cortándoles la comunicación.

Un acontecimiento imprevisto vino felizmente a evitar esta vez la vergüenza y los horrores de la guerra civil. El coronel La Fuente, que, como he dicho ya, regresó a Trujillo profundamente impresionado con la idea de la infidencia del ex presidente, interceptó una correspondencia que acabó de disipar sus dudas sobre la extensión del delito, y se propuso no aparecer ante el país sindicado con la fea nota de complicidad en un hecho tan deshonroso.

Reunió los oficiales de su cuerpo, les reveló los planes desleales que Riva-Agüero había concebido y exigió su cooperación para desbaratarlos; todos consintieron y se decidió poner mano a la obra inmediatamente.

Al amanecer del día 25 de Noviembre entró La Fuente en la ciudad de Trujillo, que era a la sazón asiento del Gobierno disidente, y arrestó a Riva Agüero y a sus cómplices.

El golpe fue decisivo, y aunque muchos de los más comprometidos quedaron libres, al saber la aproximación del Libertador, aparte del desconcierto en que se encontraban, se vieron forzados a reconocer el Gobierno establecido por el Congreso. El coronel La Fuente envió a Lima la relación oficial de los acontecimientos; el Congreso exigió al Poder ejecutivo el cumplimiento de los decretos anteriores, y Torre Tagle ordenó se ejecutase en secreto al ex presidente. He aquí la orden que, con fecha 1 de diciembre, comunicó el secretario de Guerra al coronel La Fuente:

S. E. el presidente de la república ha mandado guardar y cumplir con esta fecha la orden del soberano Congreso que sigue:

Secretaría general del Congreso constituyente del Perú. Señor ministro de Estado, en el departamento de gobierno. -El soberano Congreso, en vista de las ‘comunicaciones oficiales del coronel don Antonio Gutiérrez de la fuente, en que propone se apruebe la medida a que las circunstancias le obligaron de que pasen a Chile don José de la Riva-Agüero y los cómplices que refiere, embarcados en el bergantín angloamericano Chatswoth, no se ha conformado con dicha medida, y en consecuencia ha resuelto: que S. E. el Libertador y el Gobierno, en sus respectivos casos, procedan contra ellos según los decretos anteriormente expedidos y en uso de las facultades conferidas de orden del mismo lo comunicamos á US. para los efectos consiguientes. --Dios, etc. -Lima, diciembre 1.^o de 1823.-Miguel Otero, diputado secretario. -Manuel Ferreiros, diputado secretario.

S.E. el presidente de la república, en virtud de lo prevenido en el soberano decreto de 8 de Agosto último, ha resuelto que a las seis horas de notificada esta determinación a los reos de alta traición don José de la Riva Agüero, don Manuel Pérez Tudela, don José María Novoa, don Manuel Anaya, don Toribio Dávalos, don José de la Torre Ugarte y don Ramón Novoa, como igualmente don Ramón Herrera, sean pasados por las armas en un lugar secreto, sin formalidad ni proceso alguno, por interesar extraordinariamente la ejecución de lo mandado; y que el capellán fray Eusebio Casaverde sea destinado a un presidio fuera del Estado del Perú por toda su vida, dando US. cuenta con el documento más solemne de haberse así verificado. -Juan de Berindoaga.

Pero esta orden no se llevó a efecto, porque La Fuente, recordando agradecido la amistad y servicios que había recibido de Riva-Agüero, tomó sobre sí la responsabilidad de embarcarlo para Guayaquil, de donde, por orden del Libertador, se le permitió trasladarse a Europa.

III. El Gobierno de Buenos Aires pacta con los españoles, con perjuicio de la causa americana

La división realista, al mando de Loriga, que se había acercado hasta veinte leguas de la capital, para hacer una diversión en favor de Riva-Agüero, se retiró a Ica al saber su prisión.

Por algún tiempo se sintieron las consecuencias de la resistencia del ex presidente, pues había logrado inspirar a las tropas de su mando grande aversión a los colombianos, sentimiento que jamás desapareció del todo y que, al terminar su carrera política, legó a sus rivales de Lima.

Habiéndose felizmente evitado la guerra civil, pudo el Libertador contraer toda su atención a los asuntos militares. Con tal objeto visitó las provincias del Norte, en donde estaban acantonados algunos de los cuerpos que habían servido a órdenes de Riva-Agüero; y ordenó una recluta general a fin de aumentar el ejército, para lo cual dictó las medidas enérgicas, que eran tanto más necesarias, cuanto que se había convencido ya que, fuera de los auxilios de Colombia, nada tenía el Perú que esperar de sus otros aliados.

Buenos Aires se había retirado implícitamente de la contienda, en virtud de una convención preliminar, concluida al principio de julio con los comisionados españoles autorizados al efecto, y cuya aceptación recomendó a los demás gobiernos suramericanos. Por esta convención se estipulaba:

Art. 1º A los sesenta días, contados desde la ratificación de esta convención por los gobiernos a quienes incumbe, cesarán las hostilidades por mar y tierra entre ellos y la nación española.

Art. 2º En consecuencia, el general de las fuerzas de S.M.C. existentes en el Perú, guardará las posiciones que ocupe al tiempo que le sea notoria esta convención, salvas las estipulaciones particulares que, por recíproca conveniencia, quieran proponerle o aceptar los gobiernos limítrofes, al objeto de mejorar la línea respectiva de ocupación durante la suspensión de hostilidades.

Art. 3º Las relaciones de comercio, con la excepción única de los artículos de contrabando de guerra, serán plenamente restablecidas por el tiempo de dicha suspensión, entre las provincias de la monarquía española, las que ocupen en el Perú las armas de S.M.C. y los estados que ratifiquen esta convención.

Art. 4º En consecuencia, los pabellones de unos y otros estados serán recíprocamente respetados y admitidos en sus puertos.

Art. 5º Las relaciones del comercio marítimo con la nación española y los estados que ratifiquen esta convención serán regladas por convención especial, en cuyo ajuste se entrará en seguida de la presente.

Art. 6º Ni las autoridades que administren las provincias del Perú a nombre de S.M.C., ni los estados limítrofes impondrán al comercio de unos y otros más contribuciones que las existentes al tiempo de la ratificación de esta convención.

Art. 7º La suspensión de las hostilidades subsistirá por el término de diez y ocho meses.

Cinco artículos más contenía el tratado, uno de los cuales obligaba al Gobierno de Buenos Aires negociar por medio de un plenipotenciario de las provincias unidas del Plata, conforme a ley de 19 de Junio, un tratado definitivo de paz y amistad entre Su Majestad Católica y los estados del continente americano, a que dicha ley se refiere. Este fue el gran proyecto del ministro de Buenos Aires D. Bernardino Rivadavia, hombre de estupenda vanidad, cuyo principal talento consistía en expresar sus opiniones en un lenguaje enigmático, ininteligible al vulgo.

Este personaje tenía la absurda pretensión de rivalizar al Libertador, lo que procuraba hacer contrariándole cuanto podía, y valiéndose de la prensa para desahogar su envidia y mal humor. Se lisonjeaba con la idea de que la convención preliminar establecería la paz en la América del Sur, y que los laureles incruentos de un Ayacucho ganado por la diplomacia, oscurecerían las glorias del vencedor de Boyacá y Carabobo; y que él, y no Bolívar, merecería el título de Libertador, conforme al principio de *Cedant armatogæ*.

Sus miras erradas y mezquinas quedaron burladas, aunque no sin haber causado daño al Perú; como que la política del ministro argentino paralizó los esfuerzos de las autoridades de Salta, que estaban dispuestas a hacer una diversión en las provincias del Alto Perú, y tuvieron que negar todos los auxilios al coronel Urdininea, a quien se mandó retirar de los puestos avanzados que ocupaba.

IV. Actitud del Gobierno de Chile

Chile, una vez libre de disensiones domésticas, y convencido de que su suerte dependía de la del Perú, se había comprometido desde el principio

del año a ayudarle, siempre que el Libertador se encargase de la dirección de la guerra.

A consecuencia de este ofrecimiento se trazó el plan de la futura campaña, según el cual el contingente de Chile debería desembarcar en Intermedios, lo más al Sur posible, y amenazar a los enemigos por aquella parte, mientras el Libertador los atacaría de frente, marchando sobre Jauja. En caso de que la división chilena no pudiese obrar con ventaja por Intermedios, tenía orden de retirarse a Coquimbo, de manera que pudiese aprovecharse de los movimientos posteriores de los españoles, para volver al Sur del Perú. La división chilena zarpó de Valparaíso el 15 de Octubre y llegó a Arica el 26, donde se hallaba todavía el general Santa Cruz; pero el coronel Benavente rehusó cooperar con él.

Los acontecimientos políticos obligaron al Libertador a cambiar su plan de campaña, y se mandó entonces que el contingente de Chile pasase al Callao. El jefe que lo mandaba evadió la orden del Libertador y regresó a Coquimbo y Valparaíso, abandonando el Perú a su suerte, y esto en los momentos en que el enemigo común, valido de las disensiones entre los independientes, marchaba contra la capital. Este indigno procedimiento fue aprobado por el Gobierno de Santiago, pero altamente censurado por el pueblo. Al saberse el arribo de la expedición, dirigi inmediatamente al Director la siguiente carta, pues a la sazón estaba yo en Santiago de comisionado del Libertador cerca de aquel Gobierno:

El Libertador me dijo, al despedirme de él, que recomendaba mi misión á V.E., y en días pasados V. E. me hizo el honor de repetirlo. En esta confianza, me tomo ahora la libertad de hacer á V.E. algunas observaciones a nombre del Libertador, que espero se dignará V.E. considerar con agrado. Instado el Libertador por el jefe y el Congreso de la República peruana para encargarse de la ardua empresa de libertar al Perú, S.E. mandó inmediatamente un auxilio respetable en defensa de aquel país, sin resolverse a pasar a él. En aquel tiempo el señor Campino, ministro plenipotenciario de Chile cerca del Gobierno del Perú, escribió al Libertador ofreciéndole, con la generosidad que distingue al Estado que V.E. dirige, y a nombre de su Gobierno, que Chile franquearía los auxilios necesarios siempre que el Libertador se encargue personalmente de la dirección de la guerra.

Desde aquel momento el Libertador determinó trasladarse al Perú, confiado más en los sinceros ofrecimientos de Chile que en sus propios deseos. A los pocos días de su llegada a Lima, tuvo S.E. la satisfacción de recibir confirmación de las promesas del señor Campino, de V.E. mismo. Nada le fue tan lisonjero como las nobles disposiciones que le manifestaba V.E. con respeto al Perú. Seguro de la amistad del héroe que Chile se gloría en llamar el restaurador de su libertad, me envió con la honrosa misión de cumplimentar á V.E. y rogarle que continuase sus esfuerzos en protección de la libertad del Perú.

Fue V. E. impuesto del plan de campaña adoptado por el Libertador. La división de Chile debía obrar lo más al Mediodía que le fue posible, mientras S.E. marchaba de frente por el Norte; caso que no pudiese emprender con suceso por el Sur, debía la división retirarse a Coquimbo o a otro puerto de Chile.

Las circunstancias políticas obligaron después al Libertador a variar su plan y a ordenar que la expedición de Chile pasase al Callao. No puedo asegurar si esta última orden se recibió; pero es lo cierto que, por desgracia del Libertador, del Perú y de la causa de la América, la división se halla parte en Valparaíso, parte en Coquimbo. No debo creer que Chile haya obrado en esta ocasión contra los sentimientos que demostró al Libertador. Podrá ser culpable de este suceso el jefe de la división, podrá serlo Chile todo, pero no lo será el general Freyre.

Díguese V.E. echar una mirada sobre el estado deplorable del Perú al separarse de él la expedición. El enemigo en marcha contra su capital; destrozado por un hijo desnaturalizado; un extranjero venal dando la vela para bloquear sus puertos; los piratas destruyendo su comercio y abandonado por Chile, su mejor aliado.

Se dice, pero yo no soy capaz de creerlo, que este Gobierno ha resuelto que la división no salga segunda vez a su destino. No puede el Gobierno alegar ignorancia de los negocios del Perú, a la salida de la división el 15 de Septiembre próximo pasado. V.E. lo sabía, todos los conocían y aun en aquellos días este Gobierno se indignó contra Buenos Aires, porque se decía que pensaba retirar su auxilio. Este rasgo es digno de Chile.

Ahora, sírvase V.E. calcular los males infinitos que amenazan a la América de Sur, si los españoles sojuzgan al Perú. V.E. conoce mejor que

nadie cuáles serán los resultados, y por lo mismo no me atrevo a expónerlos. Si le diré que pueden evitarse, porque el aspecto del Perú ha cambiado enteramente con la centralización de su Gobierno. Los facciosos han entrado en su deber, y el infame parricida Riva-Agüero está a la disposición del campeón de la justicia.

Permítame, pues, V.E. suplicarle a nombre del Libertador que ordene inmediatamente vuelva la expedición al punto de la costa del Perú que crea V.E. muy conveniente.

Los soldados de Chile, vencedores en Chacabuco y Maipú, fueron los primeros que dieron la libertad a los peruanos desplegando entre ellos su hermosa bandera. Sean esos soldados, señor, los que sellen su independencia, y entonces los siglos venideros bendecirán el nombre de V.E. como el autor de su dicha, con el mismo entusiasmo con que yo ahora tengo la honra de suscribirme de V.E. su obediente y humilde servidor.

El director de Chile, don Ramón Freyre, me renovó sus ofrecimientos de auxilio y sus protestas de simpatías en favor del Perú; pero éstas no se creyeron sinceras, desde el momento que no cumplió lo ofrecido. Su conducta desleal fue más perjudicial a los planes del Libertador que una negativa abierta y franca. Poco después recibió Freyre el castigo que merecía su ambiguo proceder; con la misma división que había vuelto del Perú atacó a Chiloé, donde fue vergonzosamente derrotado¹⁰.

V. El Libertador indica los medios para conservar el Callao y salvar las tropas de Chile

Entre los amigos y aliados del Perú, tan sólo Colombia le fue fiel en la desgracia; y secundando los generosos sentimientos y vastas miras del Libertador, apoyó con liberalidad sus gloriosos esfuerzos. El pueblo y el ejército colombiano eran todavía más decididos que el Gobierno, cuyas

¹⁰ La actitud del Gobierno de Chile, las razones a que obedecía y cuanto se refiere a la política americana de la época, mientras Bolívar terminó la guerra de independencia continental, se han historiado en importantísima obra del chileno don Gonzalo Bulnes: *Últimas campañas de la independencia del Perú*. Santiago de Chile, 1897.

medidas algunas veces encubrían celos mezquinos bajo la capa del interés nacional. Aunque gran parte del peso de la guerra del Perú gravitaba sobre Colombia, su Gobierno pudo haber mostrado más decisión y más actividad en el envío de los cuerpos auxiliares.

El estado de los negocios en el Perú y los grandes embarazos que rodeaban al Libertador, al fin del año de 1823, están fielmente descritos en la siguiente comunicación oficial que dirigió al secretario de la Guerra, y demuestra además este oficio la minuciosa atención que prestaba él a todo lo que se relacionaba con el ejército:

Habiendo llegado a este punto sin mi secretario, por haber quedado enfermo en el camino, me dirijo a US. personalmente.

Anoche he recibido las comunicaciones de US. hasta el 30 del mes pasado, por las cuales he sabido la disolución de la expedición de Arica y las sospechas que se han concebido contra el vicealmirante del Perú.

Como el bergantín Boyacá, a las órdenes del capitán Loro, ha llegado a las costas de Huanchaco con el objeto de prestar auxilios al partido de Riva-Agüero, no hay la menor duda de que se han alimentado esperanzas de resucitar ese partido ya casi extinguido. En consecuencia, yo he dictado providencias para asegurar los buques del Perú y de Colombia que puedan ser atacados por los partidarios de Riva-Agüero, o bien por la escuadrilla española compuesta de cuatro velas, de que ha dado parte el capitán del puerto del Callao, y original he recibido de S. E. el presidente de la república.

Las comunicaciones de ayer no han dejado de producirme una desagradable impresión; yo veo por ellas multiplicarse los obstáculos a la libertad del Perú. Por una parte, la expedición de Chile, dispersa y aun vuelta a su país; por la otra, Santa Cruz y sus partidarios con ideas siniestras; Guise, con iguales ideas; los facciosos de Lima, haciendo progresos en Canta y Huarochiri.

La exposición de Herrera manifiesta ampliamente el partido realista que predomina en Lima, de un modo a la verdad bien extraño; en fin, el conjunto de las noticias de ayer es horrible, y apenas me deja la esperanza de un éxito muy disputado al infortunio y a la fuerza. Todo amenaza ruina en este país. Mientras yo avanzo hacia el Norte, el Sur se va

desplomando; cuando vuelva al Sur, estoy cierto que esta parte del Norte va a sufrir trastornos inevitables. Porque el Perú se ha convertido en el campo de Agramante, en el cual nadie se entiende. Cualquier dirección que uno tome encuentra muchos opuestos.

¡Quién pudiera concebir que el partido de Riva Agüero había de reclutar sus cómplices con el atractivo de una infame traición! Pues tal es la situación de las cosas. Yo creo que si el Gobierno no adopta providencias terribles contra los realistas y contra los facciosos, el Perú es víctima de su propia clemencia.

Las órdenes del Gobierno sobre Riva-Agüero y sus cómplices son muy justas y muy del caso, y deben cumplirse rigurosamente. Además, yo soy de sentir que estas mismas órdenes deben ser extensivas a los demás cómplices de esa capital, sea con Riva-Agüero, sea con los españoles. El Gobierno debe pedir al Congreso leyes terribles contra los conspiradores de cualquier partido que sean; y el Gobierno debe cumplirlas con un rigor inexorable. El Perú está minado por sus enemigos, y tan sólo una contramina puede salvarlo.

Yo no me atrevo a dictar providencias que juzgo saludables, porque no soy peruano, y todo lo que yo hago se atribuye a Colombia y se atribuye a una mira adversa. Dígalo la relación de Herrera que habla de los enemigos de Colombia por los cupos, como si los cupos fueran de Colombia y no perteneciesen a los gastos del Perú y a sus autoridades.

Antes de ahora he dicho que quisiera que el Gobierno del Perú hiciese el gasto del odio que habría de recaer sobre mí por las medidas fuertes, que yo haría lo demás.

En prueba de ello, me he encargado de esta guerra civil, que por cierto no ha dejado de tener una gran parte de odios y calumnias; pero yo debía encargarme de ella para salvar este país. Gracias a Dios que ha tenido un resultado dichoso y pronto; pero no dejará de tener sus reatos, si no se aplican fuertes cáusticos a la gangrena que ha dejado la guerra doméstica. Para destruir las guerrillas enemiga; y facciosas debe salir inmediatamente del Callao el batallón Vargas hacia Canta y ser reemplazado por uno del Río de la Plata o de Chile, o por ambos a la vez, para mayor seguridad del Callao. Que el coronel Cordero tome el mando de todas las guerrillas de la Sierra contra Jauja y Paseo, y que se le franquen todos

los medios de subsistencia y movilidad para su tropa, o bien órdenes muy amplias para tomarlos en todo el país.

Con esto se logra destruir los partidos de Mancebo, Ninavilca, Carreño, Vidal, y acallará los contrarios a Villar, que por ser odioso en el país ha encontrado Ninavilca contrarios al Gobierno legítimo. Siempre he pensado que Mancebo y Villar son malvados y perjudiciales a la patria. Si el coronel Cordero no encuentra subsistencia para su batallón, que se corra hacia Cajatambo, y deje la fuerza indispensable en Canta para mantener el orden.

De Huarochiri debe también marchar alguna tropa de línea de Chile con el mismo objeto, y también para evitar a los chilenos su destrucción en el clima de la costa.

No es creíble cuánto necesitamos echar todo nuestro ejército a la serranía, para acostumbrarlo a marchar y aclimatarlo en el país donde debemos hacer la guerra. Por lo mismo, deseo ardientemente que todas las tropas de Chile que vayan llegando a las costas del Perú se vayan internando a la serranía, de cualquier modo que sea y en cualquier dirección: después se reunirán y organizarán del modo que sea posible y conveniente. Con esta operación se obtiene la salvación de los chilenos y un ahorro de gastos al Gobierno, que no puede soportarlos por el estado de penuria en que se halla.

En cuanto a los señores Santa Cruz y Guise, el Gobierno tomará la medida que le dicte su sabiduría; por mi parte, pronto estaré en Trujillo, de donde podré comunicar al Gobierno lo más que me ocurra sobre estos y otros asuntos de la mayor gravedad.

Antes de terminar este oficio, debo añadir que los cuerpos que mandaba Novoa han reconocido ya al Gobierno legítimo, aunque eran los más obstinados. Se hallan en esta ciudad en un estado lamentable por su poca fuerza y miserable condición; pero yo procuraré mejorarlos en cuanto esté a mi alcance.

Dentro de seis días estaré en Trujillo, y allá dictaré providencias para arreglarlo todo, conforme a las miras del Congreso y disposiciones del Gobierno. El ascenso del general La Fuente me parece justo y conveniente por su buena conducta en tan críticas circunstancias.

VI. La política bonaerense de pactar con los enemigos hace prosélitos en el Congreso del Perú

Estando dictando las medidas conducentes al aumento y subsistencia de los cuerpos peruanos estacionados en las provincias del Norte, supo el Libertador el arribo del almirante Guise a Huanchaco y sus actos arbitrarios, entre otros el de declarar bloqueadas las costas desde Cobija hasta Guayaquil, y el de haber puesto en libertad a los prisioneros confinados en los buques que estaban en el puerto.

El 17 de Diciembre salió de Cajamarca para Trujillo y llegó en la noche del 20. No tardó en arreglar las disputas con Santa Cruz y Guise, consiguiendo que reconociesen el Gobierno ellos y otros que basta entonces se habían negado a hacerlo. Sin embargo, el horizonte político parecía más nublado de día en día, y nuevos elementos de disolución se acumulaban, a cuál más amenazante, contra la independencia del Perú. Nada tiene, pues, de extraño que, pisando el suelo donde yacen las cenizas del último y más desgraciado de los incas, se acongojase previendo los obstáculos que aún tenía que superar antes de llegar a contemplar la cuna del primero de aquellos emperadores.

Creyendo luego necesaria su presencia en la capital, partió el 25 de Trujillo; pero al llegar a Pativilca el 1 de enero de 1824 cayó tan gravemente enfermo¹¹, que llegó a temerse por su vida, y naturalmente le fue imposible continuar la marcha a Lima.

Justamente hacia este tiempo llegó a la capital D. Félix Alzaga, con el carácter de ministro plenipotenciario en Buenos Aires, a solicitar del Gobierno del Perú su aquiescencia a la célebre convención preliminar, y desde luego entró en el desempeño de su misión.

Oyóle con placer el Gobierno, y no vaciló en prestar su asentimiento á un proyecto que cuadraba con sus miras y prometía, a su modo, la paz y el reposo. Pero como no bastaba el beneplácito aislado del ejecutivo, el partido de Torre Tagle empleó la intriga y el dolo para hacer el proyecto aceptable al Congreso, o cuando menos para conseguir partidarios que lo sostuviesen cuando lo presentase a aquella corporación.

11 Con una fiebre cerebral.

Informado el Libertador oficialmente por el Gobierno, de la llegada de Alzaga y del objeto de su misión, contestó que él esperaba que cualquier negociación con los realistas tendría por base la independencia y que, por su parte, no tenía la intención de mezclarse en el asunto. Sin embargo, escribió a sus agentes confidenciales en Lima, que él no se oponía a que el Gobierno enviase una comisión cerca del virrey para sondarle tocante a este punto y dar tiempo a que las tropas que se esperaban de Colombia llegasen; pero indicaba la absoluta necesidad de que su nombre no apareciese en el asunto para que el enemigo no atribuyese a debilidad su intervención.

El Congreso, como el Gobierno del Perú, cansados de la guerra y de los sacrificios que habían hecho, y desesperando de la salvación del país, concibieron la idea de que la convención preliminar de Buenos Aires podría acaso servir para poner término a la prolongada lucha en que estaba empeñado el país, y que tenía visos de conducirlo a un desenlace feliz.

El espíritu de contemporización que predominaba en el Congreso era mucho más ominoso que todos los demás síntomas, por fatales que fuesen, de parte del Gobierno. No obstante, la mayoría de los diputados, fieles a sus compromisos con el país y con el Libertador, tuvo el buen juicio de consultarle antes de tomar una resolución definitiva sobre la materia.

Representáronle en lenguaje expresivo el espantoso aspecto de los negocios, el desaliento de todas las clases de la sociedad, el estado exhausto del erario, o más bien la absoluta penuria a que estaba reducido, la imposibilidad de hacer más sacrificio, y finalmente, las esperanzas de paz que prometía la convención preliminar; pero terminaban protestando que cualquiera que fuese la opinión del Libertador, la acatarían.

A pesar de estas protestas, el Libertador leyó la representación con sorpresa, y vio con dolor que los representantes del pueblo no estaban libres del contagio que había esparcido el desaliento; más que nunca temió las malas consecuencias que, naturalmente, deberían resultar a la causa del Perú si flaqueaba la opinión pública. En su contestación al Congreso, evitó ofenderle oponiéndose directamente a las opiniones que parecía abrigar, y rehusó la responsabilidad de decidir lo que conviniese al Perú, limitándose a exponer sus sentimientos personales: *-Los sacrificios y la muerte -decía- me han parecido el colmo de la felicidad suprema*

comparados con la tiranía, y la guerra y la sangre, mejores que la sumisión y la paz con los opresores.

Esta nota produjo una impresión favorable e hizo renacer esperanzas a los verdaderos patriotas, que eran muchos en el Congreso. El ejecutivo, entretanto, había enviado al general Berindoaga, ministro de Guerra, a Jauja a invitar al virrey a aceptar la convención preliminar y a obtener un armisticio para el Perú. El enviado no logró una entrevista con La Serna ni Canterac; pero tuvo algunas conferencias con los generales Monet y Loriga, y la correspondencia que conducía fue dirigida al Cuzco. Este fue todo el resultado de su misión.

Torre Tagle y Berindoaga han sido acusados de haberse aprovechado de la legación del último para iniciar la vil traición que luego consumaron. Aunque la concurrencia de algunas circunstancias corrobora el cargo, y aunque las pruebas que se han aducido para sustentarlo son tan poderosas que parecen incontrovertibles, después de examinar escrupulosamente los documentos que tengo a la vista, me inclino a absolverlos del crimen.

Torre Tagle y Berindoaga ya no existen; la Providencia no quiso que su culpa aquí en la tierra quedase impune. Si al descargarlos de un solo crimen, las maldiciones de la posteridad han de pesar menos sobre su memoria, yo quedaré satisfecho.

VII. El Sargento Moyano, del ejército argentino, entrega el Callao a los españoles

A la una de la madrugada del 4 de Febrero, días después del regreso de Berindoaga a Lima, se sublevó la guarnición del Callao, luego depuso al general Alvarado, comandante de la plaza, y le prendió junto con todos los oficiales de los castillos.

El cabecilla de esta insurrección fue Moyano, hombre de color, sargento del regimiento del Río de la Plata, que con el Número 11 de la división de Los Andes, de las tropas de Buenos Aires y la artillería peruana, componían la guarnición.

Aunque no puede disculparse este crimen atroz contra la disciplina y el orden, debe tenerse en consideración, hasta cierto punto, el mal tratamiento que estos hombres habían recibido del Gobierno. No sólo se les mezquinaba la ración, sino se les retenía la paga, y las quejas de sus oficiales, buscando remedio, eran inútiles. Los sublevados habían visto el batallón colombiano Vargas, que antes hacia la guarnición de aquélla plaza, retirarse por la misma causa de que ellos se quejaban ahora, después de sufrir más hambre durante los meses que en ella permanecieron, que en un sitio formal.

Era tal la apatía del Gobierno y la indiferencia con que miraba la seguridad del Callao, que aunque el general Martínez había reclamado repetidas veces contra la miseria de la plaza, no se había tomado medida alguna que la aliviase. Pero no era solamente la guarnición del Callao la que sufría privaciones por el descuido del Gobierno; todo el ejército las padecía también, a pesar de los clamores de los comandantes de los cuerpos, del general en jefe y del Libertador mismo, que más de una vez apeló al Congreso en favor de los defensores del Perú.

Moyano, después de cometer el primer crimen, vaciló antes de hundirse más y más. Los conspiradores demandaron del Gobierno el pago de sus sueldos atrasados y que se les restituyese a su país: bajo tales condiciones se comprometían a devolver los castillos; pero Torre Tagle pretendió ver en ellas la deshonra del Gobierno. El Congreso diputó algunas comisiones a conferenciar con el ejecutivo; mas éste evadía con pretextos frívolos todos los medios que se le indicaban para recuperar los castillos y salvar el país. El 7 de Febrero llegó a Pativilca la fatal noticia de la sublevación; el Libertador comprendió en el acto toda la transcendencia del mal, y tomó sus medidas sin tardanza. Dio órdenes al general Martínez, comandante militar del distrito de Lima, de evacuar la capital, después de retirar los efectos militares, caballos, mulas y todo lo que pudiese servir al ejército, e imponer una contribución a las personas acaudaladas. El Libertador calculaba que el enemigo marcharía inmediatamente sobre Lima, que se les entregaría el Callao y que los recursos de la capital que mandaba alejar de allí, si por consideraciones que la crítica situación no permitía guardar, no se sacaban, serían infaliblemente empleados por los realistas en detrimento del país. Mandó además al almirante Guise que destruyese todos

los buques que estuviesen en la bahía del Callao que no pudiera sacar del puerto.

No tardaron mucho en realizarse los temores del Libertador. El 10 de Febrero, las tropas sublevadas de la plaza abrieron las casamatas y pusieron en libertad a los realistas confinados en ellas, izaron la bandera española, nombraron jefe al coronel Casariego y: enviaron una comisión a solicitar el auxilio de Canterac. El mismo día intimaron la rendición a la capital. Este suceso, no inesperado, produjo la mayor consternación en Lima. El Congreso, en medio del terrible conflicto, volvió la vista hacia Pativilca, y por un acuerdo, hijo de la desesperación, dio un paso gigantesco hacia la salvación del país; después de un corto debate, nombraron a Bolívar dictador y suspendieron la ley y la autoridad constitucional.

Muy diferente era la situación del Perú cuando se expidió este decreto, de la época en que desembarcó San Martín, cuatro años antes. Mucho habían cambiado las cosas.

En aquel tiempo era general en todo el Perú la decisión por la independencia, y el entusiasmo de sus habitantes al ver a sus libertadores fue tan grande como eran abundantes los recursos de este rico país. San Martín no tenía más que venir, ver y vencer; vino, vio y pudo haber vencido; pero la empresa era quizá superior a sus fuerzas o al menos así lo creyó; vaciló y al fin la abandonó.

Cuando el Congreso cometió a Bolívar la salvación de la república, le entregó un cadáver. Los arenosos desiertos de la costa eran su base de operaciones; las arcas públicas estaban vacías; la opinión, si no contraria a la causa de la independencia, si disgustada de ella; una parte del ejército totalmente desmoralizada y la otra casi en la miseria; la pequeña escuadra en pésimo estado y sin modo de repararse; sus tripulaciones sin paga hacia un año y el enemigo con un numeroso ejército lleno de recursos, ocupando excelentes posiciones.

Todos los hombres pensadores consideraban perdido el Perú, y los pocos que Bolívar trataba con intimidad, le aconsejaron con instancias que no aceptara un cargo que infaliblemente comprometería su reputación. Hasta Sucre, el ilustre Sucre, sin la conciencia de su brillante porvenir, e infiel por un momento a la gloria, dirigiendo sus pensamientos a la patria y dando la espalda a la victoria que le esperaba en Ayacucho, le aconsejó

también la retirada a Colombia. Pero Bolívar no les escuchó, porque era en conflictos como los presentes en los que él se mostraba superior a sí mismo. Apelando a los vastos recursos de su genio, que parecía crecer con los obstáculos, examinó sus fuerzas y se sintió capaz de superarlos.

VII. El marqués de Torre-Tagle, presidente del Perú, traiciona a su patria y se pasa a los españoles

Las instrucciones que se habían dado a Martínez no se cumplieron por las intrigas de Torre Tagle y Berindoaga, que ya sin duda se preparaban para hacer más aceptable a los realistas la traición que meditaban.

Reunióse una Junta de guerra, y unánimemente se convino en suspender las órdenes del Libertador y defender a Lima a todo trance, medida que habría acarreado la pérdida infalible de la pequeña guarnición, reducida sólo á setecientos hombres. Se removió al general Martínez y entró a reemplazarlo el valiente general Neco chea, oficial benemérito, a quien el Libertador nombró jefe civil y militar de la capital.

Cuando se ocupaba éste de la remisión de los elementos de guerra al cuartel general y cumplía las órdenes que se le habían dado, cayó en sus manos una carta de Canterac al agente de Torre Tagle. Esta carta revelaba la naturaleza y la extensión de la traición del presidente; aunque el general Guido, amigo y consejero de Necochea, le instó a que prendiese *incontinenti* al traidor y a sus cómplices, este general, cediendo a los instintos benévolos de su corazón, resolvió consultar primero al Libertador; y luego, cuando llegó la orden de prender y remitir los criminales, Pativilca previno al presidente y trató de inducirle a atenuar su falta, presentándose voluntariamente en el cuartel general el Libertador. Torre Tagle, fingiendo sorpresa, le hizo protestas de su inocencia y apparentó festinar su marcha a Pativilca, pero el traidor engañó a Necochea.

Esto dio origen algunos días después á sospechas contra personas que se creyó habían dado aviso a Torre Tagle de la orden de prisión. Al saberlo Necochea, escribió al Libertador una carta que le honra y que me complazco en reproducir:

Había consentido que mi viaje sería pronto y que tendría la fortuna de hablar con usted en Pativilca; pero su ausencia me obliga a anticiparle por medio de esta carta una declaración que mi propia delicadeza me arranca, venciendo toda la repugnancia con que me atormenta el accidente más amargo de mi vida; pero usted, mi general, es demasiado generoso, y pulsando este paso hará justicia a los sentimientos de un militar honrado.

Ha llegado a mi noticia que la traición más indigna á la confianza de un hombre de bien, ha dado lugar a que usted fluctúe sobre la persona que puede haber prevenido al mariscal Tagle del arresto decretado contra él; esta incertidumbre señalará víctimas, y mi honor se resiste á que' desmezcla del concepto de usted ningún inocente.

Debí al mariscal Tagle consideraciones de amistad que me formaron el deber de corresponderla. Lo creí un caballero, y este error me ha precipitado en el mayor de todos: faltando a mi deber, consentí poder llenar las miras de usted, haciendo marchar para el Norte al mariscal Tagle; pero excusándole la prisión, exigí de él las garantías más sagradas que respeta la sociedad sin la reserva, disponiéndome a hacer efectivas las órdenes de usted respecto a la prisión de los demás, porque en el fondo de mi conciencia ellos eran los verdaderos cómplices y autores de la tremenda intriga con que habían triunfado de la imbecilidad de Tagle. Este hombre, cuya debilidad ha comprometido mi reposo, mi opinión y, más apreciable que todo, la confianza que debí a usted, quebrantó todos los compromisos y vendió a los demás todos los gajes de la amistad más sincera, logrando así escapar del furor de las leyes.

Si esta manifestación requiere apología, merezco, mi general, la estimación de este sacrificio; caigan enhorabuena sobre mí los anatemas de usted, pero no sea yo jamás cómplice de la calumnia, y el idioma de la franqueza sirva para vindicarme a los ojos de un héroe.

¡Ojalá descubriera el tiempo ocasiones de acreditar al mundo que no desmerezco la fe y la consideración de usted¹².

Habiendo engañado a Necochea, Torre Tagle, en vez de ir a Pativilca, se refugió en los castillos del Callao, que la Providencia había destinado

12 Véanse las cartas de Necochea, tomo XI, página 243 á 254, Correspondencias de esta Memoria.

para teatro de su traición, de sus penas, de sus remordimientos y su trágico fin.

¡Cuán débil es la naturaleza humana! Nadie había sido más decidido por la independencia del Perú que el desgraciado marqués de Torre Tagle. Cuatro años antes había puesto en la balanza en que se pesaban los destinos de la patria su nombre, su influencia, sus riquezas y su persona. Sus padres, nobles y dueños de cuantiosos bienes de fortuna, le criaron en medio del lujo y de las comodidades. Su carácter tímido y ánimo débil, que la educación no fortaleció, recibió fácilmente las impresiones buenas o malas en todas las épocas de su vida. Amaba el mando, no porque fuese ambicioso, sino por ostentación; si cometió abusos, fue por incapacidad de hacer buen uso del poder.

Bajo los virreyes fue pródigo y disoluto; bajo San Martín, patriota; con Monteagudo, oligarca; intrigante con Guido, y con San Donás, traidor. Si no hubiese estado rodeado de pillos y parásitos, habría podido, bajo Bolívar, propender a la emancipación de la patria; pero prefirió la deshonra, y halló su tumba. En la vida privada le adornaban bellas cualidades. Era generoso, franco y liberal; pero hasta en su hogar, la debilidad, que fue la maldición de su vida pública, le persiguió. Sometido ciegamente a su esposa, era en la casa esclavo y no señor.

La acción que hizo olvidar sus pasados servicios y que cubrió de oprobio su memoria tuvo, según algunos, su origen en uno de aquellos incidentes que se cuentan en las memorias privadas de príncipes imbéciles o disolutos. Refieren que algunos días antes de asumir el Libertador la dictadura, Torre Tagle reunió en su casa a muchos de los principales funcionarios de Lima y a los oficiales de la guarnición para consultarles acerca de las medidas más propias para evitar la catástrofe que el terrible aspecto de las cosas hacía presagiar. La marquesa, como olía hacerlo cuando se trataba de asuntos graves, se hallaba presente en la reunión. En el curso de la discusión propuso el coronel J. Gabriel Pérez levantar un empréstito para acallar los clamores de las tropas, que sufrián las más cruentas privaciones.

—*Con cuánto contribuirá usted?* —preguntó la marquesa interrum-
piéndole—, *pues si hemos de creer lo que dice la voz pública, usted gasta querida y coche.* —Señora —replicó Pérez—, *la voz pública suele equivocarse*

y aun ser maliciosa; y en prueba de que no debemos darle crédito, baste decir que, según los díceres, usted comparte sus favores entre el marqués y un oficial subalterno del ejército.

Justamente irritada con semejante respuesta, que aunque imprudentemente provocada, mostraba poca galantería y ninguna generosidad, la marquesa arrastró a su débil esposo a la vil traición de que ambos fueron víctimas.

VIII. El vicepresidente de la República, el ministro de la Guerra, los principales funcionarios y 337 oficiales superiores y subalternos del Perú también traicionan a la Patria

Apartando compasivamente la vista de tan frívolos asuntos, que revelan la debilidad, sin excusar la traición de Torre Tagle, paso a narrar las funestas consecuencias de su delito.

El general Necochea evació a Lima el 28 de febrero, y al siguiente día se apoderaron de ella los realistas. Además de Torre Tagle, don Diego Aliaga, el conde de Surigancha, vicepresidente del Perú; el general Berindoaga, ministro de la Guerra; los principales funcionarios del Estado y trescientos treinta y siete entre generales, jefes y oficiales subalternos del ejército peruano, desertaron ignominiosamente de las banderas de la patria y se humillaron ante sus opresores.

No contentos con tan péruida conducta, todavía se mancharon aún más con el borrón de la ingratitud, esforzándose en enlodar la fama de los salvadores de la república. Torre Tagle publicó un manifiesto y una proclama en los que acusaba al Libertador de los crímenes que le pudieran hacer más odioso a los peruanos. Bolívar desdeñó contestarle, fiendo su defensa al éxito de la empresa.

IX. Nuevas traiciones. –La brillante situación del virrey

Dejo con gusto estas escenas de villanía, crimen y corrupción, para contemplar el cuadro interesante de una alma grande luchando con la adversidad en medio del huracán levantado por las pasiones desencadenadas

y del naufragio de la virtud, alzándose valerosamente a luchar por la causa de la humanidad, dando el más noble ejemplo de abnegación y patriotismo. Diríase que se repetía el generoso sacrificio de Codro. Cuando Torre Tagle consumó la traición y entregó a Lima a los españoles, todavía estaba Bolívar en Pativilca, debilitada su constitución con los últimos golpes que había recibido. Allí vivía bajo una higuera, y a este propósito le escribía su grande admirador Sánchez Carrión: *Dícenme que V.E. vive bajo una higuera; ésta es, según el Evangelio, un árbol maldito y su sombra insalubre. En verdad que en el Perú los caminantes huyen de las higueras, aun cuando estén abrasados por el sol; yo quisiera que nada, nada molestase á V.E., porque lo quiero más fuerte que Sansón y tan invulnerable como Aquiles; así lo demandan nuestra suerte y la de tantos pueblos.*

Concentrando sus facultades mentales, contemplaba con sorpresa, pero sin desesperarse, todos los peligros que le circundaban.

El ejército unido se componía de siete mil combatientes, de los cuales cuatro mil solamente estaban acostumbrados a las fatigas y peligros de la guerra. Estas fuerzas se hallaban acantonadas entre Cajamarca, Trujillo y Huarás, no muy bien equipadas y la disciplina algo relajada. La mayor parte de los cuerpos eran meros esqueletos, y se hallaban en estado de absoluta desnudez. Las rentas públicas del país, aun en los mejores tiempos de paz y prosperidad no habrían sido suficientes para el mantenimiento de una tercera parte de esta fuerza. Pero ahora, cuando todos los ramos de la administración se resentían del choque que había minado la moral pública, el déficit era enorme.

Si es siempre ingrata labor emprender reformas, en esta crisis éralo mucho más, en atención a las grandes dificultades que las estorbaban. Para destruir los abusos en el Perú era indispensable emplear medidas de rigor, aun a riesgo de ofender a muchos particulares; y, lo que era todavía más alarmante, para conseguir dinero había que luchar con las preocupaciones del pueblo y su fanatismo.

Bolívar, a pesar de todo, puso decididamente manos a la obra. Comenzó por la eliminación de todos los empleos inútiles, y concentró en un solo secretario general el despacho de todos los asuntos civiles y políticos. Don José Sánchez Carrión, peruano de gran capacidad, que se había distinguido en el Congreso por su elocuencia y celo patriótico, obtuvo ese

cargo, y probó con su talento y contracción que merecía la confianza del Libertador y que poseía las aptitudes que requería el destino.

La paga de las tropas hasta ahora había sido puramente nominal; el Libertador la redujo a una cuarta parte de la señalada por la ley, pero adoptó medidas para hacerla efectiva. Redujo también los sueldos de los empleados civiles, aunque no en la misma proporción. .

Uno de sus primeros cuidados fue el de invitar a los Gobiernos de Colombia, Chile, Méjico y Guatemala a auxiliarle, los dos últimos con un subsidio de trescientos mil pesos, y los otros dos con un contingente de tropas. Como ya se ha visto, sólo Colombia correspondió a sus deseos, y aunque las tropas que solicitó con urgencia no fueron remitidas con la prontitud que demandaba el peligro, se le hicieron promesas que le estimularon en su empresa. Aumentó el ejército del Perú con levas en las provincias que reconocían su autoridad, y las puso bajo el mando del general La Mar, ex presidente de la Junta gubernativa.

Para comandar el ejército unido eligió al general Sucre, a quien el Congreso del Perú había dado el mando supremo militar el año anterior. Acantonó los cuerpos peruanos en las provincias del Norte y los colombianos hacia la sierra, con lo que consiguió que éstos no se desertasen y que aquéllos no se pasasen a los enemigos. Aunque su principal atención se contrajo a los asuntos militares, no embargaban ellos todos sus cuidados. El ejército no podía existir sin dinero y era menester crear rentas para sostenerlo, porque, a la verdad, no las había.

Persuadió a las autoridades eclesiásticas á que diesen la plata labrada del culto; adjudicó al Estado el producto de las propiedades de los que, por haber desertado para servir al enemigo, habían perdido el derecho a la protección del Gobierno; estableció impuestos y los hizo cobrar. En una palabra, buscó recursos y los sacó de la nada.

La marina también participó del impulso que dio a todos los negocios, pues la aumentó considerablemente, y pudo el 25 de Febrero, a las órdenes del almirante Guise y del capitán Addison, destruir algunos buques en la bahía del Callao. La situación de los realistas en esta época, hacia notable contraste con la del ejército independiente. Ocupaban aquéllos todo el territorio peruano, con excepción del departamento de Trujillo y parte del de Huánuco, y poseía los inmensos recursos del país; 18.000

hombres, desde Jauja hasta el Potosí, aparte de las guarniciones de Lima y el Callao, defendían la causa del rey. La posesión de esta plaza daba a España un parque inmenso de artillería, municiones y elementos navales y algunos buques que armaron luego en corso. Con la restauración de Fernando al poder absoluto a fines de 1823, tuvo esperanzas de refuerzo, del virrey, y, en efecto, los recibió con la llegada al Pacífico del Asia, navío de línea, y el bergantín Aquiles, que unidos a los buques armados en el Callao, dieron a los realistas el dominio del mar, única ventaja de que hasta entonces habían disfrutado los independientes.

Al principio de Marzo, estableció el Libertador su cuartel general en Trujillo. La obra de la traición no estaba todavía completa, y nuevas deserciones deberían hacer dudar más y más del ejército peruano. Los comandantes de caballería Navajas y Ezeta, estacionados en Supe, población a 40 leguas de Lima, se pasaron a los españoles, llevándose por la fuerza al coronel Ortega, gobernador del lugar, el día 17 de Marzo. Las calumnias que Torre Tagle, Berindoaga y otros traidores propagaban, y las miras ambiciosas que ellos y sus predecesores en la administración habían atribuido al Libertador, no dejaban de influir en los habitantes de las provincias que reconocían la autoridad del dictador. Los oficiales del ejército del Perú no estaban exentos de las sospechas que les infundían las repetidas calumnias que se propalaban. Para desvanecerlas y negar los designios que se le achacaban respecto al Perú, dio la siguiente proclama:

¡Peruanos! Los desastres del ejército y el conflicto de los partidos parricidas, han reducido al Perú al lamentable estado de ocurrir al poder tiránico de un dictador para salvarse. El Congreso constituyente me ha confiado esta odiosa autoridad, que no he podido rehusar por no hacer traición a Colombia y al Perú, íntimamente ligados por los lazos de la justicia, de la libertad y del interés nacional. Yo hubiera preferido no haber visto jamás el Perú, y prefiriera también vuestra perdida misma al espantoso título de dictador. Pero Colombia estaba comprometida en vuestra suerte, y no me ha sido posible vacilar.

¡Peruanos! Vuestros jefes, vuestros internos enemigos han calumniado a Colombia, a sus bravos y a mí mismo. Se ha dicho que pretendemos usurpar vuestros derechos, vuestro territorio y vuestra independencia.

Yo os declaro a nombre de Colombia, y por el sagrado del ejército libertador, que mi autoridad no pasará del tiempo indispensable para prepararnos a la victoria; que al acto de partir el ejército de las provincias que actualmente ocupa, seréis gobernados constitucionalmente por vuestras leyes y por vuestros magistrados.

¡Peruanos! El campo de batalla que sea testigo del valor de nuestros soldados, del triunfo de nuestra libertad, ese campo afortunado me verá arrojar lejos de mí la palma de la dictadura; y de allí me volveré a Colombia con mis hermanos de armas, sin tomar un grano de arena del Perú y dejándolo la libertad.

X. Bolívar pone orden en el caos y crea de la nada

Esta proclama contrarrestó en parte los siniestros manejos de los enemigos de la independencia del Perú, restableció la confianza de los republicanos celosos y excitó el entusiasmo de muchos.

Algunas de las resoluciones que tuvo que dictar el Libertador fueron en verdad en extremo rigurosas, pero así lo exigían las circunstancias, y de ese modo se justificó la confianza que en él se tenía. Se declaró a Trujillo capital provisional de la república y se decretó además el establecimiento de una corte de justicia. El poder judicial en el Perú hasta aquella época, era tan defectuoso como en las demás secciones de la América del Sur, y aunque no es un campamento el mejor templo para el culto de Astrea, el Libertador halló tiempo, entre sus múltiples atenciones, para corregir los añejos abusos que pesaban más sobre el pueblo. Don Manuel de Vidaurre, que fue más tarde, como ya he dicho, uno de los detractores de Bolívar, le escribió con este motivo estas palabras:

Señor Excmo.: La corte de justicia del Norte se instaló ayer, según lo dispuesto por V.E. Cuando la gratitud peruana eleve a V.E. una columna más sublime que la que adorna la plaza Vendome, entre sus trabajados relieves aparecerá este grande acto de política.

Napoleón se distinguía por el talento y el valor, no por amor a la justicia. Pensar en un tiempo en que la ley marcial sola debía regir, tener una

cámara constitucional, es un golpe de gobierno privativo a un genio, que en la historia no tiene semejante.

Yo me felicito en servir a las órdenes de V.E., siguiendo con paso vacilante y débil las huellas que deja estampadas el pie del héroe inmortal.

Si V.E. es invencible, yo seré fuerte en la administración de justicia; si V.E. defiende la patria y a sus hermanos con su terrible espada, yo por mi parte aterrará a los infieles y delincuentes. Yo diría... pero ¿qué he de decir haciendo perder el tiempo con fríos discursos al divino numen que vela por la salud de nuestros pueblos?¹³.

Las economías que introdujo en todos los ramos de la administración constituyen una de sus más útiles reformas; sobre todo en lo tocante a los tribunales, los litigantes tuvieron que agradecerle la reducción en los gastos y costos, porque la administración de justicia no estaba al alcance de las clases pobres. Abolió los tribunales militares que con frecuencia confunden indistintamente al inocente con el culpable en su rigor, haciendo de la dictadura el terror y el azote de la sociedad. Todo cuanto se relacionaba con reglamentos internos, a pesar de la tiranía de la situación, lleva el sello de la justicia a que siempre arregló sus decisiones.

La instrucción pública fue objeto de su predilección desde que asumió la dictadura. Cuando todos los elementos de disolución amenazaban el país, cuando la esperanza misma había huido, aun en esos momentos de terror y desconsuelo, mostró el Libertador más solicitud por la generación que se levantaba, que la que habían mostrado todas las administraciones anteriores del Perú. Se erigió una Universidad en Trujillo, y en todos los lugares que visitó estableció escuelas donde pudieran recibir instrucción los hijos del pueblo, cosa hasta entonces descuidada en el Perú. Trujillo, desde la llegada del Libertador, a principios de Marzo, hasta su partida, el 11 de Abril, presentaba el aspecto de un inmenso arsenal en donde nadie estaba ocioso. Aun las mismas mujeres ayudaban a los trabajadores, y manos delicadas, no acostumbradas a las rudas labores, no desdeñaron coser la burda ropa del soldado. Todas las cosas necesarias para el ejército se construían bajo la inspección inmediata del Libertador,

13 Véanse las cartas de Vidaurre en el tomo X, páginas 371 a 400, de la Correspondencia de estas Memorias.

que infundía actividad con el ejemplo, y cuando éste no bastaba, recurría a las amenazas y hasta al castigo. En el curso de aquel mes se hizo gran de acopio de vestuarios, correajes, armas, municiones, en una palabra, de todo el material para un ejército.

Parecerán increíbles los arbitrios de que se valía para suplir la falta de materiales que se necesitaban en la construcción de algunos objetos; para hacer las cantinas, por ejemplo, hizo recoger todos los artículos de hoja de lata y las jaulas de alambre en muchas leguas a la redonda. Faltaba el estaño para soldarlas; pero aconteció que un día, al levantarse de su asiento, se rasgó el pantalón con un clavo, examinólo al instante y resultó ser del metal de que había menester. De más está decir que al día siguiente no quedó en ninguna casa de Trujillo, ni en las iglesias, una sola silla con clavos de estaño.

Él mismo enseñaba a hacer las herraduras y los clavos y cómo mezclar las diferentes clases de hierro. Daba los moldes para los cortes de las chaquetas, para economizar la tela, e instrucciones para teñirla.

Para las herraduras españolas –escribía a Sucre debe tener el clavo, fuera de la cabeza, dos pulgadas por lo menos; ésta debe ser muy fuerte para que sufra en lugar de la herradura todo el uso exterior, pues estando más elevado debe chocar más con las piedras y el terreno. Para las herraduras inglesas, debe ser el clavo de dos pulgadas, pero más fino en todo, porque queda embutida la mayor parte de la cabeza dentro de la herradura en una pequeña canal que tiene ésta. Debe ser de hierro dulce de Vizcaya, y para experimentarlo, deben torcerlo y doblarlo, y si se rompe no vale nada.

Jamás se vio persona alguna que desplegase tanta actividad, y nunca el resultado correspondió mejor a los esfuerzos que se hicieron. Un mes antes todo se necesitaba; ahora todo estaba listo. Parecía como si se hubiese empleado una vara mágica, o como si de la cabeza de un nuevo Júpiter hubiese salido, no ya una nueva Palas armada de pies a cabeza, sino ocho mil guerreros aprestados al combate.

Junín

(1824)

I. La marina peruana

Todo el conato del Libertador hasta ahora había tenido por objeto prepararse defender el territorio ocupado por su ejército, y para ello había hecho examinar cuidadosamente y fortificar los diferentes pasos de la cordillera, para poner toda la línea al abrigo de una sorpresa.

El 22 de Abril estableció su cuartel general en Huamachuco. Durante su estancia en Trujillo se había contraído preferentemente al equipo del ejército; ahora se consagró a su aumento y disciplina, a reunir ganados y a hacer acopios de víveres en varios puntos de la cordillera, en todo lo cual le ayudaban eficazmente con sus esfuerzos incessantes todos sus subalternos: el general La Mar, a quien confió lo organización de los restos del ejército peruano; el general Lara, que mandaba una división colombiana; el coronel Otero, peruano de rara actividad, sobresalían en esta labor.

Pero entre todos descollaba Sucre, que era el brazo derecho del Libertador y el sostén principal del ejército: activo, metódico, puntual en el cumplimiento del deber, era incansable en el trabajo; por tres veces atravesó los terribles Andes, arrostrando la inclemencia del tiempo y las fatigas del camino; su abnegación era la menor de sus virtudes. Con su actividad y perseverancia sorprendentes, sacaba recursos de los puntos más remotos, y se ha dicho, acaso con toda verdad, que Sucre, en cumplimiento de sus deberes, exploró rincones en la cordillera nunca hollados por la planta del hombre.

La Naturaleza misma pareció ceder ante tanta constancia, y hasta los perniciosos efectos del clima de aquellas regiones inhospitalarias fueron conjurados por la previsión y diligencia de este eminente varón.

Si el Libertador encontraba hábil cooperación y estricta obediencia entre los funcionarios civiles y militares, el jefe naval le oponía toda suerte

de obstáculos. La escuadra del Perú, como su ejército, estaba completamente desmoralizada y sin organización cuando el Congreso decretó la dictadura. A las tripulaciones de los buques de guerra se les debían los sueldos de un año entero, y los mismos buques se hallaban en un estado lamentable, sin víveres ni municiones.

El Libertador se propuso inmediatamente remediar estos males. Cuando se rebeló la guarnición del Callao y enarboló la bandera española, el almirante Guise, en cumplimiento de sus órdenes, se dispuso a destruir o sacar de la bahía los buques enemigos que se hallaban en ella, pero sólo diez y ocho hombres se ofrecieron a ayudarle en la empresa, y si más tarde se prestó este servicio por mayor número, fue debido a la influencia del Libertador, como lo confiesa el mismo almirante en su parte¹⁴.

14 “Excmo. señor: Después de haber ejecutado en el Callao cuanto me ha sido posible contra los sublevados, en cumplimiento de mi deber y de lo que V.E. me había mandado, he venido a este puerto a recibir nuevas órdenes y á informar á V.E. francamente de las terribles circunstancias en que se halla esta fragata, por estarse debiendo a su gente cerca de un año de sueldos.

Al Gobierno anterior expuse repetidas veces las funestas consecuencias que podía traer su indiferencia con la escuadra. Solicité con la mayor eficacia el oportuno remedio a los males que preveía; pero mis representaciones fueron infructuosas. Nada bastó para hacerle tomar un mediano interés por la conservación de estas interesantes fuerzas.

El proyecto que V.E. adoptó de que la escuadra fuese auxiliada con los derechos que se cobrasen en Intermedios, no ha tenido efecto. V.E. me dijo en 24 del pasado que había ordenado al general Necochea proporcionase el dinero, víveres y vestuario que se necesitara. Sólo cinco mil pesos remitió, que aún no se han distribuido, porque temo que la gente se dé por mal servida al recibir una cantidad tan corta, al cabo de tanto tiempo y siendo acreedora a una grande suma. De suerte que por todas partes he visto frustrada mi esperanza de descargarme un tanto de la inmensa responsabilidad que sobre mí gravita, y de los fuertes compromisos a que estoy ligado con la gente.

La acción del 25, de quemar los buques que no pudieren extraerse del Callao, de que tuve la honra de instruir á V. E. en nota del mismo día, traté de practicarla el 23. Diez y ocho hombres fueron los únicos que se presentaron voluntarios para esta empresa. Los demás dijeron abiertamente que nada harían mientras no se les pagase. Si se verificó, fue a beneficio de la fuerza y de la inmediata recompensa que ofrecí, valiéndome de ambos resortes de un modo enérgico, pero sagaz.

Ya ve V.E. que este estado es demasiado violento, y que amenaza males de la más terrible trascendencia. Por otra parte, los enemigos, demasiado astutos y tenaces, no perdonan medio para seducir a la gente y obligarla a cometer la misma perfidia que las tropas de los Andes. V.E. sabe bien lo que importan estas fuerzas de mar, y lo que deben influir en las

El contagio de las discordias civiles había extendido su perniciosa influencia hasta los oficiales de la marina, y no fue sino a costa de muchas concesiones como se logró reducir la escuadra a la obediencia del Gobierno.

El almirante Guise era valiente como un marino inglés; pero, caprichoso y terco, no sufría contradicciones de nadie contra los antojos de su cabeza, no muy bien organizada. Todos los efímeros Gobiernos del Perú habían halagado su vanidad y contemporizado con sus debilidades; pero el Libertador, demasiado orgulloso e incapaz de tal bajeza, perdió la simpatía de Guise, quien valiéndose de la independencia que le daba su posición como jefe de la escuadra y la naturaleza del servicio a que pertenecía, no tardó en manifestarlo. No cesaba de hacer demandas exorbitantes, y no bastaban a satisfacerlas los grandes sacrificios que se hacían. Más de una vez amenazó con abandonar el servicio y llevarse a Chile los buques que mandaba; pero sea dicho en justicia que cuando el peligro se presentaba, ninguno más pronto que el denodado Guise á hacerle frente.

El servicio de transportes también causaba grandes molestias al Libertador. La escasez y a veces la carencia absoluta de las cosas más necesarias para las comodidades de las tropas en los puertos de Guayaquil y Panamá, hacían la navegación sumamente incómoda, y los corsarios que infestaban el mar la rodeaban de peligros. Cansados del largo viaje, sucedía con frecuencia que los transportes se separaban del convoy y entraban en el puerto más inmediato de la costa peruana, y a veces ocurría que, por descuido de los oficiales, se embarcaban las armas y pertrechos en un buque y las tropas en otro.

En tales casos, sufrían éstas detenciones de algunos días, a veces de semanas enteras, en aquellos parajes insalubres, donde las enfermedades pronto daban cuenta de ellas. En otras ocasiones, tenían que atravesar desiertos sin agua, y muchos soldados perecían de cansancio y de sed. Si los realistas hubiesen avanzado en los meses de Marzo y Abril, el ejército independiente habría tenido que replegarse hacia las fronteras del

operaciones que V.E. tiene que practicar en tierra. V.E. sabrá, pues, conservarlas contra los esfuerzos que nuestros enemigos hacen de ganarlas o destruirlas.

Por último, yo he visto el decidido interés que V.E. ha tomado por el sostén de la escuadra, y no dudo un punto que V.E. evitará al Perú, con cuanta celeridad sea posible, la grave pesadumbre que pudiera causarle el descontento en que está la tripulación de este buque por las razones que dejo expuestas. —Martín G. Guise.”

Norte; y en aquellos días de traiciones y perfidias, no es aventurado suponer que las nuevas levas se habrían pasado al enemigo y que los pacíficos moradores de los campos los habrían recibido con los brazos abiertos.

Pero, felizmente para la América, la discordia que tres siglos antes había hecho del Perú fácil presa de los invasores, por una especie de compensación debilitó ahora a los sucesores de Pizarro y Almagro, y les impidió atacar a los libertadores del país, antes de que éstos pudieran resistirles con eficacia.

II. El Libertador pasa revista al Ejército Unido de Suramérica en Cerro de Pasco a doce mil pies sobre el nivel del mar

La restauración del absolutismo en España produjo un cisma político entre los jefes realistas del Perú.

El virrey La Serna, Cc1nterac y Valdés, jefes españoles de la mayor influencia en el ejército del Bajo Perú, profesaban principios constitucionales. Olañeta, el jefe de las provincias del Alto Perú, era ultraservil, y sostenido por Mendizábal, Aguilera, Somocucio y el coronel Valdés, tan mal avisados como él, tenía sus frecuentes diferencias con los del partido liberal. La correspondencia oficial entre ellos estaba llena de reciprocas acriminaciones, que ensanchaban más y más la brecha.

Al principio se tuvo el buen cuidado de ocultar al público las tales disensiones; pero luego a luego hicieron de la prensa el órgano de sus enconos. Olañeta acusaba a los liberales de tibieza en la causa de Fernando y de Dios. La Serna, por su parte, enrostraba al jefe del Alto Perú su insubordinación y rebeldía, y al fin recurrió a la fuerza para castigar su desobediencia. El general Valdés cruzó el Desaguadero con 5000 hombres, y en varios encuentros, ora felices, ora adversos, con las tropas de Olañeta, sufrió pérdidas considerables pero triunfó por fin en La Lava el 17 de Agosto y repasó el Desaguadero para reunirse con el virrey, que reconcentraba sus fuerzas sobre la margen derecha del Apurímac.

Bolívar, sin ser espectador ocioso de estos importantes acontecimientos, no podía sacar de ellos todas las ventajas que deseaba a causa del estado de su ejército. No obstante, dio repetidas órdenes a los jefes de los

cuerpos para que redoblasen su actividad, a fin de adelantar los preparativos que les habían de poner en capacidad de tomar la ofensiva.

El estado de pobreza del país, la dificultad de mover los cuerpos al través de desiertos y de montañas casi inaccesibles, la necesidad de permanecer a la defensiva y de conservar un ejército que había costado tantos sacrificios para su organización, presentaban tantos impedimentos, que parecía prudente el abandono de la empresa, o al menos una inmediata retirada: tan grandes eran las dificultades que había que vencer. Aunque la conducta de la mayor parte de los que estaban encargados de ejecutar sus órdenes era no sólo irreprochable, sino digna de toda alabanza, había algunos entre ellos que faltaban a sus deberes.

El Libertador, que examinaba con el cuidado más escrupuloso las cuentas que demostraban el recibo e inversión de las contribuciones impuestas a las provincias y las de otros fondos públicos, se apesadumbraba al ver que, aun en las agonías de la patria, había hombres bastante corrumpidos, sórdidos y bajos, que sacrificasen el honor y todo sentimiento noble de patriotismo, á trueque de hacer fortuna, apropiándose las rentas del Estado. Cuando llegaba a descubrirlo, su ira era terrible; pero aun en estas ocasiones dejaba que la ley siguiera su curso.

En los meses de mayo y junio, desde su cuartel general en Huarás y Caraz, visitó todos los acantonamientos en los diferentes cuerpos. El 15 de junio, después de recibir los refuerzos que de Colombia condujeron Córdova y Figueredo, y de remontar la caballería, que no fue por cierto cosa fácil en un país escaso de caballos, dispuso que todos los cuerpos levantaran sus campamentos, y tramontaran !a cordillera por diferentes puntos. El mismo, con su Estado Mayor, por la vía de Olleros, Chavín, Aguamina y Lauricocha, fue hasta Huánuco, donde hizo alto por algunos días, y siguió al Cerro de Paseo, punto de asamblea de todo el ejército. Visitó allí las célebres minas de este distrito y examinó cuidadosamente el modo de trabajarlas y la condición de los mineros, a quienes, por un decreto especial, eximio del servicio militar, y por reglamentos posteriores fomentó este importante ramo de riqueza, que las anteriores administración del Perú habían descuidado tanto a causa del estado político del país. El ejército había atravesado la cordillera por las sendas escabrosas de Yanahuanca y Huariacaco, hasta el Cerro de Paseo, donde se concentró el 1 de agosto. Allí recibió esta última organización:

Comandante en jefe: el general Antonio José de Sucre.

División de vanguardia.

Comandante: el general José María Córdoba.

Batallones de infantería de Colombia:

Caracas, antes Zulia.

Pichincha.

Voltigeros, antes Numancia.

Bogotá.

Caballería:

El regimiento de Granaderos de Colombia.

El escuadrón de Granaderos de los Andes.

El escuadrón de Húsares del Perú

División del Centro

Comandante: el general José de La Mar.

Cuerpos peruanos:

Legión peruana

Número 1º de La Guardia.

Número 2º

Número 3º

Caballería:

Primer regimiento de caballería del Perú, antes Coraceros.

Artillería volante:

Seis piezas con su correspondiente servicio personal y material

División de retaguardia.

Comandante: el general Jacinto Lara

Batallones de infantería de Colombia:

Rifles

Vencedor en Boyacá

Vargas

Caballería:
Tres escuadrones de Húsares de Colombia

Partidas sueltas al mando del general Correa, con un total de 1.500 hombres.

Jefe del Estado Mayor general: general Andrés Santa Cruz.

Comandante general de caballería: general Mariano Necochea.

Comandante de la columna de caballería peruana: general Guillermo Miller.

Comandante de la columna de caballería colombiana: coronel Lucas Carvajal.

El Libertador pasó revista al Ejército Unido el 2 de Agosto. Ascendía éste a 7.700 hombres de todas armas, sin incluir las guerrillas; y fue cuanto pudo presentar en línea, después de sus infatigables esfuerzos¹⁵.

Aunque pequeño el número, parecerá extraordinario cuando se tengan en consideración los peligros y obstáculos con que tuvo que luchar. La disciplina de las tropas y el ardor que las animaba, inspiraban la mayor confianza en el éxito de la campaña. Las de Colombia, y de ellas se componía la mayor parte del ejército, idolatraban al Libertador, que tantas veces las había conducido a la victoria, y a quien habían seguido desde los confines más remotos de Venezuela hasta el centro del Perú. Mientras él estuviese a su cabeza, no había peligro que las arredras ni fatigas que las agobiaran; su jefe y la causa a que se habían consagrado les daban aliento para todo. Los cuerpos peruanos, recién organizados y mandados por jefes y oficiales de su confianza, ardían por volver a sus armas el brillo empañado por repetidas derrotas. Con no menos ansia esperaban los veteranos que San Martín había llevado desde el Plata, recobrar su antigua fama, manchada por la traición de sus malos compañeros en el Callao. Si algo faltaba que pudiese aumentar el ardimiento de su ejército, consiguólo Bolívar con esta proclama:

15 Las guerrillas alcanzaban al número de 1.500, lo que, junto con los 7.700 del ejército, suma un total de 9.200 soldados.

¡Soldados! Vais a completar la obra más grande que el cielo ha podido encargar a los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud.

¡Soldados! Los enemigos que vais a destruir se jactan de catorce años de triunfos; ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates.

¡Soldados! El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria; y aun la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo. ¿La burlaréis?

¡No! ¡No! Vosotros sois invencibles.

II. Junín

A tiempo que el Libertador se preparaba para marchar a Jauja, el general Canterac, que aunque a la cabeza de fuerzas superiores, había permanecido inactivo, dejando escapar favorables ocasiones de inquietar, ya que no de destruir, el ejército independiente, concentró el suyo y marchó sobre el Cerro de Paseo a reconocer las posiciones que éstos ocupaban y a tratar de descubrir las intenciones de Bolívar.

Al llegar cerca de Paseo supo que los patriotas habían salido de allí el 3 por el camino de Rancas, y que se dirigían sobre Jauja por la orilla occidental de la laguna de Reyes.

Con esta noticia, contramarchó rápidamente por la orilla opuesta, con el designio de interponerse entre aquéllos y Jauja, hacia cuyo punto avanzaba Bolívar en marchas forzadas para tomar la retaguardia de los realistas, desde que tuvo avisos de su movimiento.

El 6 de Agosto, a las dos de la tarde, se avistaron los dos ejércitos. Canterac continuó retirándose, y el Libertador, temiendo perder la ocasión de atacarle de igual a igual, se adelantó con la caballería a las órdenes inmediatas de Necochea, y le dio alcance a las cinco de la tarde. La caballería patriota tenía forzosamente que atravesar un desfiladero, tanto más difícilso por el terreno de pantano que tenía a su derecha.

Dos escuadrones se formaron en batalla al entrar en la llanura, y el resto en columnas entre las colinas y un riachuelo, donde no había campo para desplegar. Canterac, que conocía muy bien los accidentes de aquel terreno,

hizo una hábil conversión y los cargó antes de que pudieran remediar su mala posición, y con tanto denuedo, que las columnas de la derecha cejaron, se retiraron en confusión hacia el desfiladero y se desordenaron.

El mayor Braun, comandante del escuadrón colombiano Granaderos a Caballo, a la cabeza de unos pocos jinetes de su cuerpo, sostuvo el choque de los enemigos, y cargando a su turno, puso en fuga a los que le acometían.

A pesar de las desventajas en que luchaba la caballería patriota, pudieron rehacerse los escuadrones perseguidos, gracias a la entereza del regimiento de Húsares del Perú, que, al mando del valeroso teniente coronel Suárez, se mantuvo a pie firme, y entonces guiados todos por el bizarro Miller, jefe de la caballería peruana, y por los coroneles colombianos Silva y Carvajal, embistieron a los escuadrones españoles.

El arrojo, valentía y destreza de estas tropas y de sus jefes restablecieron el combate y decidieron la suerte de esta jornada memorable.

Los realistas fueron completamente derrotados y forzados a ampararse bajo la protección de su infantería, que se retiraba precipitadamente.

Durante la batalla, que semejaba a los combates de los caballeros de los antiguos tiempos, y que sólo puede concebirse recordando los siglos heroicos, no hubo un solo disparo: el terrible silencio no fue interrumpido sino por la estridente voz de los clarines, el choque de las espadas y de las lanzas, el galopar y piafar de los caballos, las maldiciones de los vencidos y los lamentos de los heridos. La pérdida de los españoles fue de 240 muertos y otros tantos heridos; la de los patriotas no excedió de una tercera parte de este número. El valiente Necochea fue uno de los heridos. Siete lanzazos recibió, y habría perdido la libertad y tal vez la vida, si el intrépido llanero venezolano Camacaro no le hubiese rescatado.

He aquí cómo da cuenta de esta batalla el general Santa Cruz, jefe de Estado Mayor:

«El ejército libertador reunido en las cercanías del mineral de Paseo, emprendió sus operaciones el 2 del corriente, al tiempo que el enemigo, erguido por sus anteriores sucesos, dejó en los primeros días de este mes sus acantonamientos de Jauja y Tarma para buscarnos.

Mientras que el Ejército español marchaba por el camino de Reyes, el Ejército unido se movía por la derecha del río de Jauja con el objeto de tomarlo por la espalda. En la segunda jornada, se recibieron los primeros partes de la marcha del enemigo, y, no obstante, se continuó la nuestra por la misma ruta que llevábamos, con la mira de interponernos en caso de que contramarchase informado de nuestra dirección.

S.E. el Libertador supo ayer en Conocancha que todas las fuerzas españolas, compuestas de ocho batallones, nueve escuadrones y nueve piezas de campaña, al mando del general Canterac, se hallaban en Carhuamayo. S.E. dispuso hacer una marcha forzada y directa Reyes, donde los enemigos debían tocar en su retirada, pensando celebrar hoy el aniversario de Boyacá con la libertad del Perú, porque S. E. contaba con dar una batalla, puesto que el enemigo la procuraba.

Por precipitado que fue nuestro movimiento, no pudimos lograr esta ventaja ni satisfacer los deseos del ejército; los españoles habían vuelto sobre sus pasos con una velocidad increíble.

Al llegar a la altura que domina estas llanuras observó el Libertador que el ejército enemigo seguía rápidamente para Tarma, aun estando nuestra infantería distante dos leguas del campo de Junio. En consecuencia,

trató de retardarles la marcha presentándoles algunos cuerpos de caballería. Siete escuadrones mandados inmediatamente por el intrépido general Necochea, comandante general de la caballería, se adelantaron a las cinco de la tarde, al trote, hasta la llanura donde estaba el enemigo. El general Canterac, confiado en la superioridad de su caballería, o bien obligado a batirse por no ser desordenado en su retirada, formó tres cuerpos, y por una brillante maniobra, cargó al galope la nuestra por el frente y por el flanco izquierdo.

Aunque inferiores en número e impedidos por la naturaleza del terreno para desplegar, nuestra caballería resistió la carga con el mayor denuedo. El choque de estos dos cuerpos fue terrible, porque ambos estaban satisfechos de su bizarría, ambos empezaron a acuchillarse, y por el momento ellos arrollaron algunos de nuestros escuadrones a tiempo que los Granaderos de Colombia, que formaban la cabeza de la columna y estaban en batalla estimulados por el heroico ejemplo de su coma dante accidental, mayor Felipe Braun, rompieron la izquierda del enemigo.

Los Húsares de Colombia, al mando de su coronel Laurencio Silva, y el primer regimiento del Perú, a las del señor general Miller, sostuvieron el centro y la derecha.

El enemigo empezó a desordenarse, y los nuestros lo cargaron y lo acuchillaban por todas partes. Sus escuadrones, que poco antes contaban ufanos con destruirnos, dispersos por una inmensa llanura, ofrecían la más completa idea del desorden.

La caballería española fue destrozada y perseguida hasta las mismas masas de su infantería, que durante el combate estuvo en inacción y se puso en completa fuga.

La pérdida del enemigo ha sido la de dos jefes, 12 oficiales y 245 hombres de tropa; 80 prisioneros, más de 400 caballos ensillados, la mayor parte de sus armas, muchos dispersos y gran número de heridos.

La nuestra ha consistido en 45 muertos y 99 heridos; entre los primeros, el capitán Urbina, de Granaderos de Colombia; el teniente Cortes, del primer escuadrón del Perú, y el sargento mayor Lizárraga, edecán del señor general Miller. De los segundos: el señor general Necochea, el comandante Sowersby, capitán Vargas y alférez Rodríguez, del regimiento del Perú; el alférez Ferrer, de Granaderos de Colombia; el teniente Allende, de Granaderos de los Andes, y el capitán Peraza, teniente Tapia y alférez Lanza, de Húsares de Colombia.

Toda la caballería enemiga ha quedado reducida a un tercio de su fuerza, y su infantería fugitiva ha sufrido mucha dispersión, dejando en el tránsito algún armamento y varios útiles.

Ayer debió ser completamente destruido el ejército español si una tan larga como penosa jornada no hubiera privado a nuestra infantería de llegar a tiempo para completar la más brillante victoria, y si la noche, caminos difíciles y un terreno desconocido no impidiesen haberlo perseguido.

Tal ha sido el primer suceso de la campaña; algunos de nuestros escuadrones solamente, han destruido la orgullosa caballería española y toda la moral de su ejército.

S.E. el Libertador, testigo del valor heroico de los bravos que le distinguieron en el día de ayer, recomienda a la admiración de la América al señor general Necochea, que se arrojó a las filas enemigas con una imponente heroica, hasta recibir siete heridas; al señor general Miller, que

con el primer regimiento del Pera flanqueó al enemigo con mucha habilidad y denuedo; al señor coronel Carvajal, que con su lanza dio muerte a muchos enemigos; al señor coronel Silva, que en medio de la confusión del combate rehizo parte de su cuerpo que estaba en desorden y rechazó 101 escuadrones que lo envolvían; al señor coronel Bruix, que con el capitán Pringles, algunos oficiales y Granaderos de los Andes, se mantuvo firme en medio de los peligros; al comandante del primer escuadrón del regimiento de caballería de línea del Perú, Suárez, que condujo su cuerpo con la destreza y resolución que honrarán siempre a los bravos del Perú; al comandante Sowersby, del segundo escuadrón, que, gravemente enfermo, se arrojó a las lanzas enemigas hasta recibir una herida; al comandante Blanco, del tercer escuadrón; al mayor Olavarría, y al capitán Allende, del primer escuadrón del mismo regimiento; al bravo comandante Medina, edecán de S.E.; al capitán Camacaro, de Húsares de Colombia, que con su compañía tomó la espalda de los escuadrones enemigos y les cortó el vuelo de su instantáneo triunfo: a los capitanes Escobar y Sandoval, de Granaderos, y a los capitanes Jiménez y Peraza, de Húsares de Colombia; a los tenientes Segovia y Tapia y alférez Lanza, que con el mayor Braun persiguieron los escuadrones enemigos huta su infantería.

Sería, en fin, necesario nombrarán todos nuestros bravos de caballería si hubiésemos de mencionar a los que se distinguieron en este combate memorable que ha decidido ya de la suerte del Perú.

Cuartel general en Reyes, 7 de agosto de 1824.

Al dar cuenta de esta victoria D. José Sánchez Carrión recuerda á sus paisanos la particular circunstancia de que al mismo sol del 7 de Agosto en que S. E. el libertador se embarcó para el Perú, se le ha anunciado á éste el primer triunfo de las armas libertadoras¹⁶.

III. Canterac al general Rodil

Esta brillante función de armas fue de la mayor importancia. Disipó el hechizo que parecía ligar la victoria a las banderas de Castilla y demostró

16 Sánchez Carrión se embarcó con Bolívar en Guayaquil, y como se ve, señala el 7 de Agosto como el día de la partida. (N. del T.)

a los peruanos que sus opresores no eran invencibles. Canterac sintió la fuerza del golpe que se le había asentado, y lo comprueba la siguiente carta confidencial al general Rodil, gobernador del Callao:

«Para cerciorarme si era efectivo que el general Bolívar empezaba sus operaciones, me dirigi rápidamente con el ejército de mi mando sobre Paseo, y habiendo averiguado que marchaba por la orilla derecha de la laguna, retrocedí para dirigirme a atacarlo por su retaguardia, o bien interponerme entre él y este valle. Estando en marcha en las pampas de Reyes el día 6, a las dos de la tarde, reconocí el ejército enemigo que estaba sobre la derecha de mi retaguardia. Continué mi marcha, y habiendo adelantado el enemigo su caballería, separándola a dos leguas de distancia de su infantería, se me presentó: fiado yo en el mayor número de la nuestra, y el valor de que la creía animada y me manifestaban todos sus individuos, a la vista del enemigo, era ésta una ocasión extraordinariamente propicia.

Los enemigos tenían dos escuadrones formados en batalla, y los demás, hasta el número de ocho, en columnas por mitades entre un cerro y un pantano que impedía á éstos poder desplegar. Cargué de frente con los escuadrones de Húsares y Dragones del Perú, que estaban en batalla, y los cuatro escuadrones de la Unión en dos columnas sobre mis dos flancos destinados a flanquear los enemigos y al mismo tiempo la de la derecha a servir de reserva.

Los escuadrones enemigos que estaban en columna, al ver la carga, volvieron grupas y se desordenaron completamente; los que estaban en batalla fueron atacados de frente y flanco, por haber éstos aguardado la carga a pie firme; y estaban ya en desorden, cuando en este mismo instante, sin poder imaginarme cuál fuese la razón, volvió grupas nuestra caballería y se dio a una fuga vergonzosa, dando al enemigo una victoria que era nuestra y que decidía en nuestro favor la campaña, pues todos los generales enemigos estaban a la cabeza de su caballería, y batida ésta, caían indispensablemente en nuestro poder en razón al desfiladero que tenían a su retaguardia.

Nuestra pérdida ha sido de poca consideración en el número de hombres; pero sí ha influido extraordinariamente en el ánimo, particularmente en

el de la caballería. Los jefes enemigos La Mar, Necochea, Soler y Placencia han muerto, y Bolívar fue ligeramente herido en una mano.

Pero repito que la influencia de la fuga de nuestra caballería, y la superioridad numérica de la infantería enemiga, me obligan a replegarme, no sé hasta qué punto de las provincias de retaguardia, y como todos nuestros esfuerzos deben dirigirse, olvidando todos los días objetos, a reunir fuerzas suficientes para destruir a Bolívar, inmediatamente que US. reciba éste, y con sólo demora de pocas horas, dispondrá US. que salga el escuadrón de San Carlos con la fuerza de 200 hombres, y si ese escuadrón no la tuviere, la completará US. con los artilleros chilenos, en la inteligencia que US. sólo debe ceñirse a la defensa de esa plaza, pues US. conoce bien que el primer objeto es concluir con el ejército de Bolívar, y que no consiguiéndolo tendría que sucumbir esa plaza.

Los 200 hombres dichos deberán dirigirse a Ica con la mayor rapidez y sin descansar más que algunas pocas horas hasta llegará Cañete, pues con mi retirada de este valle, los montoneros de Yanyos y demás, tratarán de cortar el paso de allá y de impedir toda comunicación por aquella costa. Para esta operación se necesitan muchos caballos, y, por consiguiente, tome US. los de todo el mundo y dé US. además los de otros cuerpos, a fin de que no tengan que montar sus caballos buenos para que puedan llegar capaces de operar sobre el enemigo¹⁷.

17 Junín no fue una de aquellas batallas sangrientas y terribles como tan a menudo libró Bolívar en Venezuela, y de que Bomboná, en la campaña del Ecuador, fue repetición. Pero la acción de Junín tuvo una trascendencia inmensa. Nadie lo confesará mejor que los propios enemigos. Óigase, pues, lo que escribe el historiador español general García Camba, que hizo la campaña de 1824 con el virrey, en su importante obra titulada *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú* (Madrid, 1846).

“Aquellos soberbios realistas, vencedores hasta entonces de los independientes, tanto de las tropas argentino-chilenas que trajo al Perú San Martín, como de las tropas peruanas organizadas por Riva-Agüero, sufrían por primera vez una derrota en forma.

Su herido orgullo sangraba.

“Las noticias que diariamente llegaban al interior acerca del estado del ejército del Norte y las que después dieron varios de sus individuos en el cuartel general del virrey, dice Camba, eran tristísimas, ya por el descalabro que la caballería había sufrido, ya por la escandalosa deserción que la infantería había experimentado sin batirse, y ya también por el descrédito en que había caído la reputación del general en jefe, presagios todos, por su transcendencia, de un ominoso porvenir…

Espero que desempeñará US. este encargo coa la actividad que le es característica, previniendo US. al jefe de dicho escuadrón que en lea deberá recibir órdenes más sobre su marcha y demás. Acabo de recibir comunicaciones del Excmo. Sr. Virrey, y me dice que el 5 del presente salía para Huamanga con toda la fuerza que le fuese posible.

Este ejército, brillante y animoso al principio de Agosto, se hallaba ahora en el estado más lamentable. No sólo había visto abatir la merecida fama de su caballería en los malhadados campos de Junín; no sólo había perdido con pasmosa celeridad una gran parte de las provincias de Tarma y Lima, las de Huancavélica y Huamanga completas, parte de la del Cuzco, todos sus almacenes, muchas armas, municiones, efectos de parque y sobre 3.000 infantes por la deserción, sino que, en poco más de un mes, había alcanzado un grado de abatimiento moral apenas concebible" (Vol. II, pág. 203.)-(Nota de R. B.-f., 1915.)

El pundonor de Sucre y la perfidia de Santander

(1824)

I. El ejército triunfador en Junio ya ocupando las provincias perdidas por Canterac. –Carta de Bolívar al general Olañeta

La retirada de los realistas y el abandono del fértil valle de Jauja fueron la consecuencia inmediata de la batalla de Junín.

A los que han criticado que el Libertador no persiguió inmediatamente a los realistas, les contestaré que no hay soldado, de infantería en ninguna parte del mundo que superen, ni aun igualen, a los peruanos en la rapidez de sus marchas, y que de peruanos se componía, en su mayor parte, el ejército de Canterac. Intentar alcanzarlos con tropas fatigadas, después de sus penosas jornadas al través de los ásperos pasos de la cordillera, habría sido no sólo inútil, sino contrario a las reglas del arte; sobre todo, si se tienen en cuenta las facilidades que presenta la sierra para una guerra defensiva, por sus formidables posiciones para contener un ejército.

Convencido de esto, el Libertador tuvo que arreglar sus movimientos a las circunstancias, contentándose con destacar en persecución de los realistas piquetes de caballería y algunas guerrillas para molestarles y recoger los rezagados. Canterac en su retirada derribó el puente de Iscuchuca, taló los campos y destruyó cuanto pudiese servir a los patriotas. Harto trabajo y no pocos sinsabores había costado al Libertador la formación de su pequeño ejército, y sabiendo que no podría reponerlo, se vio obligado, a pesar de su carácter emprendedor, a dedicarse ante todo a conservarlo.

Muy poca confianza, además, le inspiraban las tropas peruanas, tan dadas a la deserción; con las guerrillas, sobre todo, no podía contarse fuera de los límites del distrito en que tenían sus hogares, y donde estaban acostumbrados a hacer la guerra. Así fue que, aun cuando sus servicios fueron valiosos mientras se estaba organizando el ejército, desde que éste ocupó el valle de Jauja dejaron de serlo.

En la mañana del 7 de agosto entró el ejército á Reyes, que se prefirió á Caraz, porque en aquel lugar había cómo dar cuarteles a las tropas, que necesitaban descanso. Allí permanecieron el 8, y al día siguiente siguieron su marcha. De Tarma se dieron instrucciones al coronel Urdaneta para organizar un cuerpo de los convalecientes y dispersos que habían quedado a retaguardia en el departamento de Trujillo, y de las guerrillas de Can y Huarocha, que junto con el cuerpo colombiano que se esperaba por momentos de Guayaquil, deberían pasar a bloquear el Callao.

El 13 llegó el cuartel general á Huancayo, donde Canterac había permanecido inactivo, mientras los patriotas atravesaban la cordillera. Allí se supo por primera vez el verdadero estado de la desavenencia entre Olañeta y el virrey, de la que hasta entonces sólo se tenían vagas y contradictorias noticias; de las cuales, sin embargo, se había aprovechado el Libertador para entrar en correspondencia con Olañeta desde el mes de Mayo, cuando le dirigió la siguiente carta¹⁸:

Cuartel general de Huarás á 21 de Mayo de 1824

Señor general Pedro Antonio Olañeta:

He tenido la satisfacción de saber oportunamente la generosa resolución que US. ha adoptado de desprenderse de ese odioso partido que hasta ahora ha oprimido a esta desgraciada parte del mundo.

Sin duda que cuando US. abrazó esta noble determinación no tuvo otro objeto a la mira que el único que es justo: los derechos de la humanidad doliente y la conservación de las doctrinas sagradas del Legislador del Universo. En esta convicción, yo me aventuro a dirigir á US. estas letras, para convidarle con palabras de paz y con ofertas de amistad. Si US. las acepta, la América habrá recibido el sello de su libertad y dicha de las manos de un guerrero afortunado que siempre se ha hecho respetar de sus enemigos y que no ha querido ser mal tiempo el instrumento ciego de una facción desenfrenada, que a la vez es parricida y opresiva.

Sí, señor general; La Serna y sus asociados están muy distantes de oprimir a la América en beneficio de la España; ellos pretenden el Perú

18 Es necesario recordar que Olañeta era el campeón del ultramontanismo en religión y del absolutismo en política. (Nota de 1915.)

para entregarlo a la extinguida facción constitucional, que ni supo defender su patria, ni concilia los intereses de la Europa y de la América. Si La Serna lograse (por un milagro del cielo) un suceso en el Perú, la España no sería beneficiada por el producto de este suelo. Una independencia absoluta, pero constitucional, sería el fruto de esta ventaja y esta constitución tan viciosa por su naturaleza, seria de tal modo opuesta a los intereses de todos, que ni la América, ni la España, ni la libertad, ni la religión lograría la menor mejora.

US. sabe que la Constitución española es un monstruo de una forma indefinible: semejante al Gobierno del Gran Turco, aunque con apariencias enteramente opuestas: lo que en Constantinopla hace el gran señor, en Madrid lo ejecuta constitucionalmente una Asamblea de infinitas cabezas, tan absoluta en su voluntad como el primer déspota del mundo. Así se ha visto que ha hollado la religión, ha hollado el trono y no ha sembrado la libertad: porque esta preciosa planta no nace ni en los páramos helados, ni en los ardientes arenaas, sirio en aquellos terrenos donde la Naturaleza ha combinado sabiamente los principios del calor y del frío. La Constitución española, en fin, no es más que un gobierno popular con un rey, para que estos dos extremos, en un choque perpetuo, produzcan el conflicto más doloroso y más interminable.

Por estas consideraciones, señor general, yo no puedo menos que persuadirme de que US., bien aconsejado por su propia rectitud y por la experiencia, ponga a cubierto de sus enemigos personales esa parte del país y las tropas que le obedecen, con el fin, verdaderamente laudable, de asociarse a la buena causa de la América, que la Providencia había separado del antiguo mundo con el justo designio de darla en propiedad a sus moradores. US. no dejará de convenir en que la Providencia está declarada en favor de la independencia de América, y que el oponerse al imperio de sus decretos es una rebelión execrable. Eche US. la vista sobre toda la América y observe cuántos prodigios el cielo ha operado en estos días para consumar la obra de nuestros gobiernos. Y observe US. igualmente los ejemplares castigos que sufre la España por los crímenes cometidos contra la América, pues no hay la menor duda de que en Europa la España es inocente; sin embargo, sufre los azotes más crueles.

Últimamente, señor general, la posición de US. es al mismo tiempo tanto crítica como ventajosa. Siempre que US. conserve la actitud amenazadora que US. tiene actualmente, su suerte no puede ser infeliz, y probablemente debe ser honrosa. Nosotros vamos a emprender la campaña y debemos triunfar; entonces US. habrá sido uno de nuestros grandes auxiliares por haber llamado la atención de nuestros enemigos por esta parte; por consiguiente nuestra gratitud será igual al servicio que US. nos haya hecho. Tanto US. como los oficiales, tropas y pueblos de su mando, serán benemeritos del Perú y de la América y gozarán de las mayores ventajas, y yo ofrezco á US. una generosidad sin límites y la protección más cordial.

Supongamos el caso más remoto que puede ocurrir jamás, de que nosotros, quiero decir, que todos los hijos del Nuevo Mundo, seamos batidos, y reconquistados por los españoles: en este supuesto, digo que US. nada tiene que temer del rey de España, cuya causa ha servido hasta el día con un celo y fervor, a la verdad, excesivos. Pero, como esta catástrofe no puede ocurrir porque está fuera del orden posible, US. nada tiene que temer del gobierno español.

Quizás US. no querrá creerme, porque me considera enemigo; mas lo que voy a decir es evidente, notorio y, por decirlo así, chocante a los ojos de todos. Excepto una parte del Perú, el resto del Nuevo Mundo está por la independencia. La Inglaterra y los Estados Unidos nos protegen, y US. debe saber que estas dos naciones son las únicas marítimas en el día, y que a los españoles nada les puede venir sino por mar. También supongo que US. no ignorará que toda la América está confederada con nosotros, para nuestra común defensa, y que todos los ejércitos aliados se han puesto a mis órdenes para la destrucción de nuestros enemigos en el Perú, y además, bien pronto sabrá US. y todo el mundo que aquí tenemos un ejército de Colombia, capaz de libertar todas las regiones de la tierra que opriman sus enemigos.

Si US. quiere verificar estos hechos y otros muchos que puedo probar, le convido encarecidamente para que mande un sujeto de toda su confianza a ver nuestro ejército, y a examinar los documentos que califican hasta la evidencia la maldad del Gobierno español y la inmensidad de nuestro poder.

Los españoles liberales que obraban en el Perú se asombraron al ver que el campeón de la independencia suramericana no sólo entraba en correspondencia con su adversario ultrarealista, sino que le declaraba digno de la gratitud de la América en la siguiente proclama que dirigió a los peruanos:

¡Peruanos! La campaña que debe completar vuestra libertad ha empezado con los auspicios más favorables. El ejército del general Canterac ha recibido en Junín un golpe mortal, habiendo perdido por consecuencia de este suceso un tercio de su fuerza y toda su moral. Los españoles huyen despavoridos, abandonando las más fértiles provincias, mientras el general Olañeta ocupa el Alto Perú con un ejército verdaderamente patriota y protector de la libertad.

¡Peruanos! Dos grandes enemigos acosan a los españoles del Perú: el ejército unido y el ejército del bravo Olañeta, que desesperado de la tiranía española, ha sacudido el yugo y combate con el mayor denuedo a los enemigos de la América y a los suyos propios. El general Olañeta y sus ilustres compañeros son dignos de la gratitud americana; y yo los considero eminentemente beneméritos y acreedores a las mayores recompensas. Así, el Perú y la América toda, deben reconocer en el general Olañeta á uno de sus libertadores.

¡Peruanos! Bien pronto visitaremos la cuna del imperio peruano y el templo del sol. El Cuzco tendrá en el primer día de su libertad más placer y más gloria que bajo el dorado reino de sus Incas.

Esta proclama llenó a los patriotas de confianza y de consternación a los realistas.

II. El pundonor de Sucre

El ejército, entretanto, adelantó sus operaciones bajo tan favorables auspicios hasta Huamanga, que fue ocupada por la vanguardia el 23 de Agosto. El Libertador llegó allí el 28, habiendo recibido en todos los pueblos del tránsito, desde Jauja, los honores y admiración que merecía

como vencedor, y el respeto y estima que se tributan a los bienhechores de la humanidad.

Al llegar el ejército á Huancayo, el Libertador se vio obligado a tomar medidas para aumentarlo. Una de las más extraordinarias fue la de comisionar a Sucre: que nominalmente mandaba el ejército, pero cuyas funciones en realidad eran las de Ayudante general, a que fuese a reunir los dispersos y convalecientes a retaguardia, y encaminarlos al cuartel general. Sucre, que jamás rehusó ningún servicio personal que pudiese contribuir al bien del ejército y a la gloria de su jefe, aun a costa de su dignidad y de su rango, se sometió sin la menor observación a cumplir las órdenes que de él recibió, y llenó su comisión con la actividad y celo que le caracterizaban; pero una vez terminada, escribió al Libertador la siguiente carta:

«He despachado todo lo que habíaatrás del ejército hasta el Cerro, y más allá han marchado oficiales que harán andar cuanto queda. Han ido para el cuartel libertador las fuerzas y los artilleros militares de que he dado cuenta por medio de la Secretaría general. Después que he llenado tal comisión, y que he cumplido con usted, querrá usted permitir que piense un momento en mí.

Convendrá usted, mi general, en que un hombre que carezca de la delicadeza necesaria para servir su destino no debe obtenerlo, y menos vivir en la sociedad que guían el honor y la gloria. Yo he sido separado de la cabeza del ejército, para ejecutar una comisión que en cualquiera parte se confía cuando más a un ayudante general, y enviado a retaguardia a tiempo en que se marchaba sobre el enemigo; por consiguiente, se me ha dado públicamente el testimonio de un concepto incapaz en las operaciones activas, y se ha autorizado a mis compañeros para reputarme como un imbécil o como un inútil.

Pienso, señor, que al usar este lenguaje no se me acusa de orgulloso ni de aspirador. Habiendo rehusado de todo mi corazón el primer rango del Perú que obtuve una vez por la representación nacional, parece que poseo un derecho a exigir de mis compatriotas que me crean con sólo el deseo de un poco de estimación pública; pero este desprendimiento de los destinos, ni me aleja de los miramientos que debo a mi actual empleo, ni me autoriza para prostituirle su decoro.

Es cierto que he consentido en la aceptación del nombre de general en jefe del ejército unido con un ejercicio vago e informal; pero ni he dejado de conocerlo, ni de saber la crítica de los jefes a mi insulta representación: la continué, sin embargo, para complacer a usted, y por servir al ejército y al Perú, sin llevarme nunca de la presunción del título; pero sucede de algunas distracciones, que de un mal se va a otro, y yo he visto con dolor que sufriendo pequeños golpes (y tal vez varios no pequeños) se me ha dado el más fuerte que jamás preví, de reducirme ante el ejército unido al papel de conducir enfermos y atrasados.

No sé si al conferirseme semejante comisión se ha tratado de abatirme; pero lo dudo infinito, y mi conducta me persuade que no lo he merecido: tampoco sé si porque se me juzgue inepto; pero en tal caso, me consuela que he servido a usted y al ejército con un celo especial, y que en la campaña he tenido una absoluta consagración a todos los trabajos. Sea lo que sea, mi general, esta comisión ha servido de burlas y sátiras a los que no son mis amigos, y de sorpresa a los que me estiman.

Yo he sufrido el tormento de que algún jefe me dijera que haberla aceptado era una indebida autorización para que pudiesen ser tratados los demás casi como criados (dispense usted que use la misma palabra); si esto se ha dicho a mi frente, es fácil juzgar lo que se hable mi espalda, e inferir qué respetabilidad y qué concepto he de merecer a mis compañeros. Es incontestable que de hecho se ha declarado a la faz del ejército que no se me necesita para nada (que es demasiado probable), y lo que es más mortificante, usted ha dicho a alguien de mis menos amigos que se me mandaba a retaguardia en busca de las altas de hospitales y de las guerrillas. ¿No es esto dar a mis desafectos los medios fáciles de desacreditarme? Sin embargo, yo creo que de muy buena fe sirvo para mucho más que tales comisiones.

De todo esto deducirá usted que mi situación es un verdadero conflicto; estoy separado del ejército por la distancia del honor al vilipendio, y mi corazón está unido a usted, al ejército, y a la gloria de Colombia en la libertad de este país. He meditado doce días mi posición y el partido que me deje, y después de un choque constante entre mis deseos y mis deberes, éstos me aconsejan de no presentarme en donde mis compañeros me han visto salir con desaire. Si usted me permitiera, yo abrazara la resolución

que me dictan mi conciencia militar y mi justificación; pero aún seré sumiso y elegiré a usted mismo de consultor en este delicado asunto.

Los amigos a quienes he manifestado mi situación, me han reprochado de que no representara antes contra el ultraje de esta comisión; pero si yo conviniera de que fuese una falta, seré suficientemente disculpado con mi prudente y ejemplar obediencia a los mandatos de usted, y porque además era una triste indiscreción reclamar otras consideraciones que aquellas que buenamente se me dispensaran.

Usted sabe, mi general, que nadie h sido más empeñado que yo en esta campaña, y que aun cuando el año pasado quise, por razones poderosas, irme de este país, luego tomé una muy positiva determinación de quedar hasta el fin de la guerra, corroborándola sinceramente en los conflictos de febrero y marzo, y mucho más después del consejo de Huamachucos. He llenado con entera contracción mis obligaciones hasta que nuestro ejército, tomando en todos sentidos una superioridad absolutamente decidida sobre el enemigo, nos presagia o asegura una conclusión feliz y pronta; y hasta que el suceso más inesperado y bochornoso me ahuyenta del ejército. Ningún acaecimiento de otra especie menos ofensivo pudiera inducirme al partido que más me cuesta; y no a la verdad por esperanzas de premios militares ni otras recompensas al fin de la campaña, sino porque mis sentidos todos han estado tan ligados a la suerte de nuestros cuerpos en el resultado final de la empresa, como se halla usted a su gloria. Contemple usted por tanto cuán amarga es mi resolución, que la encuentro tan precisa como dura.

Después de tan franca exposición, creo, señor, que usted no consentirá mi humillación ante todo el ejército; usted no querrá que un soldado honrado se conforme con la vergüenza y el desprecio. Condenado por consecuencia a la más cruel despedida, permaneceré unos días de Huancayo á Tarma (con las ocupaciones más posiblemente útiles a las tropas) mientras usted tiene la bondad de mandarme sus órdenes, que en mi estado desagradable sabrá usted cuáles convengan. Me atreveré a indicar, como las más oportunas, aquellas que me ahorren nuevos e injustos vejámenes; porque como otras veces he dicho a usted, yo puedo y quiero ser de simple particular en Colombia un buen ciudadano, ya que la suerte no me ha protegido bastante para ser un buen militar.

Desde mucho tiempo me he penetrado que no soy para la carrera pública; lo sé, lo confieso sinceramente y es cuanto hay que exigírseme. Díguese usted, mi general, aceptar los votos contantes de mi corazón por su prosperidad y su dicha; siempre desearé vehementemente que en todas partes la sombra de usted sean la fortuna y la victoria. No sé cómo acabar esta carta; entre la desesperación y el dolor, apenas permiten pedir a usted que me conserve sus restos de estimación, y que cualquiera que fuere mi condición, quiera usted contarme su fiel amigo, humilde y obediente servidor.

No es menos digna la contestación del Libertador; su carta, que también transcribo, le honra tanto como a Sucre la suya. Con almas de ese temple, ¿podría dudarse del éxito de la empresa que habían acometido?

Huamanga, 4 de Septiembre de 1824.

Señor general Antonio J. de Sucre.

Mi querido general:

Contesto la carta que ha traído Escalona, con una expresión de Rousseau, cuando el amante de Julia se quejaba de ultrajes que le hacía por el dinero que ésta le mandaba: «ésta es la sola cosa que usted ha hecho en su vida sin talento». Creo que a usted le ha faltado completamente el juicio, cuando usted ha pensado que yo he podido ofenderle. Estoy lleno de dolor por el dolor de usted, pero no tengo el menor sentimiento por haberle ofendido.

La comisión que he dado a usted la quería yo llenar; pensando que usted la haría mejor que yo por su inmensa actividad, se la conferí a usted, más bien como una prueba de preferencia que de humillación. Usted sabe que yo no sé mentir, y también sabe usted que la elevación de mi alma no se degrada jamás al fingimiento. Así, debe usted creerme. Antes de ayer (sin saber nada, nada de tal sentimiento) dije al general Santa Cruz que nos quedaríamos aquí para dirigir esa misma retaguardia, cuya conducción deshonra a usted, y que usted iría adelante con el ejército hasta las inmediaciones de Cuzco ó de Arequipa, según la dirección de los enemigos; y en todo esto, yo no veía ni veo más que el servicio, porque la gloria, el honor, el lento, la delicadeza, todo se reúne en el solo punto del triunfo de Colombia, de su ejército y la libertad de América.

Yo no tenía tan mala opinión de usted que pudiera persuadirme de que se ofendiese de recorrer la jurisdicción del ejército y de hacer lo que era útil. Si usted quiere saber si la presencia de usted por retaguardia era necesaria, eche usted la vista sobre nuestro Tesoro, sobre nuestro parque, nuestras provisiones, nuestros hospitales y la columna de Zulia; todo desbaratado y perdido en un país enemigo, en incapacidad de existir y moverse. ¿Y cuál es la vanguardia que yo he traído? El coronel Carreño la ha conducido. El general Santa Cruz me ha precedido de seis días. Los enemigos no nos podían esperar, ni nos esperan en un mes. El ejército necesitaba y necesita de todo lo que usted ha ido a buscar, y de mucho más.

Si salvar el ejército de Colombia es deshonroso, no entiendo yo ni las palabras ni las ideas. Concluyo, mi querido general, por decir a usted que el dolor de usted debe convertirse en arrepentimiento, por el mal que usted mismo se ha hecho en haberse dado por ofendido de lo que no debiera; y en haberme ofendido a mí con sus sentimientos.

Esas delicadezas, esas hablillas de las gentes comunes, son indignas de usted; la gloria está en ser grande y en ser útil.

Yo jamás he reparado en miserias, y he creído siempre que lo que no es indigno de mí, tampoco lo era de usted. Diré a usted, por último, que estoy tan cierto de la elección que usted mismo hará, entre venirse a su destino o irse a Colombia, que no vacilo en dejar a usted la libertad de elegir.

Si usted se va, no corresponde usted a la idea que yo tengo formada de su corazón. Si usted quiere venir a ponerse a la cabeza del ejército, yo me iré atrás y usted marchará adelante para que todo el mundo vea que el destino que he dado a usted no lo desprecio para mí

Esta es mi respuesta. Soy de usted de corazón. –Bolívar.

Después de estas mutuas y satisfactorias explicaciones, volvió Sucre a ocupar el puesto que sus talentos y valor le señalaban en el ejército.

III. Necesidad de que uno de los jefes fuera a Lima. –La Mar se excusa de ir. –Sucre también se excusa

La necesidad de detenerse para aumentar la fuerza de los cuerpos con los auxilios que debía llevarle Sucre y los que habían llegado últimamente

de Guayaquil, fuera de otros contratiempos inevitables, retardaron los movimientos del ejército.

El enemigo había pasado ya el Apurímac y destruido todos los puentes sobre ese río, excepto el de Ocopa; las pérdidas que había sufrido en su retirada, correspondieron a la precipitación con que lo efectuó; pero las repuso con creces con los reclutas que de antemano había estacionado en su línea de marcha, de modo que a medida que se retiraba se hacía más formidable, porque cada una de sus etapas le acercaba a su base de operaciones, en tanto que los independientes al avanzar se alejaban de la suya, y tenían que atravesar un país devastado por sus enemigos.

A pesar de tantas contrariedades, dispuso el Libertador que Sucre avanzase a Challhuanca, y que torciendo sobre la izquierda dejase el camino que conduce al Cuzco, pues se proponía pasar el Apurímac en Belille, amargar la retaguardia de los enemigos y obligarles a abandonar aquel punto, o interponerse entre ellos y el Desaguadero.

Habiendo Sucre hecho alto en Challhuanca, salió el Libertador de Huamanga con su Estado Mayor a reconocer el Apurímac, operación difícil, porque entrada ya la estación de las lluvias, que caían con más abundancia de lo ordinario en aquellas regiones, las marchas eran en extremo penosas. Mientras el Libertador hacía este reconocimiento, recibió varios despachos con noticias importantes que influyeron en las operaciones subsiguientes del ejército, y basta en sus propias resoluciones.

Habíase realizado la negociación del empréstito que el Gobierno del Perú contrataba en Londres, dejando a su disposición tres millones de pesos, de que podía disponer inmediatamente. Otra grata noticia fue la seguridad que le daba el Gobierno de Colombia de que los 12.000 hombres que en tan repetidas ocasiones y con tantas instancias había pedido, estaban ya organizándose, de los cuales 3.000 se hallaban actualmente en camino para el Perú. Pero, en cambio, supo la llegada del navío de línea Asia y del bergantín Aquiles a las aguas peruanas, y el término de las disensiones entre los realistas del Alto Perú, con lo que quedaba libre el general Valdés para reunir sus fuerzas con las del virrey; noticias éstas que contrapesaban aquellas lisonjeras nuevas y exigían muy serias reflexiones.

Desde el principio de la campaña Sucre aconsejó las mayores precauciones y se opuso constantemente a la marcha hacia los departamentos

del Cuzco mientras no llegaran los refuerzos de Colombia; porque recordando las derrotas que habían sufrido los ejércitos del Perú, en una de las cuales se había visto él mismo envuelto, creía que era más prudente obrar como él indicaba.

De la misma opinión era el coronel Heres, cuyo conocimiento de los jefes españoles y de los negocios del Perú le hacían acreedor a que sus consejos se respetasen, con tanta mayor razón cuanto que fue el único que aconsejó al Libertador que no abandonase el Perú cuando todos sus compañeros de armas opinaban por su retirada a Colombia durante la angustiosa situación en los principios del año.

Creía Heres que la presencia del Libertador en Lima era de imperiosa necesidad para dar impulso a la guerra y dirigir la política, y que sin su inmediata intervención, el empréstito, que tanto trabajo había costado conseguir en Europa, se malversaría, y que sin el estímulo de su actividad se retardaría la incorporación de las tropas colombianas al ejército, las que de un momento a otro debían llegar según los avisos que se habían recibido de Colombia. Aparte de estas consideraciones, era de la mayor importancia la ocupación de Lima, porque el establecimiento del Gobierno en la capital daría, no sólo gran prestigio en el exterior, sino vigor a la causa independiente en el mismo país.

Otras razones de no menor peso demandaban que el Libertador volviese a la costa. Ya he dicho que el navío Asia y el bergantín Aquiles cruzaban en las costas del Perú, lo que facilitaba el transporte de las fuerzas españolas y de los elementos de guerra, y podrían fácilmente interrumpir las comunicaciones con Colombia si no se formaba un cuerpo de reserva para precaverse contra esta contingencia.

Habiendo meditado seriamente sobre materia de tanta importancia, pensó el Libertador al principio enviar a La Mar o a Sucre a la costa, con amplios poderes para obrar en su nombre.

La Mar, tan tímido en los consejos como valiente en la guerra, temblaba a la sola idea de la responsabilidad de semejante cargo, tanto más al recordar el desenlace de su anterior administración, que había sido tan desgraciada para el país como para él mismo, rehusó absolutamente aceptarlo. Sucre, aunque más confiado en sus propias fuerzas, porque era más competente, tampoco quiso admitir la difícil comisión,

porque juzgaba que sólo el prestigio del Libertador podría vencer las dificultades inseparables del delicadísimo estado en que se hallaba el país.

No queriendo Bolívar pasar en inacción el tiempo que duraran las lluvias, resolvió volver a la costa, dejando instrucciones a Sucre sobre el modo de obrar en su ausencia.

Los poderes que le dio eran tan amplios como lo exigían las circunstancias, pues le autorizaba a tomar la ofensiva o permanecer a la defensiva, según el aspecto de las cosas y los movimientos del enemigo, ora continuando operaciones activas, ora acantonando el ejército: en este caso recomendaba las provincias de Andahuailas y Abancay para cuarteles de invierno.

IV. El Libertador sale en persona para Lima, dejando el ejército e instrucciones al general Sucre. –Medidas de administración que iba tomando a su paso

El 7 de Octubre partió el Libertador de Sañaico, y llegó a Andahuailas el 10. Aquí dio una organización definitiva a las provincias que habían sido libertadas, y nombró gobernadores encargados de hacer cumplir las leyes y decretos dictatoriales. Ordenó de no perseguir a nadie por sus opiniones anteriores, sino antes bien, promover la armonía y la unión entre todos los partidos y clases; de hacer formal inventario de las propiedades del Estado, para aplicar al ejército el producto de los bienes de los emigrados que no hubiesen dejado herederos en el país; de nombrar jueces de paz, escogiéndolos entre los ciudadanos de mejor conducta y reconocido patriotismo, y de establecer hospitales.

Demás de estas medidas, que él mismo vio poner en práctica, mando fundar escuelas bajo la dirección del clero regular, en los pueblos por donde pasaba, pues hasta en los más apurados momentos de la campaña, no perdía oportunidad propicia de adelantar y propagar la instrucción. A tan útiles reglamentos añadió otros no menos liberales: a los distritos donde el enemigo había quemado los pueblos, los eximió, por un decreto especial, del pago de contribuciones por diez años, y honró al pueblo de Reyes con el nombre de Junín, haciéndolo extensivo a la provincia de Jauja.

Desde que el ejército empezó las operaciones activas, se declaró vigente la constitución política, con algunas modificaciones, en todas las provincias que iba libertando.

El nombramiento de los principales magistrados se hacía por las municipalidades, poniendo así a los agentes del ejecutivo en relación directa con el pueblo por quien eran elegidos.

Un peruano distinguido ha dicho que nunca fueron tan respetadas las leyes en el Perú como cuando el Congreso permitió que Bolívar las relegase al olvido. Esta observación, que hace más honor al Gobierno del Libertador que el éxito asombroso que lo coronó, no carecía por cierto de fundamento.

Todas las clases de la sociedad tenían señalados sus deberes; el ejército se moralizó y guardó la disciplina más estricta, y hasta los excesos de las guerrillas se contuvieron.

El Libertador era inexorable con los militares, de cualquier rango que fuesen, y castigaba con rigor la más pequeña falta contra el orden. Un castigo ejemplar que produjo saludables resultados se hizo en la provincia de Huamanga: es el caso, que un sargento y dos soldados colombianos asaltaron la casa de un campesino, la saquearon y violaron a una de sus hijas. La pena que se les impuso fue proporcionada a la enormidad del crimen: se les fusiló y descuartizó y sus miembros fueron expuestos en los pueblos vecinos.

Algunos individuos del clero regular cometían abusos en perjuicio de la sociedad y desdoro de la religión. El Libertador puso remedio a estos desórdenes escandalosos, obligando a la autoridad eclesiástica de la jurisdicción de los culpables a reprenderlos y confinarlos en sus conventos. Otros, que aprovechándose del estado revuelto del país habían ahorcado los hábitos, y al reaparecer en la sociedad de que habían abjurado se señalaban por su vida disoluta, se les forzó a volver a los claustros; no fue éste por cierto el menor de los beneficios que dispensó a la sociedad.

V. Después de la traición de los presidentes Riva-Agüero y Torre-Tagle, en Perú, la perfidia del vicepresidente Santander, en Colombia, de sus consejeros y parciales

Pasando por Huamanga, Marca y Huancavélica, llegó a Huancayo el 24 de Octubre; allí recibió un correo de Colombia, con despachos que le causaron la más desagradable impresión, por el origen de que procedían. Informábase el Gobierno que el Congreso había derogado la ley de 9 de octubre de 1821 que le acordaba facultades extraordinarias en el territorio que fuese teatro de la guerra, y le confiaba el mando de los departamentos del Sur de la república, con la facultad de dar ascensos en el ejército sin consultar previamente al Congreso.

La provincia de Pasto, con varios intervalos, había continuado en estado de rebelión desde que se le incorporó a la república, y no obstante las derrotas de Yacuanquer e Ibarra, en que tanta sangre había corrido, los reacios habitantes de la Vandea colombiana rechazaban con desprecio cuantos arreglos se les proponían.

Tal estado de cosas, independientemente de la guerra de Perú, hacía indispensable el ejercicio de poderes discretionales en el Sur, y por estas razones la dirección de los negocios en esa sección había quedado en manos del Libertador.

Ni quiso el Congreso al darle el permiso de pasar al Perú revocar las facultades que le había concedido.

Hacerlo al presente, cuando se hallaba rodeado de peligros y envuelto en terribles embarazos, era una acción odiosa, por no darle otro calificativo, que no dejó de hacer profunda impresión en su alma sensible, tanto más cuanto que el vicepresidente Santander le aseguraba que la medida procedía del Congreso exclusivamente, y en los pormenores que refería, extendiéndose a la ingratitud con que se le había tratado, se esforzaba en indisponerle con ese cuerpo.

«Ya verá usted, le decía, la nueva ley de facultades extraordinarias derogatoria de la de 9 de octubre del año once.

A ella han dado lugar, primero, los coroneles nombrados por mí con motivo de la ocupación de Puerto Cabello, en que el Senado se manifestó

muy descontento; segundo, los ascensos superiores concedidos por usted en Trujillo y Pativilca, sobre que el Senado no ha dado respuesta. Hasta en la cámara de representantes se indicó si usted había dejarlo de ser presidente por admitir la dictadura sin permiso del Congreso.

Con respecto a mí, me han censurado todo lo que se les ha puesto que no era bueno. Osío y Arvelo, diputados de Caracas, han sido los capataces de todo, principalmente contra el Gobierno. Yo me propuse callar y manifestarles que usted y yo estábamos siempre prontos a cumplir cuanto el Poder legislativo decretase en términos constitucionales.

Vista la conducta del Senado, yo me resolví á consultarles varios puntos que usted habrá visto en la gaceta, para quitar dudas y motivos de que los representantes estuviesen interpretando la ley a su gusto y según sus pasiones. Todo calmó con la ley nueva, y yo no quise objetarles para manifestarles que nos era indiferente el tener ó facultades extraordinarias. He referido a usted esto, no por chisme, ni para que usted jamás se dé por entendido ni jamás manifieste usted incomodidad. Me parece que mientras más nos mostremos moderados, el triunfo será nuestro. Dispense usted esta insinuación, pues es arrojo dar a usted consejos. La misma serenidad suplico a usted tenga con la carta anónima que ha aparecido en uno de los números de *El Colombiano*.

Es preciso, mi general, vivir persuadidos de que los hombres son ingratos, y de que el honor de la república requiere todo género de sacrificios. Usted ha sabido hacerlo, y con sus obras y conducta ha desmentido a los maldicentes y desagradecidos. Por Dios, mi general, no se manifieste usted sentido, porque perdemos mucho delante de Europa, y ruego a usted que hasta esta carta la rompa, porque me parece vergonzoso haberme ocupado de estos enredos y que sin duda no los habría mencionado, si yo hubiera estado seguro de que por otro conducto no lo podría saber usted.

El Sur no sufrirá alteración, como no ha sufrido hasta hoy, sin embargo de su ausencia. He tenido muy presente la recomendación de usted para que nada se alterase. Crea usted, general, que yo cifro una de mil mayores honras en complacer a usted y darle gusto, porque no creo que nadie pueda saber mejor que usted lo que convenga a la república. Así es que sólo he dejado de complacerle en los puntos en que tenía que infringir claramente la constitución,

Yo espero en todas ocasiones la indulgencia de usted, pues me parece que la sinceridad de mis sentimientos y mi conducta hacia usted me dan derecho para que se me crea ansioso del bien público, sin picardías ni dobleces. Expuesto a errar frecuentemente, sólo la ingenuidad de mi corazón puede salvarme.

Yo no aspiro a otra cosa, después de haber ejercido el gobierno en circunstancias muy difíciles, que a dejar a la república reconocida por la Gran Bretaña, y al Perú libre bajo la dirección de usted. Con estos sucesos acaecidos durante mi administración y con los que han ocurrido hasta hoy, me parece que queda bien satisfecha mi ambición. Pues aunque no tenga parte directa en ellos, por lo menos suceden en mi tiempo y algo me toca, mucho más si puede usted recibir los auxilios que me empeñé en conseguir del Congreso, Por allá en Europa andan los que han hecho algún papel en la revolución de América. Yo siempre he tenido ahínco de conocer el mundo por mis ojos, y me parece que mi visita no puede ser ya tan desairada, como habría sido ahora cuatro años. ¿Le parece a usted que tengo poco orgullo en haber sido el compañero de usted en el gobierno constitucional?

Pues sepa usted que en la lista de las cosas que creo me honran, va este acontecimiento en primer lugar, y siempre lo he dicho sin apariencia cuando le ha ofrecido.

A pesar del aserto del vicepresidente, tengo la satisfacción de aprovechar la oportunidad de contradecir el cargo que él le hace a tan respetable corporación (el Congreso de Colombia). Por extemporánea que fuese la ley, fue adoptada por sugerencias del mismo vicepresidente.

Si sus motivos al proponerla hubiesen sido honrados y desinteresados, no debió esquivar la responsabilidad que acarreaba; pero sean cuales fueren esos motivos, su conducta hacia el Libertador muestra poca sinceridad.

La verdad es que Santander contemplaba con envidia la merecida elección de Sucre en el ejército y temía que en caso de triunfar en el Perú, el Libertador le conferiría el grado de general en jefe. Esta no es mera conjeta mía; me fundo en hechos y documentos auténticos.

Santander solicitó más de una vez la intervención del Libertador para conseguir un grado, sin el cual su ambición no quedaba satisfecha

y cuando al fin accedió éste a su solicitud, para empeñarlo a remitir prontamente al Perú las tropas que con tanta instancia había solicitado, al recomendarlo al Congreso le hizo notar a Santander que éste era un acto constitucional¹⁹.

En ningún período de su vida, fecunda en acontecimientos de todo género, dio Bolívar pruebas más relevantes que en esta ocasión de la pureza de las intenciones que guiaban su conducta política.

El espíritu de la ley de 28 de julio de 1824 y el decreto de 2 de Agosto, no sólo le privaban de la autoridad que había ejercido hasta allí en los departamentos del Sur de Colombia, y de la facultad de ascender a los oficiales del ejército que lo merecían, sino que le retiraban el mando de las tropas colombianas que servían en el Perú. Este fue el golpe más doloroso que se le podía dar y el que más le afectó.

Él era el creador de aquel ejército, que se componía de veteranos que le habían seguido desde los más remotos confines de Colombia, y que le miraban más como a padre que como a jefe. En medio de la lucha de los partidos en los días de peligro, y en los triunfos como en las derrotas, siempre le habían sido fieles.

Quizá no haya afecto más acendrado que el del soldado al jefe de su corazón, que ha compartido con él todos los peligros y privaciones en

19 “¿Creerá usted que ahora pocos días estuve pensando que todos los generales pueden ser generales en jefe antes que yo si sigo en el ejecutivo? Pues es buen chasco; salir de vicepresidente dentro de tres años, a que me manden tantos generales que no sirven para mandarme. Dispense usted mi orgullo y crea que siempre lo he tenido, y que si no lo he manifestado, es porque mi desgracia no me lo permitía ni era regular; pero jamás me he creído súbdito sino de usted, de Urdaneta, de Soublette y de Sucre, generales a quienes reconozco ventajas. Reserve usted esto, porque no tengo necesidad de que nadie reconozca esta franqueza; usted es descuidado con las cartas, y yo hablo como hombre público” (Carta de Santander al Libertador. 20 de Febrero de 1823.)

“Aprecio mucho, mucho, su propuesta para el Senado en mi favor. Convengo en que es constitucional; y no sólo por esta razón, sino por delicadeza, pienso omitir presentarla. Sufriré ya mi suerte contra mi carrera militar, porque yo pienso ir a Europa a ver el mundo después de mi gobierno y entonces nada me importa que sean generales en jefe todos los oficiales que creo no pueden ser ni jefes superiores en la milicia. Lo que sí haré por mi propio honor es publicar su oficio y el decreto de la Cámara de Representantes, luego que se ponga en receso el Congreso del presente año” (Carta de Santander al Libertador, Febrero 6 de 1824)-Tomo III de estas Memorias.

una larga carrera de glorias; y tales eran los sentimientos que ligaban al soldado colombiano con Bolívar.

Nada tiene de sorprendente que un sinnúmero de recuerdos se agolpasen a su mente, llenándola de amargura, al leer los decretos que virtualmente le separaban de los compañeros de su gloria. El día mismo en que los recibió escribió al General Sucre, comunicándole las disposiciones del Congreso y del ejecutivo de Colombia, y ordenándole las pusiese en conocimiento de las tropas con suma cautela, para que no produjese un efecto contrario a la disciplina y perjudicial al servicio. Al mismo tiempo le delegó el mando inmediato del ejército colombiano, por ser él el jefe más caracterizado que existía en el Perú y además por haber sido antes nombrado general en jefe de aquel ejército.

De este modo dio Bolívar ejemplo de sumisión a las leyes de su patria cuando una palabra, una sola señal suya le habría bastado para ser obedecido de la manera más implícita por el ejército y por el pueblo de Colombia, desde el Macará hasta los confines de Guayana.

V. La dimisión de Bolívar y la protesta del ejército

A pesar de su recomendación a Sucre, y de la manera prudente con que éste comunicó al ejército las resoluciones del Congreso y la determinación consiguiente del Libertador, puede calcularse el efecto que produjo, por el tenor de la siguiente petición, firmada por los generales y jefes de las divisiones:

Cuartel general en Pichiragua, á 10 de Noviembre de 1823. -14.0

Excmo. señor Libertador Presidente de Colombia.

Excmo. señor: El ejército ha recibido ayer con el dolor de la muerte la resolución que V.E. se ha dignado comunicarle el 24 de octubre desde Huancayo, separándose de toda intervención y conocimiento de él, á virtud de la ley de 28 de julio último. Nosotros, señor, como los órganos legítimos del ejército, nos atrevemos a implorar la atención de V.E. a las observaciones que por el momento nos han ocurrido sobre la determinación de V.E.

Meditando la ley de 28 de Julio, nos hemos encontrado que el Cuerpo legislativo, al dictarla, tuviese la intención expresa de separarnos de V.E., ni de dañar a este ejército, cuyos sacrificios, si no son bien sabido, en Colombia, son al menos estimados por todos los amantes de la independencia americana. Es cierto que esta ley destruye las facultades con que V.E. ejercía su autoridad en el Sur y en el ejército, y con que ha completado la libertad de la república, dado la vida al Perú y la paz a sus vecinos; pero entreveremos que el Congreso comete estas facultades extraordinarias al ejecutivo en las provincias de asamblea, delegables a quienes sea necesario.

Confesamos que esta misma circunstancia expresada por nuestros legisladores, al derogar la ley del 9 de octubre del año 11, es ofensiva en algún modo a la delicadeza de V.E., mucho más cuando al presentar los bienes que esta ley produjo no mostraron la gratitud que debla la nación al que con ella y sus constantes sacrificios supo salvarla; pero no pensamos que ocurriera ni remotamente que la autoridad extraordinaria con que V.E. ha estado investido fuese sospechosa a la libertad del Estado ni a la seguridad de los ciudadanos del Sur.

El genio que ha creado una nación, que ha formado a Colombia y que nos ha dado patria y existencia, no podía presentarse jamás a la conciencia de los legisladores sin sus naturales virtudes.

La ley de 28 de Julio, si no manifiesta la consideración debida a los eminentes servicios y a la comportación de V.E., tampoco lo autoriza para que, por dar nuevos y raros ejemplos de su desprendimiento, nos prive de la intervención de V.E., en nuestras armas, cuando V.E. no está en el miserable caso de justificar su conducta noble, estando ella escudada por la libertad que un medio mundo debe a la espada de V.E. y a sus principios generosos.

Después de catorce años de combates, en que los enemigos fueron expulsados más acá del Ecuador, y que integrada la República en su territorio habíamos cumplido nuestros juramentos a Colombia, el ejército fue invitado a la campaña del Perú; V.E. lo envió, y autorizado luego en los términos constitucionales, vino a mandarlo según se lo había ofrecido solemnemente. Si este ejército tuvo en la guerra del Perú deberes de obediencia hacia su Gobierno por los tratados existentes, los tiene V.E. mucho más sagrados hacia él particularmente, desde Febrero, en que,

dislocado completamente el orden regular de las cosas en este país, le ofreció V.E. acompañarlo en las desgracias o conducirlo a la victoria.

V.E. no podría separarse de él sin faltar a compromisos sellados con nuestra sangre. Si después de internados al centro del Perú, V.E. se separase de nosotros, sería resolver nuestro abandono, decretar nuestra ruina; y ni el Congreso ni V.E. pueden resolver nuestro abandono y decretar nuestra ruina.

Los representantes de la nación no parece que pudieran pensar que la ley de 28 de julio produjese la deliberación de V.E. de 24 de octubre; los legisladores saben que nosotros no hemos venido al Perú en busca de ninguna fortuna, sino en busca de la gloria de Colombia, del brillo de sus armas, de la seguridad de sus fronteras, de la independencia de América, y lo diremos también, señor, sin ideas de lisonja, por acompañar a V.E. que nos ha educado, que nos hizo soldados, que ha impreso en nuestros corazones el amor a la libertad, y que convidió a llevarla a nuestros hermanos desgraciados.

Si en medio de la carrera V.E. nos dejase, por ningún motivo humano tendríamos el derecho de suplicar a V.E. que nos volviese a nuestra patria; allí, cerca del Gobierno, cerca de los apoderados de la República, rozaríamos inmediatamente de la beneficencia de las leyes, recibiría pronto el ejército sus recompensas y serían innecesarias las facultades extraordinarias que V.E. ejerció para premiarlo; gozaríamos de la paz dulce que disfrutan el resto de los militares, y de los tiernos recuerdos que se hacen a la nación por sus servicios, mientras 101 nuestros, en un país extraño, con inmensas fatigas, únicos en la guerra y con ninguna esperanza particular...

No deseamos, señor, significar ahora ninguna queja, sin embargo que hemos visto la atroz injuria del Poder ejecutivo en consultar al Congreso si los empícos que V.E. había dado al ejército serían reconocidos en Colombia, como si nosotros hubiéramos renunciado nuestra patria, como si nuestros servicios fueran una especulación, y como si el ejército recibiera ascensos tan simplemente como se ganan en las capitales: este insulto, que hemos sentido más por la publicación en las gacetas que por el hecho, lo hemos sofocado en nuestro dolor, porque nuestros corazones son de Colombia, y nuestras armas y nuestra sangre sostendrán su libertad, sus leyes y su gobierno; ni es nuestro ánimo oponernos

a las disposiciones de los escogidos del pueblo, no obstante que algunas á largas distancias pueden ser inconsultas e inconsideradas.

Es, si, nuestro anhelo y nuestro humilde ruego, que V.E. revoque (o por lo menos suspenda hasta elevar nuestros reclamos al Congreso) su resolución de 24 de octubre, y que, tomando otra vez su intervención y su conocimiento inmediato en el ejército, como se hallaba antes, lo vea éste volver a su frente para conducirlo con fortuna y con gloria al término de la empresa heroica que V. E. ha comenzado, y en que esperamos que V. E. nos dará nuevos laureles para restituirlnos a Colombia y rendir con ellos y nuestros trofeos el homenaje más puro de nuestro amor patrio en el templo de la representación nacional.

Excmo. señor, -El general comandante en jefe.

Antonio J. de Sucre.

El general, comandante general de la 1^a división, Jacinto Lara. -El comandante general de la 2^a división, José M. Córdoba. -El coronel de Rifles, Arturo Sandes. -El coronel de Húsares, Laurencio Silva. El coronel, comandante de Vencedor, Ignacio Luque. El comandante de Vargas, Trinidad Morán. -El comandante del tercer escuadrón de Húsares, Pedro Alcántara Hernán. -El coronel de Granaderos, Lucas Carvajal. -El coronel, comandante de Pichincha, José Leal. -El coronel, comandante de Bogotá, León Galindo. -El teniente coronel, comandante de Caracas, Manuel León. -El teniente coronel, mayor de Granaderos, Cruz Paredes. -El teniente coronel comandante del 3.0 de Granaderos, Mariano Ajear. -El teniente coronel, comandante del 2.0 de Granaderos, Felipe Braun. -El comandante de Voltígeros, Pedro Guasch. -El jefe del Estado Mayor de la 2.^a división, Antonio de la Guerra. -El ayudante general, Antonio Elizalde. -El jefe del Estado Mayor del ejército, Francisco Burdett O'Connor.

Este memorial y el que dirigieron al Congreso, de que hacen mención, fueron puestos en manos del Libertador; pero no se logró que cambiase la resolución que había tomado en Huancayo, ni consintió tampoco que se enviase al Congreso la petición, suscrita por los mismos jefes. Lo que sí hizo fue procurar calmar el creciente descontento del ejército, con los más saludables consejos.

La única señal que dió de disgusto por el procedimiento impolítico del ejecutivo de Colombia fue interrumpir su correspondencia epistolar con Santander.

VI. Llegada del Libertador a Lima

Partió luego el Libertador de Huancayo para Jauja, donde permaneció hasta el 29, tomando medidas enérgicas para aumentar el ejército y conseguir dinero para su subsistencia. Logró reunir en menos de dos semanas trescientos veteranos y obra de setecientos reclutas, que hizo marchar de Jauja al cuartel general de Sucre, y en el curso del mes siguiente le remitió mil más, como también caballos y pertrechos.

Antes de salir de Jauja le escribió, dándole minuciosa cuenta de cuánto había hecho para asegurar el éxito de la próxima campaña y de las esperanzas que tenía de la pronta llegada de los refuerzos de Colombia. Le encarecía sobre todo la necesidad de tener reunidos los cuerpos del ejército, y terminaba así su carta: “Este lisonjero estado de cosas requiere la mayor prudencia en todas las operaciones. Cuando tenemos esperanzas de conseguir grandes y excelentes refuerzos, sería una locura exponer un suceso que, tomando su curso natural, puede asegurarse. Por este motivo, recomiendo a usted la mayor circunspección y prudencia. Aunque creo innecesaria la repetición de este consejo, el interés que tomo por el ejército me mueve a hacerlo. Cuente usted con que bien pronto su posición estará libre de todo riesgo”²⁰.

Adondequiera que se encaminaba el Libertador parecía destinado a encontrar extrañas dificultades. Como que ellas tuviesen algún atractivo irresistible para él, él, porque que presentía su aproximación, volaba a oponérseles.

El movimiento y la excitación le eran tan necesarios como el aire que aspiraba. Gozábase en medio de las tempestades políticas, como si estuviese persuadido de que con su energía de carácter podía sobreponerse a los elementos de desorden.

20 Traducido de la versión inglesa. (N. del T.)

Desde la cima de los Andes vio la tormenta que se preparaba del lado de la costa, y redobló sus marchas con la ansiedad de conjurarla.

El coronel Luis Urdaneta, a quien había enviado a formar una división en el departamento de Trujillo, para sitiар el Callao, logró reunir hasta 1.500 hombres, con los que marchó sobre Lima. El 3 de Noviembre, Urdaneta atravesó la ciudad, y a tiempo que desfilaba por el camino del Callao un escuadrón de caballería enemiga que se había emboscado, le cargó repentinamente y le desordenó hasta el punto de no poderse restablecer la formación; porque esta tropa, con pocas excepciones, era bisoña, sin disciplina, y sus oficiales inexpertos, sin conocimientos en la milicia. Si a estos defectos se agrega el de cobardía, no se extrañará que no hicieran esfuerzo alguno por restablecer el orden, de que sobrevino una derrota vergonzosa y una gran matanza.

El 5 de Noviembre recibió el Libertador la noticia de este desastre al llegar á Chancay, a veinte leguas al Norte de Lima, y fue tanta la indignación que le causó, que al instante dictó medidas de justo rigor. Se instaló un Consejo de guerra permanente, y aquellos individuos cuya cobardía había sido más notable, fueron condenados a muerte y fusilados. Dio luego orden a Urdaneta de retirarse a Chancay con los restos de su cuerpo, que él mismo reorganizó en pocos días, poniéndole en mejor pie que nunca, de modo que al principio del mes de Diciembre la división de la costa estaba lista a marchar contra el enemigo. Las avenidas que conducían al Callao fueron anticipadamente ocupadas por las partidas de guerrillas de Huarochiri y Canta, y el Libertador en persona pasó por Lima el 7, en la noche, con una escolta, á reconocer los alrededores del Callao.

La capital tenía el aspecto de una ciudad abandonada. Las casas estaban cerradas. No se veía una alma en las calles. Todo era silencio y soledad. Mas apenas se supo que el Libertador se hallaba en las cercanías, todos los habitantes que permanecían retirados en sus casas, huyendo del bárbaro Ramírez, abrieron sus puertas y se precipitaron a las calles, agrupándose en tropel en los lugares por donde creían volvería a pasar de camino hacia la granja, donde sus tropas estaban acampadas. No tardó mucho en presentarse el huésped que todos deseaban ver y a quien querían obligar a quedarse entre ellos.

¡Cuánto había cambiado el aspecto de aquella ciudad en pocas horas! Sus calles, no ha mucho desiertas, estaban ahora llenas de inmenso gentío, cuyo gozo y entusiasmo es difícil describir. Rodearon al Libertador; su resistencia fue vana: le arrebataron de su caballo, que recibió también muestras de cariño, y le llevaron casi por fuerza a la casa que habían improvisado para su recepción. Vivas estrepitosos, gritos de alegría y alegres repiques de campanas anunciaron a la ciudad de los Reyes que el héroe americano se encontraba dentro de sus muros. Nunca quizás fue él recibido con más grandes demostraciones de entusiasmo y de alegría.

Lima había sufrido durante el año anterior y gemido bajo el despotismo de Ramírez, soldado brutal, servil instrumento de sus jefes; pero por cruel y salvaje que fuese su tiranía, á más terribles pruebas se vieron sometidos los limeños durante esta aciaga época. Partidas de salteadores asolaban los campos circunvecinos, siendo el terror de sus habitantes, y hasta las mismas calles de la capital eran teatro de sus excesos. Ni las personas ni las propiedades estaban al abrigo de sus depredaciones: ninguna casa podía quedar abierta al anochecer, nadie podía salir a la calle sin riesgo de la vida. La guarnición sólo servía para aterrizar a los pacíficos ciudadanos, no para protegerlos contra los merodeadores y bandidos, los insultaban hasta dentro del recinto de las murallas, donde tenían derecho a la protección de las autoridades.

La derrota de Urdaneta recrudeció sus sufrimientos y aumentó la insolencia de los despiadados gobernantes españoles. Durante un mes padecieron siglos de angustia, que la inesperada llegada del Libertador les hizo olvidar, y entonces su desconuelo y desaliento sólo pueden compararse con los transportes de su gratitud al hombre que acababa de sacarlos de tan cruel situación, trocando en dicha sus penas.

No había pensado Bolívar establecer en Lima su cuartel general ; pero fueron tan ardientes los ruegos de millares de personas, que le fue imposible resistir. El terror les inspiró una idea que el tiempo justificó. Llevados de la vehemencia de su entusiasmo, juraron que Lima jamás volvería a ser profanada por los realistas. El solo nombre de Bolívar, decían, bastaría para retenerlos dentro de las fortalezas del Callao, y así sucedió: el comandante de aquella plaza, respetando el prestigio del Libertador, nunca se atrevió á extender sus excursiones fuera del alcance de sus baterías.

VII. Organización del gobierno

En Diciembre llegó de Guayaquil un cuerpo de tropas, parte de los 3.000 hombres que se esperaban de Colombia, con el que se aumentó la fuerza organizada por el Libertador, quien la puso a órdenes del general Salom para bloquear el Callao con el nombre de Ejército de la costa.

La escuadra, que al mando del intrépido almirante Guise, había burlado los esfuerzos de los marinos españoles, y hasta batídolos con fuerzas inferiores en un combate cerca del Callao el 7 de octubre, tuvo que retirarse poco después de reparar sus averías, en Guayaquil. Sólo una corbeta de la escuadra quedó en aquellas aguas, para obrar en combinación con las fuerzas de tierra e impedir el abastecimiento de la plaza.

Asegurada la defensa del país por aquella parte, dedicóse el Libertador a organizar el gobierno de la capital y de las provincias libres.

Restableció bajo la forma que antes había tenido, con los ministerios correspondientes, conforme, al régimen constitucional. El doctor José Sánchez Carrión, que había acompañado al Libertador en la reciente campaña, fue nombrado primer secretario de Estado con la cartera del despacho de Relaciones exteriores. El doctor Hipólito Unanue, tan distinguido por sus virtudes como por su vasta erudición y patriotismo, de que dio pruebas sacando incólume su honra durante la administración de Torre Tagle, cuando era tacha no ser traidor, volvió a encargarse del Ministerio de Hacienda. El coronel Tomás de Heres entró a desempeñar el de Guerra y Marina.

Reinstaló de seguida la alta Corte de justicia según las bases constitucionales, siendo ésta la segunda vez que se viera en el Perú y que el mundo, atónito, contemplara lo que es un prodigo en el orden político: la férrea mano de un dictador abriendo el templo de Astrea para ensanchar la libertad de un pueblo, restringiendo la propia autoridad dentro de los límites ordinarios, a despecho de las amplias facultades que ese mismo pueblo le había conferido.

Para remediar el mal que sufría el comercio de Lima con la ocupación del Callao por los enemigos, habilitó el puerto vecino de Chorrillos.

Ayacucho

(1824)

I. Se ocupa Bolívar en su proyecto favorito de confederar las naciones independientes de América

Organizado el gobierno de Lima, volvió el Libertador a ocuparse del proyecto de confederar las repúblicas de la América del Sur, que desde hacía algún tiempo venía meditando, y al que dedicaba los ratos de ocio que le dejaban las arduas tareas del gobierno y las atenciones de la guerra.

Su imaginación vívida se lo presentaba con los colores más bellos y le hacía entrever las grandes ventajas que de la confederación reportaría la América. Apenas establecido el nuevo ministerio, escribió a los gobiernos de Colombia y Méjico, que por tratados estaban comprometidos á promover la reunión del Congreso en Panamá, solicitando su cooperación.

Mientras utilizaba así el tiempo en beneficio del Perú y de la América toda, vino a sorprenderle agradablemente la noticia de una gran victoria.

II. Movimientos estratégicos del general Sucre. –Sorpresa de Matará en un desfiladero de los Andes

Volviendo atrás, describiré los movimientos del ejército independiente que precedieron la batalla de Ayacucho.

Sucre había establecido su cuartel general, como ya he dicho, en Challhuanca y acantonado los cuerpos del ejército en los pueblos vecinos de Sañayco, Soraya, Capaya y Pichirigua y en algunas haciendas en sus cercanías. Esta posición amenazaba la retaguardia de los realistas, que se estaban concentrando en el Cuzco y se hallaba además defendida por el río Pachachaca.

La elección de Sucre para el mando en jefe del ejército fue acertadísima. Sus grandes talentos militares, su consagración, actividad, desinterés y otras muchas virtudes la justificaban. La Mar tenía más alta graduación que él, pues era gran mariscal del Perú, y había hecho su carrera y adquirido reputación bajo las banderas que ahora combatía; mas como hombre de honor y ansioso de probar en el campo de batalla su amor a la patria, se sometió, sin una sola queja, y acaso sin sentimiento, a servir a las órdenes de un jefe de menos años y su inferior en rango, pero indudablemente muy superior en talentos y experiencia. Quedó éste mandando la división peruana.

De las dos de que constaba el ejército de Colombia, mandaba la primera el general Jacinto Lara, militar activo, escrupuloso en el desempeño de su deber y estricto en el ejercicio de la autoridad; exigía de sus subalternos la misma obediencia ciega que él jamás negó a sus superiores. El general Córdova estaba al frente de la segunda. Era éste un joven granadino, educado en los campamentos, valeroso como un león, pero descuidado y despótico en el mando. Era jefe de la caballería el general Miller, inglés de nacimiento, que había abrazado con ardor la causa de la independencia americana y distingúidose por su valor caballeresco durante la guerra de Chile y el Perú. Los regimientos que componían el ejército estaban regidos por oficiales probados en cien combates durante la guerra de la independencia, y entre ellos había algunos extranjeros, ingleses y de otras naciones. ¿Pero en qué campo en que se disputara la independencia de América no brilló el valor y se derramó la sangre de los hijos de Albión?

Cuando el Libertador confirió á Sucre el mando, constaba el ejército de siete mil combatientes. El 8 de octubre adelantó Sucre el batallón Número 1º del Perú y cincuenta y seis Granaderos a Caballo de Los Andes á Mamara, como cuerpo de observación con órdenes estrictas de evitar todo encuentro con el enemigo, y dos días después siguió él mismo a reconocer las posiciones realistas y ver de penetrar en lo posible sus planes.

El 16, estando en Mamara, se cercioró de la reunión de Valdés y Canterac, de que el virrey había tomado el mando del ejército y estaba concentrándolo en Agcha, población situada entre el Cuzco y Santo Tomás. El enemigo tenía un cuerpo apostado en Capaymarca y una

avanzada en Chalhuacho, pero al adelantarse Sucre hacia Mamara se replegó aquél sobre Agcha y éste sobre Maya. Este movimiento indujo a Sucre a creer que el virrey no tenía intenciones de avanzar.

El coronel Carreño, que mandaba las guerrillas del lado izquierdo del Apurimac, en el distrito de Abancay, hacía frecuentes incursiones en la orilla opuesta, con lo que tenía al país en constante alarma. El 9 de Noviembre hizo prisionero a un oficial realista y se apoderó de un crecido número de ganado. Muy útiles servicios prestó este activo oficial al ejército.

El 24 recibió Sucre instrucciones del Libertador para acantonar los cuerpos del ejército, y en consecuencia, mandó situar la infantería colombiana entre Sirca y Lambrama, que de antemano había abastecido de víveres suficientes para quince días, y dispuso que la caballería toda pasase a unas haciendas a cinco leguas á retaguardia de Sirca, donde podrían subsistir durante el mismo tiempo. Destinó los batallones Número 2 y La Legión á Lichivilca para apoyar al Número 1 y a los Granaderos de Los Andes, que andaban con Miller en Correrías, haciendo un reconocimiento. Apostó el Número 3 en Larata, al extremo izquierdo de la línea, para defender el paso de Cocpo.

Esta línea era demasiado extensa, porque la primera división estaba a siete leguas del enemigo y el resto ocupaba una extensión de 25 leguas por lo menos. El 28 visitó Sucre á Nahuinlla y el 1.^º de Noviembre á Lichivilca.

Al siguiente día, estando en camino para Lambrama, recibió un parte del general Miller, de que todas las fuerzas enemigas se movían rápidamente y que sería inevitable un combate el día 3. No pudo menos que sorprender esta noticia a Sucre, que naturalmente esperaba que Miller le hubiese dado avisos más anticipados de cualquier movimiento del enemigo; pero el hecho es que Miller estuvo a punto de caer prisionero, y pudo únicamente escapar quedándose por algunos días a retaguardia del enemigo. Inmediatamente reunió Sucre sus fuerzas cerca de Lambrama, pero como no había allí forraje para la caballería, se trasladó a Pichirigua, que, además de la abundancia de los pastos, presentaba la ventaja de ser la única regular posición para caso de comprometerse una acción campal en aquellos tan escabrosos lugares.

El enemigo, entretanto, sin dar a conocer deseo alguno de atacar, penetró por Challhuanca, Sañayco y Pampachiri á tomarles la retaguardia

y marchar sobre Huamanga. Sucre, lejos de desconcertarse con este movimiento, vio en él un grave error; y en efecto, costó al enemigo muchos hombres y caballos, a causa de lo quebrado de los caminos y la grande escasez de recursos; con todo, logró ocultar a Sucre el verdadero estado de su fuerza, que supuso éste no excedería de ocho mil hombres.

El 11 de Noviembre se movió Sucre hacia Andahuailas. No había ejecutado antes este movimiento, conformeá las instrucciones del Libertador, porque el parque de repuesto y los equipajes habían quedado á retaguardia y sus conductores atacados y dispersados en la marcha de Pampachiri a Lambrama cuando él avanzaba hacia Mamara²¹. El 13 acampó en Andahuailas, donde permaneció hasta recibir informes acerca del enemigo, y habiendo sabido que el 16 ocupó Huamanga y marchaba ya sobre Andahuailas, hizo adelantar el ejército en aquella dirección, y después de algunos arreglos necesarios, para la subsistencia de la gente, siguió y se reunió a sus fuerzas el 19. En ese mismo día, las avanzadas se tirotearon en el puente de Pampas, y el 20 se vio todo el ejército realista, después de desalojar de las alturas de Bombón algunas de sus compañías de cazadores.

En los tres días siguientes no ocurrió ningún movimiento de importancia. El 24 cortó el enemigo la comunicación con Huamanga, por un movimiento sobre Vilcas-Huaman, a tiempo que Sucre coronaba con sus tropas las alturas de Bombón, donde se situó hasta el 30, cuando, observando que el enemigo trataba de flanquear su posición pasando a la derecha del río Pampas, por el paso de Uchubamba, volvió a cruzarlo de nuevo para avanzar hacia Matará, donde llegó en la mañana del 2 de Diciembre. Los realistas, que volvieron al lado izquierdo del Pampas, cuando Sucre retrocedía a la margen derecha, aparecieron al mismo tiempo en las alturas frente a Matará.

La posición de Sucre era allí tan mala y el país tan escaso de recursos, que resolvió seguir retirándose hacia Huamanga. Para efectuarlo, debía cruzar la quebrada de Corpahuaico. El enemigo comprendió el movimiento, y su vanguardia, compuesta de cinco batallones y cuatro escuadrones de caballería, avanzó rápidamente para impedirlo.

21 La relación de O'Leary no da la impresión clara, hasta aquí, de que esos movimientos estratégicos de ambos ejércitos se producen en la Cordillera de los Andes, entre las cumbres más conspicuas del planeta.

Habían ya franqueado el paso las divisiones patriotas de vanguardia y centro, y la infantería de la de retaguardia estaba desfilando, cuando la atacó el general realista Valdés; y después de una obstinada resistencia que hizo ésta a pesar de las dificultades del terreno, logró retirarse. Sucre confesó haber perdido trescientos hombres, además del equipaje, la artillería y algunas municiones, que cayeron en poder del enemigo²².

22 Como el combate de Matará suscitó discusiones entre los jefes, el general O'Leary, por medio del general Salom, pidió datos al general Jacinto Lara, quien contestó lo siguiente: "He visto la campaña del Perú escrita por Manuel Antonio López, y como veo porción de falsedades en ella, no puedo menos que decírselo á usted para que se lo diga á nuestro amigo O'Leary, y éste á otros. No le diré a usted menudamente de cuántas equivocaciones está plagada, porque sería preciso un largo tiempo para refutarlas artículo por artículo, como ella lo merece. Le diré á usted lo más esencial de la campaña:

Primero, en el paso de la Quebrada Corpahuaico no dice una verdad de lo que pasó; las divisiones de Córdova y La Mar, y el general Sucre con su Estado Mayor, pasaron la Quebrada con precipitación, sin dejar tal compañía, pues no hicieron un solo tiro, viéndome cortado por el enemigo, y se fueron dejándome allí las 60 cargas de municiones de las divisiones Córdova y La Mar, los dos cañones que pertenecía a la última, todas las caballerías que pertenecían a sus divisiones, y se desentendieron del general Lara y su división, que quedaba en manos de toda la fuerza enemiga.

El batallón Rifles, que venía encargado de 100 cargas de cartuchos y sin un solo arriero, las abandonó y entró a pelear; como este cuerpo les llamó la atención por su derecha, pude yo hacer que bajasen y pasasen la Quebrada las caballerías, las 60 cargas de cartuchos de las tres divisiones, los cuerpos Vencedor y Vargas y una sola pieza de artillería, porque estaba bien montada, esto es la menos mala; y para hacer que se retirase Rifles, coloqué a Vargas en una altura que cruzó sus fuegos sobre el enemigo, trayéndome con Rifles 9 prisioneros, entre ellos un teniente español y 16 cargas de cartuchos del enemigo, con los que repuse las municiones gastadas.

Es verdad que se perdió la tercera parte de Rifles, entre muertos, prisioneros y dispersos; pero salvé el ejército, porque salvé la división, 90 cargas de á 4.000 cartuchos y toda la caballería. Pernocté esa noche (día 3 de Diciembre) a más de media legua de las dos divisiones. Los fuegos duraron tres horas y media. Se comenzaron a las cuatro de la tarde y se concluyeron á las siete y media de la noche.

A las nueve de la noche se me presentó el general Sucre con la mayor tristeza, porque creyó perdida la división, todo el parque y todas las caballerías del ejército; pero cuando fue informado por mí de lo que había pasado, y que el enemigo había quedado escarmientado, revivió su espíritu, porque se temió que me había sucedido lo mismo que al general Santa Cruz en Moquegua; y como al general Sucre le hacía poco favor el descubrimiento de esta falta, no dio este parte, haciéndome el agravio más grande que mi corazón ha sentido; y es por esto que el general O'Leary me ha creído enemigo del general Sucre, que nunca lo

Sin embargo, el valor de las tropas y la impavidez con que Sucre presentó batalla al día siguiente, en la llanura de Tambo Cangallo, despreciando las ventajas que le daba su posición, intimidaron a los realistas no obstante su triunfo.

La rapidez con que marchaba la infantería enemiga era una inmensa ventaja para maniobrar, de la que sacaron partido sus jefes, sobre todo Valdés. En la noche del 4, Sucre se movió hacia Huaichao por el camino de Huamanga, y en la tarde del 5 llegó a Acos-Vinchos. El enemigo hizo un movimiento paralelo y acampó en Tambillo casi al mismo tiempo.

El 6 ocupó Sucre á Quinua, y el virrey La Serna, con marchas forzadas, se le colocó sobre uno de sus flancos, sobre las alturas de Pacaicasa, interceptándole de nuevo la comunicación con Huamanga. El 7 desfilaron los realistas por la quebrada de Huamanguilla, y el 8 se situaron al frente

fui. El mismo agravio que le hace el escritor López al general Sandes, cuando dice: que lo menos que pensaba era en batirse, que si Sandes viviera, estoy seguro que no habría distancia que lo embarazase para buscar a López y que le respondiese de tan enorme agravio. En la batalla de Ayacucho también se equivoca el escritor, porque el general Córdova y el teniente coronel Medina sólo hablaron con Monet el día 7 en la tarde. La división peruana mandada por La Mar nada sufrió, porque estaba a retaguardia sobre el pueblo de Quinua, y la división de Valdés, enemigo, fue rechazada y batida por los batallones Vencedor y Vargas, perdiendo el primero más de la mitad de su fuerza entre muertos y heridos, y entre éstos su comandante coronel Ignacio Luque.

Y si se puede decir con verdad, de los jefes que decidieron de la suerte de la batalla, el teniente coronel Silva merece notable mención, porque fue el primero que rompió la línea enemiga, recibiendo dos heridas de lanza debajo del brazo, dadas por el único apureño que había en el ejército español, y quizá a este mismo Silva se le debe gran parte del triunfo en Junín, y es bien raro que el escritor aplauda el ningún valor del general La Mar, postergando los hombres que merecen el verdadero elogio.

Dice el escritor que antes de Bombón habíamos visto al enemigo; es también falso, porque para llegar a este sitio estuvimos acampados en el campo de Uripa, a inmediaciones del pueblo de Chincheros, donde pusimos nuestro hospital a la distancia de media legua, en donde fue sorprendido (nuestro hospital) por una partida enemiga, y el mismo Silva en persona fue destinado con una partida de Húsares, y salvó el hospital, matando la mayor parte de los enemigos.

Este acontecimiento hizo al general Sucre mudar el campo al alto de Bombón, donde por primera vez nos enfrentamos con los enemigos con el río Pampas de por medio. En fin, mi amigo, por este corto bosquejo verá usted demostrado lo que he dicho, y ojalá le pudiese llegar una copia al Sr. Guzmán, para que vea lo bueno de la historia de que ha pedido privilegio. —Jacinto Lara”

de los patriotas en las alturas de Cundurcunca (Condorkanki), a tiro de cañón de sus posiciones.

Cuando salió Sucre de Pichirgua tenía cinco mil cuatrocientos hombres de infantería y mil ciento de caballería, además de dos piezas de campaña. De esta fuerza había perdido setecientos veinte y una de las piezas de artillería en la retirada.

En la mañana del 9 ambos ejércitos se apercibieron a decidir la campaña. El entusiasmo era igual en los dos campamentos; pero no así el número de sus fuerzas. Los realistas tenían cerca de diez mil hombres, mientras que no alcanzaban a seis mil los patriotas.

III. La batalla de Ayacucho. –Parte del general Sucre

Dejaré al intrépido Sucre describir la batalla que tan bizarramente ganó: Señor ministro de Guerra.

Las tres divisiones del ejército quedaron desde el 14 al 19 de noviembre situadas en Talavera, San Jerónimo y Andahuailas, mientras los enemigos continuaban sus movimientos sobre nuestra derecha. Por la noche del 18 supe que el mayor número de los cuerpos enemigos se dirigía a Huamanga, y dispuse que el ejército marchase para buscarlos.

El 19, nuestras partidas se batieron en el puente de Pampas con un cuerpo enemigo, y el 20, al llegar a Uripa, se divisaron tropas españolas en las alturas de Bombón. Una compañía de Húsares de Colombia, y la primera de Rifles con el señor coronel Silva, se destinaron a reconocer estas fuerzas, que constando de tres compañías de cazadores, fueron desalojadas y obligadas a repasar el río de Pampas, donde se encontró á todo el ejército real, que había cortado perfecta y completamente nuestras comunicaciones, situándose a la espalda.

Siendo difícil pasar el río e imposible forzar las posiciones enemigas, nuestro ejército quedó en Euripa y los españoles en Concepción, estando a la vista. El 21, 22 y 23 el encuentro de las descubiertas nos fue siempre ventajoso. El 24 los enemigos levantaron su campo en marcha hacia Vilcas-Huaman, y nuestro ejército vino sobre las alturas de Bombón hasta el 30, que, sabiéndose que los enemigos venían por la noche a la

derecha del Pampas, por Uchubambas, a flanquear nuestras posiciones, me trasladé a la izquierda del río para cubrir nuestra retaguardia.

Los españoles, al sentir este movimiento, repasaron rápidamente la izquierda del Pampas; pero nuestros cuerpos acababan de llegar a Matará, en la mañana del 2, cuando el español se avistó sobre las alturas. Aunque nuestra posición era mala, presentamos la batalla; pero fue excusada por el enemigo, situándose en unas breñas no sólo inatacables, sino inaccesibles; el 3 el enemigo hizo un movimiento indicando el combate, y se le presentó la batalla; pero dirigiéndose sobre las inmensas alturas de la derecha, amenazaba tomar nuestra retaguardia. Antes había sido indiferente al ejército dejar al enemigo a nuestra espalda; pero la posición de Matará, después de ser mala, carecía de recursos, y era por tanto necesario seguir la retirada á Tambo Cangallo.

Nuestra marcha se rompió muy oportunamente para salvar la difícil quebrada de Corpahuaico antes que llegase el cuerpo del ejército enemigo; mas éste había adelantado desde muy de mañana y encubiertamente, cinco batallones y cuatro escuadrones a ponerse en este paso impenetrable.

Nuestra infantería de vanguardia, con el señor general Córdoba, y la del centro con el señor general La Mar, habían pasado la quebrada, cuando esta fuerza enemiga cayó bruscamente sobre los batallones Vargas, Vencedor y Rifles, que cubrían la retaguardia con el general Lara; pero los dos primeros pudieron cargarse a la derecha, sirviéndose de sus armas para abrirse paso, y Rifles, en una posición tan desventajosa, tuvo que sufrir los fuegos de la artillería y el choque de todas las fuerzas; mas, desplegando la serenidad é intrepidez que ha distinguido siempre a este cuerpo, pudo salvarse.

Nuestra caballería, bajo el señor general Miller, pasó por Chonta protegida por los fuegos de Vargas, aunque siempre muy molestada por la infantería enemiga. Este desgraciado encuentro costó al ejército Libertador más de 300 hombres, todo nuestro parque, que fue enteramente perdido, y una de nuestras dos piezas de artillería; pero él es el que ha valido al Perú su libertad.

El 4, los enemigos, engreídos de su ventaja, destacaron cinco batallones y seis escuadrones por las alturas de la izquierda á descabezar la quebrada, mostrando querer combatir.

La barranca de la quebrada de Corpahuaico permitía una fuerte defensa; pero el ejército deseaba a cualquier riesgo aventurar la batalla. Abandonándoles la barranca, me situé en medio de la gran llanura de Tambo Cangallo.

Los españoles, al subir la barranca, marcharon velozmente a los cerros enormes de nuestra derecha, evitando todo encuentro, y esta operación fue un testimonio evidente de que ellos querían maniobrar y no combatir. Este sistema era el único que yo temía, porque los españoles se servían de él con ventaja, conociendo que el valor de sus tropas estaba en los pies, mientras el de las nuestras se hallaba en el corazón.

Creí, pues, necesario obrar sobre esta persuasión, y en la noche del 4 marchó el ejército al pueblo del Guaichao, pasando la quebrada de Acoero, y cambiando así nuestra dirección. El 5 en la tarde se continuó la marcha á Acos-Vinchos, y los enemigos a Tambillo, hallándose siempre a la vista. El 6 estuvimos en el pueblo de Quinua: los españoles, por una fuerte marcha a la izquierda, se colocaron a nuestra espalda en las formidables alturas de Pacaicasa. Ellos siguieron el 7 por la impenetrable quebrada de Huamanguilla, y al día siguiente a los elevados cerros de nuestra derecha, mientras nosotros estábamos en reposo. El 8 en la tarde quedaron situados en las alturas de Cundurcunca á tiro de cañón de nuestro campo: algunas guerrillas que bajaron se batieron esa tarde y la artillería cruzó sus fuegos.

La aurora del día 9 vio estos dos ejércitos disponerse para decidir los destinos de una nación.

Nuestra línea formaba un ángulo: la derecha, compuesta con los batallones Bogotá, Voltigeros, Pichincha y Caracas, al mando del señor general Córdova.

La izquierda, de los batallones 1.^º, 2.^º y 3.^º y Legión peruana, bajo el muy ilustre señor general La Mar. El centro, los Granaderos y Húsares de Colombia, con el señor general Miller; y en reserva, los batallones Rifles, Vencedor y Vargas, al mando del señor general Lara.

Al reconocer los cuerpos, recordando a cada uno sus triunfos, su gloria, su honor y su patria, los vivas al Libertador y a la República resonaban por todas partes. Jamás el entusiasmo se mostró con más orgullo en la frente de los guerreros.

Los españoles a su vez, dominando perfectamente la pequeña llanura de Ayacucho, y con fuerzas casi dobles, creían cierta su victoria. Nuestra posición, aunque dominada, tenía seguros sus flancos por unas barrancas, y por su frente no podía obrar la caballería enemiga de un modo uniforme y completo.

La mayor parte de la mañana fue empleada sólo con fuego de artillería y de los cazadores: a las diez del día, los enemigos situaban al pie de la altura cinco piezas de batalla, arreglando también sus masas al tiempo que estaba yo revisando la línea de nuestros tiradores. Di a éstos la orden de forzar la posición en que colocaban la artillería, y fue ya la señal del combate.

Los españoles bajaron velozmente sus columnas, pasando a las quebradas de nuestra izquierda los batallones Cantabria, Centro, Castro, 1º Imperial y dos escuadrones de Húsares, con una batería de seis piezas, forzando demasiadamente su ataque por esa parte.

Sobre el centro formaban los batallones Burgos, Infante Victoria, Guías y 2.º del Primer Regimiento, apoyando la izquierda de éste con los tres escuadrones de La Unión: el de San Carlos, los cuatro de los Granaderos de La Guardia, y las cinco piezas de artillería ya situadas, y en la altura de nuestra izquierda, los batallones 1.º y 2.º de Gerona, 2.º Imperial, 1º del Regimiento, el de Fernandinos y el escuadrón de Alabarderos del Virrey. Observando que las masas del centro no estaban en orden aún, y que el ataque de la izquierda se hallaba demasiado comprometido, mandé al señor general Córdova que lo cargase rápidamente con sus columnas, protegido por la caballería del señor general Miller, reforzando a un tiempo al señor general La Mar, con el batallador Vencedor, y sucesivamente con Vargas.

Rifles quedaba en reserva para rehacer el combate donde fuera menester, y el señor general Lara recorría sus cuerpos en todas partes.

Nuestra masa de la derecha marchó, armas a discreción, hasta cien pasos de las columnas enemigas, en que, cargadas por ocho escuadrones españoles, rompieron el fuego : rechazarlos y despedazarlos con nuestra soberbia caballería, fue obra de un momento.

La infantería continuó inalterablemente su carga, y todo plegó a su frente. Entretanto, los enemigos, penetrando por nuestra izquierda, amenazaban la derecha del señor general La Mar, y se interponían entre éste

y el señor general Córdova, con dos batallones en masa; pero llegando en oportunidad, Vargas al frente, y ejecutando bizarramente los Húsares de Junín la orden de cargar por los flancos de estos batallones, quedaron disueltos.

Vencedor y los batallones 1º, 2º y 3º y Legión peruana marcharon audazmente sobre los otros cuerpos de la derecha enemiga, que reuniéndose tras las barrancas presentaban nuevas resistencias; pero reunidas las fuerzas de nuestra izquierda, y precipitados a la carga, la derrota fue completa y absoluta.

El señor general Córdova trepaba con sus cuerpos la formidable altura de Cundurcunca, donde se tomó prisionero al virrey La Serna ; el señor general La Mar salvaba en la persecución las difíciles quebradas de su flanco, y el señor general Lara, marchando por el centro, aseguraba el suceso.

Los cuerpos del señor general Córdova, fatigados del ataque, tuvieron la orden de retirarse, y fue sucedido por el señor general Lara, que debía reunirse en la persecución al señor general La Mar en los altos de Tambo.

Nuestros despojos eran ya más de mil prisioneros, entre ellos sesenta jefes y oficiales, catorce piezas de artillería, dos mil quinientos fusiles, muchos artículos de guerra, y perseguidos y cortados los enemigos en todas direcciones, cuando el general Canterac, comandante en jefe del ejército español, acompañado del general La Mar, se me presentó a pedir una capitulación. Aunque la posición del enemigo podía reducirlo a una entrega discrecional, creí digno de la generosidad americana conceder algunos honores a los rendidos, que vencieron catorce años en el Perú, y la estipulación fue ajustada sobre el campo de batalla en los términos que verá US. por el tratado adjunto. Por él se han entregado todos los restos del ejército español, todo el territorio del Perú ocupado por sus armas, todas las guarniciones, los parques, almacenes militares y la plaza del Callao con sus existencias.

Se hallaban, por consecuencia, en este momento en poder del ejército libertador los tenientes generales La Serna y Canterac, los mariscales Valdés, Carratalá, Monet y Villalobos, los generales de brigada Bedoya, Ferraz, Camba, Somocursio, Cacho, Atero, Landázuri, Vigil, Pardo y Tur, con diez y seis coronelos, sesenta y ocho tenientes coronelos, cuatrocientos ochenta y cuatro mayores y oficiales. Más de dos mil prisioneros

de tropa. Inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseían. Mil ochocientos cadáveres y setecientos heridos han sido, en la batalla de Ayacucho las víctimas de la obstinación y de la temeridad españolas.

Nuestra pérdida es de trescientos diez muertos y seiscientos nueve heridos:

Entre los primeros, el mayor Duxbury, de Rifles; el capitán Urquiola, de Hásares de Colombia; los tenientes Oliva, de Granaderos de Colombia; Colmenares y Ramírez, de Rifles; Bonilla, de Bogotá; Sevilla, de Vencedor, y Prieto y Ramonet, de Pichincha.

Entre los segundos, el bravo coronel Silva, de Húsares de Colombia, que recibió tres lanzazos, cargando con extraordinaria audacia á la cabeza de su regimiento; el coronel Luque, que al frente del batallón Vencedor entró a filas españolas; el comandante León, del batallón Caracas, que con su cuerpo marchó sobre una batería enemiga; el comandante Blanco, del 2.^º de Húsares de Junín, que se distinguió particularmente; el señor coronel Leal, contuso, que a la cabeza de Pichincha, no sólo resistió las columnas de caballería enemiga, sino que las carga con su cuerpo; el mayor Torres, de Voltigeros, y el mayor Zornosa, de Bogotá, cuyos batallones, conducidos por sus comandantes Guasch y Galindo, trabajaron con extraordinaria audacia; los capitanes Jiménez, Coquis, Doronsoro, Brown, Gil, Córdova y Ureña; los tenientes Infante, Silva, Suárez, Vallarino, Otálora, French; los subtenientes Galindo, Chabur, Rodríguez, Malave, Jeran, Pérez, Calle, Marquina y Paredes, de la 2.^a división de Colombia; los capitanes Landaeta, Troyano, Alcalá, Doronsoro, Granados y Miro; los tenientes Pazaga y Ariscum, y el subteniente Sabino, de la 1 división de Colombia; los tenientes Otálora, Suárez, Ornas, Posadas, Miranda y Montoya; los subtenientes Isa y Alvarado, de la división del Perú; los tenientes coroneles Castilla y Gerardino; tenientes Moreno y Piedrahita, del Estado Mayor. Estos oficiales son muy dignos de una distinción singular. El batallón Vargas, conducido por su denodado comandante Morán, ha trabajado bizarramente; la Legión peruana, con su coronel Plaza, sostuvo con gallardía su reputación ; los batallones 2.^º y 3.^º del Perú, con sus comandantes González y Benavides, mantuvieron firmes sus puestos contra bruscos ataques; los cazadores del Número 1.^º se singularizaron en la pelea, mientras el cuerpo estaba en reserva.

Los Húsares de Junín, conducidos por su comandante Suárez, recordaron su nombre para brillar con un valor especial; los Granaderos de Colombia destrozaron en una carga el famoso regimiento de la guardia del virrey. El batallón Rifles no entró en combate; escogido para reparar cualquier desgracia, recorría los lugares más urgentes, y su coronel Sandes los invitaba a vengar la traición con que fue atacado en Corpahuaico. Todos los cuerpos, en fin, han llenado su deber cuanto podía desearse.

Con satisfacción cumple el agradable deber de recomendar a la consideración del Libertador, a la gratitud del Perú y al respeto de todos los valientes de la tierra, la serenidad con que el señor general La Mar ha rechazado todos los ataques a su flanco y aprovechado el instante de decidir la derrota; la bravura con que el señor general Córdova condujo sus cuerpos, y desbarató en un momento el centro y la izquierda enemiga; la infatigable actividad con que el señor general Lara atendía con su reserva a todas partes, y la vigilancia y oportunidad del señor general Miller para las cargas de la caballería.

Como el ejército todo ha combatido con una resolución igual al peso de los intereses que tenía a su cargo, es difícil hacer una relación de los que más han lidiado; pero he prevenido al señor general Gamarra, jefe de Estado Mayor General, que pase á US. Originales las noticias enviadas por los cuerpos. Ninguna recomendación es bastante para significar el mérito de estos bravos.

Según los estados tomados al enemigo, sus fuerzas disponibles en esta jornada eran de 9.310 hombres, mientras el ejército libertador formaba 5.780.

Los españoles no han sabido qué admirar más, si la intrepidez de nuestras tropas en la batalla, o la sangre fría, la constancia, el orden y el entusiasmo en la retirada, desde las inmediaciones del Cuzco hasta Huamanga, al frente siempre del enemigo, corriendo una extensión de 80 leguas, y presentando frecuentes combates.

La campaña del Perú está terminada; su independencia y la paz de América se ha firmado en este campo de batalla. El ejército unido cree que sus trofeos en la victoria de Ayacucho sean una oferta digna de la aceptación del Libertador de Colombia.

Cuartel general en Ayacucho, a 11 de Diciembre de 1824.

Dios guarde á US. –Antonio J. de Sucre.»

“Número de combatientes.

Colombianos 4.500

Peruanos 1.200

Argentinos..... 80

Son 5.780

Muertos.

Colombianos .–Jefes y oficiales 9

Heridos.

Peruanos. Jefes y oficiales..... 18

Colombianos. –Jefes y oficiales..... 40

IV. Carta de Sucre al Libertador

Por una coincidencia muy singular había sido este mismo campo de Ayacucho teatro de una batalla sangrienta entre las facciones de Almagro y de Pizarro en la primera época de la dominación española. Allí terminó la campaña del Perú, allí quedó humillada la insolencia del altanero Canterac, y allí consiguieron las tropas colombianas y un general colombiano lo que durante catorce años no habían logrado ni las tentativas aisladas de los patriotas del Perú, ni los esfuerzos combinados de éstos, Chile y Rio de la Plata.

La batalla de Ayacucho adornó las sienes de Sucre con una corona de gloria inmortal. Él la merecía. Rodeado de los trofeos que tan noblemente había ganado, con las banderas de Castilla a sus pies, y recibiendo las espadas rotas de los vencedores de catorce años, el ilustre vengador de los incas no se envaneció. La fortuna, que deslumbra y da a conocer las almas débiles induciéndolas en error, no alteró su modestia. Ni una palabra de jactancia, ningún insulto indigno amargó la desgracia de los humillados realistas; la sencilla carta en que anunciaba al Libertador el resultado de la campaña, que hizo inmortal su nombre, prueba esta verdad. Decía:

«Está concluída la guerra, mi general, y completada la libertad del Perú. Estoy más contento por haber llenado la comisión de usted que por nada. La orden que me trajo Medina para poder librar una batalla me ha sacado de apuros, pues en la retirada de las inmediaciones del Cuzco hasta Huamanga al frente del enemigo, y teniendo que presentar un combate cada día, ha sufrido mucho, mucho, mi espíritu, he tenido mucho que pensar, y ha padecido mi cabeza más que demasiado.

Mañana irá el ejército para Huamanga á reposarse un par de días, y seguirá luego por divisiones para el Cuzco para irnos a entender con Olañeta, sobre quien me dicen estos señores que no tienen autoridad para hacerlo entrar en la capitulación. Creo que para terminar esto con un cuerpo de 6.000 hombres contra 3.000 (que me asegura Canterac ser toda la fuerza de Olañeta), basta cualquiera, y por tanto me atrevo a suplicar a usted por mi relevo y el permiso de regresarme, puesto que ya se ha terminado el negocio este. Confieso a usted que en estos días de trabajos y con las órdenes de Tarma, ha sufrido infinitamente mi espíritu. He creído una justicia nombrar al general Córdova sobre el campo de batalla, y a nombre de usted y de Colombia, general de división, y también a Lara, por sus servicios en la campaña. Córdova se ha portado divinamente: él decidió la batalla. Creo que Carvajal, Silva y Sandes deben ser generales de brigada.

He concedido otras promociones que he creído deben estimular al ejército, y de todo le daré cuenta. Si he hecho mal, mi general, dispóngseme. Me he creído autorizado por la amistad de usted, por la justicia y por la victoria. Si en Colombia lo desaprueban, que hagan lo que quieran; pero cuando he visto que usted quiere desentenderse del ejército, no he podido renunciar a los premios debidos a aquellos que han dado en una batalla la libertad al Perú y la paz a América.

Luque, Silva y León están heridos. León, malamente.

En el ejército del Perú he concedido algunos grados a nombre de usted. Junín se ha portado divinamente. Pichincha cargó en masa á la caballería española, y merece algo. Caracas se estrelló contra las masas enemigas, y es justo distinguirlo. Voltigeros, Bogotá, lo hicieron bien, como también los cuerpos de la división que eran la reserva.

Creo que Otero merece ser general de brigada: me ha servido mucho; él pudiera ser prefecto de Arequipa, y lo recomiendo. Nombre usted los prefectos y empleados de todos los departamentos, pues ya todo es nuestro y hacen falta en sus destinos. Gamarra quedará en el Cuzco, como usted me dijo.

Creo, mi general, que usted dará una medalla ó premio al ejército por esta batalla; yo quisiera que el ejército de Colombia tuviera una particular, pues la merece. Si usted insiste en desentenderse de las cosas del ejército de Colombia, dígame si puedo darla a nombre del Gobierno, fundiéndome en la consideración 3. del Congreso en la ley de 28 de julio. Cada vez me convenzo más de que necesitamos tener este ejército entusiasmado y pronto para llevar el orden a Colombia, si fuere perturbado por partidos.

Como hemos ahorrado los cien mil pesos del contingente de noviembre, los ofrecí al ejército de regalo después de la victoria, y he de cumplir mi oferta sin falta. Hágamelos usted mandar. Usted me dijo que los ciento ochenta mil pesos que venían del Cerro servirían para Noviembre y Diciembre. Con los ochenta mil se pagarán los gastos de Noviembre y los cien mil cubrirán mis compromisos.

Son necesarias explicaciones claras sobre la conducta del ejército en el Alto Perú. Estas cosas son delicadas.

No he podido sacar que nos entreguen a Chiloe. Dice Canterac que no obedecerían su orden, sino harían lo que les dé la gana, como hasta aquí, y que sólo serviría esto para echarse un nuevo compromiso con su Gobierno. En consecuencia, he exigido que el Asia no vaya a Chiloe, sino que se largue del Pacífico, como le dirá a usted Medina. Me olvidaba decirle que he ofrecido a Medina el grado de coronel, porque se ha portado como siempre, y es justísimo dárselo. Alarconcito merece algo: ha trabajado bien conmigo.

Adiós, mi general. Esta carta está muy mal escrita y embarulladas todas las ideas; pero en sí vale algo: contiene la noticia de una gran victoria y la libertad del Perú. Por premio para mí pido a usted me conserve su amistad»²³.

23 El 9 de Diciembre de 1824, fecha de su triunfo en Ayacucho, contaba ANTONIO JOSÉ DE SUCRE, «el general más digno de Colombia», como lo llamó Bolívar, veintinueve

V. La capitulación de Ayacucho

Como es importante todo lo que tiene relación con la batalla que selló la independencia de la América del Sur, copio también la capitulación que Sucre concedió a los vencidos, lo que es monumento eterno de su generosidad:

Don José Canterac, teniente general de los reales ejércitos de S.M.C., encargado del mando superior del Perú por haber sido herido y prisionero en la batalla de este día el excelentísimo señor virrey don José de La Serna; habiendo oído a los señores generales y jefes que se reunieron después que el ejército español, llenando en todos sentidos cuanto ha exigido la reputación de sus armas en la sangrienta jornada de Ayacucho y en toda la guerra del Perú, ha tenido que ceder el campo a las tropas independientes; y debiendo conciliar a un tiempo el honor a los restos de estas fuerzas, con la disminución de los males del país, he creído conveniente proponer

años, diez meses y seis días. Había nacido en Cumaná, ciudad marítima del Oriente de Venezuela, el 3 de Febrero de 1795.

JOSÉ MARÍA CÓRDOBA, jefe del ala derecha de los republicanos en Ayacucho, nacido en Río Negro, Nueva Granada, el 8 de Septiembre de 1799, tenía veinticinco años.

JOSÉ DE LA MAR, jefe del ala izquierda, era el más viejo, tenía cuarenta y seis años. Había nacido en Guayaquil en 1778.

GUILLERMO MILLER, que mandaba el centro, tenía la edad de Sucre: veintinueve años. Nació en Wingham, Inglaterra, el 2 de Diciembre de 1795.

JACINTO LARA, venezolano, jefe de la reserva, era hijo de Carora, como Pedro León Torres. Contaba cuarenta y cuatro años, como nacido en 1780.

En los jefes de cuerpo obsérvase la misma mocedad. Recuérdense á algunos de entre los que regaron el campo de Ayacucho con su sangre.

Isidoro Suárez, del Perú, comandante de los Húsares de Junín, tenía treinta y cuatro años. Nació en 1790.

LAURENCIO SILVA, de los Húsares de Colombia, venezolano, nacido en Tinaco el 7 de Septiembre de 1792, tenía treinta y dos años.

JOSÉ LEAL, también venezolano, de Cumaná, comandante del batallón Pichinchá, estaba en la flor de los años.

También estaban en la flor de los años IGNACIO LUQUE, comandante del batallón Vencedor; TRINIDAD Morán, comandante del Vargas (a quien fusiló una revolución en Arequipa, en 1852), y LEÓN, comandante del Caracas; todos heridos en Ayacucho, todos venezolanos.—

y ajustar con el señor general de división de la República de Colombia, Antonio José de Sucre, comandante en jefe del ejército unido libertador del Perú, las condiciones que contienen los artículos siguientes:

1. El territorio que guarnecen las tropas españolas en el Perú será entregado a las armas del ejército libertador hasta el Desaguadero, con los parques, maestranzas y todos los almacenes militares existentes.

1º Concedido; y también serán entregados los restos del ejército español, los bagajes y caballos de tropas, las guarniciones que se hallen en todo el territorio y demás fuerzas y objetos pertenecientes al gobierno español.

2. Todo individuo del ejército español podrá libremente regresar a su país, y será de cuenta del Estado del Perú costearle el pasaje, guardándole entretanto la debida consideración y socorriéndole a lo menos con la mitad de la paga que corresponda mensualmente a su empleo, ínterin permanezca en el territorio.

2º Concedido; pero el gobierno del Perú sólo abonará las medias pagas mientras proporcione transportes. Los que marcharen a España no podrán tomar las armas contra la América mientras dure la guerra de la independencia, y ningún individuo podrá ir a punto alguno de la América que esté ocupado por las tropas españolas.

3. Cualquier individuo de los que componen el ejército español será admitido en el del Perú en su propio empleo, si lo quisiere.

3º Concedido.

4. Ninguna persona será incomodada por sus opiniones anteriores, aun cuando haya hecho servicios señalados a favor de la causa del rey, ni los conocidos por pasados; en este concepto, tendrán derecho a todos los artículos de este tratado.

4º Concedido, si su conducta no turbare el orden público, y fuere conforme a las leyes.

5. Cualquiera habitante del Perú, bien sea europeo o americano, eclesiástico o comerciante, propietario o empleado, que le acomode trasladarse a otro país, podrá verificarlo en virtud de este convenio, llevando consigo su familia y propiedades, prestándole el Estado proporción hasta su salida; si eligiere vivir en el país, será considerado como los peruanos.

5º Concedido, respecto a los habitantes en el país que se entrega y bajo las condiciones del artículo anterior.

6. El Estado del Perú respetará igualmente las propiedades de los individuos españoles que se hallaren fuera del territorio, de las cuales serán libres de disponer en el término de tres años, debiendo considerarse en igual caso las de los americanos que no quieran trasladarse a la Península, y tengan allí intereses de su pertenencia.

6º Concedido como el artículo anterior, si la conducta de estos individuos no fuese de ningún modo hostil a la causa de la libertad y de la independencia de América, pues en caso contrario, el gobierno del Perú obrará libre y discrecionalmente.

7. Se concederá el término de un año para que todo interesado pueda usar del artículo 5.º, y no se le exigirá más derechos que los acostumbrados de extracción, siendo libres de todo derecho las propiedades de los individuos del ejército.

7º Concedido.

8º El Estado del Perú reconocerá la deuda contraída hasta hoy por la hacienda del gobierno español en el territorio.

8. El Congreso del Perú resolverá sobre este artículo lo que convenga a los intereses de la república.

9. Todos los empleados quedarán confirmados en sus respectivos destinos, si quieren continuar en ellos, y si alguno ó algunos no lo fuesen, o prefiriesen trasladarse a otro país, serán comprendidos en los artículos 2º y 5º.

9º Continuarán en sus destinos los empleados que el gobierno guste confirmar, según su comportación.

10. Todo individuo del ejército o empleado que prefiera separarse del servicio, y quedare en el país, lo podrá verificar, y en este caso sus personas serán sagradamente respetadas.

10. Concedido.

11. La plaza del Callao será entregada al ejército Unido libertador, y su guarnición será comprendida en los artículos de este tratado.

11. Concedido; pero la plaza del Callao, con todos sus enseres y existencias, será entregada a disposición de S. E. el Libertador dentro de veinte días.

12. Se enviarán jefes de los Ejércitos Español y Unido libertador a las provincias unidas para que los unos reciban y los otros entreguen los archivos, almacenes, existencias y las tropas de las guarniciones.

12. Concedido; comprendiendo las mismas formalidades en la entrega del Callao. Las provincias estarán del todo entregadas a los jefes independientes en quince días, y los pueblos más lejanos en todo el presente mes.
13. Se permitirá a los buques de guerra y mercantes españoles hacer víveres en los puertos del Perú, por el término de seis meses después de la notificación de este convenio, para habilitarse y salir del mar Pacifico.
13. Concedido; pero los buques de guerra sólo se emplearán en sus aprestos para marcharse, sin cometer ninguna hostilidad, ni tampoco á su salida del Pacífico; siendo obligados a salir de todos los mares de la América, no pudiendo tocar en Chiloé, ni en ningún puerto de América ocupado por los españoles.
14. Se dará pasaporte a los buques de guerra y mercantes españoles, para que puedan salir del Pacífico hasta los puertos de Europa.
14. Concedido; según el artículo anterior.
15. Todos los jefes y oficiales prisioneros en la batalla de este día, quedarán desde luego en libertad, y lo mismo los hechos en anteriores acciones por uno y otro ejército.
15. Concedido; y los heridos se auxiliarán por cuenta del erario del Perú hasta que, completamente restablecidos, dispongan de su persona.
16. Los generales, jefes y oficiales conservarán el uso de sus uniformes y espadas; y podrán tener consigo a su servicio los asistentes correspondientes a sus clases, y los criados que tuvieren.
16. Concedido; pero mientras duren en el territorio estarán sujetos a las leyes del país.
17. Á los individuos del ejército, así que resolvieren sobre su futuro destino en virtud de este convenio, se les permitirá reunir sus familias e intereses y trasladarse al punto que elijan, facilitándoles pasaportes amplios para que sus personas no sean embarazadas por ningún Estado independiente hasta llegar a su destino.
17. Concedido.
18. Toda duda que se ofreciere sobre alguno de los artículos del presente tratado, se interpretará a favor de los individuos del ejército español.
18. Concedido: esta estipulación reposará sobre la buena fe de los contratantes.

Y estando concluídos y ratificados, como de hecho se aprueban y ratifican estos convenios, se formarán cuatro ejemplares, de los cuales dos quedarán en poder de cada una de las partes contratantes para los usos que les convengan.

Dados, firmados de nuestras manos en el campo de Ayacucho, el 9 de Diciembre de 1824.

José Canterac. –Antonio José de Sucre.

VI. La alegría del Libertador

La noticia del triunfo, que puso término a la dominación española en el Perú, se recibió en todo el país con aplauso; pero fue en Lima donde produjo la sensación que el suceso merecía, pues la presencia del Libertador contribuyó a aumentar las demostraciones de júbilo. Nada faltó de cuanto pudiera sugerir el entusiasmo para dar mayor realce a la celebración de tan fausto acontecimiento. Pero ¿cuáles debieron ser las emociones de Bolívar?

Reflexionando sobre los sucesos pasados y comparándolos con lo que el porvenir prometía, y trayendo a la memoria las ocurrencias del principio del año, época de catástrofes, en la que los crímenes más villanos y la más fría maldad se habían ligado para contrariar sus planes, y en la que parecía haberse abierto la caja de Pandora, esparciendo todas las calamidades en aquella tierra que el destino le tenía reservada para regenerar; comparando, digo, esa triste situación pasada con el brillante porvenir que ahora vislumbraba, fuertes debieron ser las emociones que le agitaron²⁴.

Su primer acto fue manifestar su gratitud a los ilustres compañeros de su obra, a los que eran dignos de recompensa, porque en la hora de los sufrimientos de la patria le habían sido fieles. Las tropas de Colombia

24 Bien supone el general O'Leary. La emoción de Bolívar fue tal cuando recibió la noticia del triunfo, que obró como un enajenado: quitándose el dormán, lo arrojó al suelo como para significar que se despojaba de toda insignia militar y de mando, y se echó a bailar por la pieza, en un exceso de emotividad, de ímpetu, que necesitaba pronto y violento desahogo, gritando: ¡victoria, victoria, victoria!

Hasta pasado un buen momento no llegó a serenarse y poder explicar a los circunstantes lo que decía el oficio que lo puso en tal estado.

eran exclusivamente los libertadores del Perú; sólo ellas nunca faltaron a su deber, sólo ellas nunca rehuyeron el peligro.

Nada más natural que acordarles los honores del triunfo. El máspreciado para ellas era el aplauso de su jefe, y ese aplauso les fue discernido en estas proclamas:

¡Soldados! Habéis dado la libertad a la América meridional, y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria. ¿Dónde no habéis vencido?

La América del Sur está cubierta con los trofeos de vuestro valor, pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todo. ¡Soldados! Colombia os debe la gloria que nuevamente le dais. El Perú, vida, libertad y paz. La Plata y Chile también os son deudores de inmensas ventajas. La buena causa, la causa de los derechos del hombre, ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores. Contemplad, pues, el bien que habéis hecho á la humanidad con vuestros heroicos sacrificios.

¡Soldados! Recibid la ilimitada gratitud que os tributo a nombre del Perú. Yo os ofrezco igualmente que seréis recompensados como merecéis antes de volveros á vuestra hermosa patria. Mas no ... Jamás seréis recompensados dignamente: vuestros servicios no tienen precio.

¡Soldados peruanos! Vuestra patria os contará siempre entre los primeros salvadores del Perú. ¡Soldados colombianos! Centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo.

¡Peruanos! El ejército libertador, a las órdenes del intrépido y experto general Sucre, ha terminado la guerra del Perú y aun del continente americano, por la más gloriosa victoria de cuantas han obtenido las armas del Nuevo Mundo. Así, el ejército ha llenado la promesa que a su nombre os hice de completar en este año la libertad del Perú.

¡Peruanos! Es tiempo de que os cumpla yo la palabra que os di, de arrojar la palma de la dictadura el día mismo en que la victoria decidiese de vuestro destino.

El Congreso del Perú será, pues, reunido el 10 de Febrero próximo, aniversario del decreto en que se me confió esta suprema autoridad, que devolveré al cuerpo legislativo que me honró con su confianza. Ésta no ha sido burlada.

¡Peruanos! El Perú había sufrido grandes desastres militares. Las tropas que le quedaban ocupaban las provincias libres del Norte y hacían la guerra al Congreso; la Marina no obedecía al Gobierno; el ex presidente Riva-Agüero, usurpador rebelde y traidor a la vez, combatía a su patria y a sus aliados; los auxiliares de Chile, por el abandono lamentable de nuestra causa, nos privaron de sus tropas, y las de Buenos Aires, sublevándose en el Callao contra sus jefes, entregaron aquella plaza a los enemigos. El presidente Torre Tagle, llamando a los españoles para que ocupasen esta capital, completó la destrucción del Perú. La discordia, la miseria, el descontento y el egoísmo reinaban por todas partes. Ya el Perú no existía; todo estaba disuelto. En estas circunstancias, el Congreso me nombró dictador para salvar las reliquias de su esperanza.

La lealtad, la constancia y el valor del ejército de Colombia lo han hecho todo. Las provincias que estaban por la guerra civil reconocieron al Gobierno legítimo y han prestado inmensos servicios a la patria, y las tropas que las defendían se han cubierto de gloria en los campos de Junín y Ayacucho. Las facciones han desaparecido del ámbito del Perú. Esta capital ha recobrado para siempre su hermosa libertad; la plaza del Callao está sitiada y debe rendirse por capitulación.

¡Peruanos! La paz ha sucedido á la guerra; la unión, a la discordia; el orden, a la anarquía, y la dicha, al infortunio. Pero no olvidéis jamás, os ruego, que a los ínclitos vencedores de Ayacucho lo debéis todo.

¡Peruanos! El día que se reuna vuestro Congreso será el día de mi gloria, el día en que se colmarán los más vehementes deseos de mi ambición.
¡No mandar más!

¡No mandar más! Puedo afirmar que estas palabras expresan el generoso sentimiento, la noble idea que ocupaba el puesto preferente en su corazón, absorbía todos sus pensamientos y le consolaba de las fatigas que había sufrido. Era el voto que había hecho y sobre cuyo cumplimiento basaba todas las esperanzas de su felicidad futura; además era la venganza espléndida que había resuelto emplear contra los enemigos de su reputación.

Sensible en extremo a los ataques que por la prensa, de tiempo en tiempo, le dirigían los demagogos y los tiranos, ansiando por que llegas la ocasión de desengañar á los unos y tranquilizar a los otros, saludó con

alegría la aproximación de la época feliz en que, después de vencer a los opresores de la patria, iba a vencerse a sí mismo. El destino, empero, burló sus más fervientes deseos, y a su pesar, lo juro, se vio forzado a renunciar por el presente a la resolución que le habría ahorrado crueles sinsabores si la hubiese cumplido; pero estimó superiores a toda consideración los intereses de Colombia y del Perú.

Sus amigos se empeñaron en probarle, y lo lograron, que su gloria estaba íntimamente ligada con la suerte futura de aquellos países, y que su separación era incompatible con la felicidad de esas repúblicas.

Decían que habría sido mejor haber dejado el Perú bajo la opresión española, que abandonarlo después de libertarlo, expuesto a la anarquía, peor azote que la opresión. Volviendo la vista al pasado, señalaban el cuadro desconsolador de las provincias del Perú bajo sus anteriores administraciones: si entonces –le decían– eran sus hijos esclavos de sus pasiones y víctimas de demagogos y tiranos, pero contenidos por el odio común a los españoles, que les servía de lazo de unión, ¿cuál sería su suerte al desaparecer este lazo?... ¿Seguiría para siempre el Perú siendo el juguete de la adversidad, la Niobe de la América? Desolado por la espada extranjera, entregado á las traiciones que engendra la ambición, ¿debería ser también abandonado por su bienhechor, fácil presa de las pasiones desenfrenadas, para ser devastado y vendido de nuevo?

VII. El adiós de Canterac

Junto con la capitulación de Ayacucho recibió el Libertador el lisonjero tributo de respeto del general en jefe del ejército español, concebido en estos términos;

Huamanga 12 de Diciembre de 1842.

Excmo. señor Libertador, don Simón Bolívar.

Como amante de la gloria, aunque vencido, no puedo menos que felicitar a V. su empresa en el Perú con la jornada de Ayacucho. Con este motivo, tiene el honor de ofrecerse a sus órdenes y saludarle en nombre de los generales españoles, este su afectísimo y obsecuente servidor,

Q.B.S.M. –José de Canterac.

El Libertador le contestó de esta manera:

Señor general don José de Canterac.

Señor general. –He recibido la favorecida carta de usted con infinita satisfacción.

Usted me cumplimenta por los sucesos de nuestras armas. A la verdad, este rasgo es generoso y digno por lo mismo de gratitud. Yo no puedo hacer a usted la misma agradable congratulación; pero puedo decir que la conducta de ustedes en el Perú como militares, merece el aplauso de los mismos contrarios. Es una especie de prodigo lo que ustedes han hecho en este país. Ustedes solos han retardado la emancipación del Nuevo Mundo, dictada por la Naturaleza y por los destinos. En fin, querido general, ustedes deben consolarse de que han cumplido gallardamente su deber, de que han terminado su carrera por una capitulación gloriosa en el Perú.

Suplico a usted se sirva ofrecer mis sinceros respetos al señor general La Serna, cuyas heridas, aunque dolorosas, le cubren de honor. Al general Valdés y demás generales españoles hágales usted de mi parte la oferta de mis servicios y de mi consideración. Mando los pasaportes que se me han pedido, en los términos correspondientes. –Soy de usted obsecuente servidor,

Bolívar.

Cuando el general Canterac volvió a Europa publicó una carta en un diario francés, negando la que había escrito al Libertador. Tal conducta, que arroja un borrón indeleble sobre su fama, fue indigna de un caballero español, cuyo bizarro comportamiento por muchos años mereció los elogios de sus mismos enemigos. De muy distinto modo se portó el general Morillo. El Libertador dio el original de aquella carta al capitán Malins, que mandaba entonces la escuadra inglesa en el Pacífico²⁵.

25 Lima, 16 de Diciembre de 1825.

Excmo. señor Simón Bolívar.

Mi venerado general y señor: Incluyo á V.E. el número 8 de *El Peruano*, en el cual encontrará V. E. la villanía con que Canterac ha negado ser suya la carta que se publicó aquí, y lo que yo he escrito a este respecto, ciertamente con poca razón, porque estaba ciego de ira cuando tomé la pluma.

VIII. Bolívar convoca el Congreso del Perú y renuncia a la presidencia de Colombia. –Recompensas

Los primeros actos del Libertador, después de recibir la noticia de la victoria de Ayacucho, fueron la convocatoria del Congreso peruano para el 10 de Febrero próximo y su renuncia de la presidencia de Colombia, por medio de este oficio dirigido al presidente del Senado:

Excmo. señor: La paz del Perú que han obtenido nuestras armas por la más gloriosa victoria del Nuevo Mundo, ha terminado la guerra del continente americano. Así, Colombia no tiene más enemigos en todo su territorio ni en el de sus vecinos.

He llenado, pues, mi misión; por consiguiente, es tiempo ya de cumplir mi oferta, tantas veces hecha a mi patria, de no continuar más en la carrera pública cuando no hubiese enemigos en América.

Todo el mundo ve y dice que mi permanencia en Colombia ya no es necesaria, y nadie lo conoce más que yo. Digo más: creo que mi gloria ha llegado a su colmo, viendo a mi patria libre, constituida y tranquila, al separarme yo de sus gloriosas riberas. Este ensayo se ha logrado con mi venida al Perú, y yo me lisonjeo que en lo futuro serán la libertad y la gloria de Colombia infinitamente mayores.

El cuerpo legislativo, el vicepresidente, el ejército y el pueblo han mostrado en los primeros años de su carrera que son dignos de gozar de la libertad, y muy capaces de sostenerla en medio de los más fuertes contrastes. Lo diré de una vez, señor: yo quiero que la Europa y la América

Para que se publicara el fac-símile, he pedido la carta a Manuelita, que, en virtud de las órdenes de V.E., ha tenido dificultad en dármela. Si al fin la venzo, y recibo la carta, dejaré una copia legalizada por tres escribanos, y remitiré el original a los señores Olmedo y Paredes para que publiquen cuatro o cinco mil ejemplares de ella, procurando que algunos vayan a las manos del rey de España. Si V.E. lo tiene a bien, podría dar orden a Manuelita para que me proporcionara siempre cuantos documentos le pidiese en lo sucesivo, porque es muy regular que con el tiempo tenga que recurrir á ellos para dar algunas contestaciones. Felizmente tengo en la memoria los fundamentos y antecedentes que han dado lugar a todos los actos públicos de estos últimos años. Soy de V.E. muy atento y obediente súbdito.

Tomás de Heres.

se convenzan de mi horror al poder supremo, bajo cualquier aspecto o nombre que se le dé.

Mi conciencia sufre bajo el peso de las atroces calumnias que me prodigan, ya los liberales de América, ya los serviles de Europa. Noche y día me atormenta la idea en que están mis enemigos, de que mis servicios a la libertad son dirigidos por la ambición.

Por fin, me atreveré a decir a V.E. con una excesiva franqueza, que espero me será perdonada, que yo creo que la gloria de Colombia sufre con mi permanencia en su suelo; porque siempre se le supone amenazada de un tirano, y que el ultraje que a mí se me hace mancha una parte del brillo de sus virtudes, puesto que yo compongo una parte, aunque mínima, de esta República.

Excmo. señor: Suplico á V. E. se sirva someter a la sabiduría del Senado la renuncia que hago de la presidencia de Colombia, cuya aceptación será la recompensa de mis servicios en estas dos Repúblicas.

Acepte V.E. los testimonios de mi distinguida consideración. –Bolívar.

Ocupóse luego en dar recompensas al ejército que había terminado la campaña tan gloriosamente, y en esta ocasión excedió los límites de su liberalidad. Ningún sentimiento mezquino o ingrato privó a un solo individuo de lo que merecía.

Superior a Colón, que hasta cierto punto desmintió su genial desinterés, reclamando para sí, en perjuicio de un pobre marinero, la recompensa ofrecida al primero que descubriese tierra en el hemisferio occidental, Bolívar, espontáneamente, se desprendió del bien merecido título de Libertador del Perú, para cederlo al general afortunado que había logrado terminar la guerra. Sugirió á este fin al Congreso la clásica idea de recompensarle con el nombre del campo testigo de su gloria, y así, después del lapso de veinte siglos, se revivió el glorioso galardón de los Escipiones para honrar a un joven guerrero, en nada inferior, ni en valor ni en virtudes, al vencedor de Zama.

Pero no fué solamente á Sucre á quien se confesó deudor, pues al ascender al coronel Otero á general de brigada, escribió a Sucre que sin la consagración del coronel Otero, habría sido tal vez imposible emprender la campaña que ha dado libertad al Perú y paz a la América; atravesando

y viviendo el coronel Otero en los desiertos, exponiéndose continuamente a los peligros... se ha hecho acreedor a la consideración y estima del Gobierno, y a la singular y eterna gratitud de los americanos amantes de su patria.

El Perú, independiente

(1825)

I. Bolívar funda las primeras escuelas normales en el Perú.

—Asesinato de Monteagudo

Habiendo convocado el congreso del Perú para el 10 de Febrero de 1825, el Libertador empleó el tiempo que precedió a su reunión en beneficio del país.

Largo sería enumerar los utilísimos decretos que expidió a ese fin; pero merecen especial mención el que establecía en la capital una sociedad económica, titulada “de los amantes del país”, cuyo objeto, como su nombre lo indica, era el de propender a la prosperidad del Estado en todos los ramos que constituyen principalmente la riqueza nacional; y otro por el cual se nombraba una comisión compuesta de los primeros juriconsultos, para formar un proyecto de código civil y criminal que debería uniformar la confusa legislación que existía, y mientras se hacía la codificación se dedicó a vigilar la recta y pronta administración de justicia.

Pero sobre todas sus medidas descuella la que establecía en la capital de cada departamento una escuela normal sobre el sistema de Lancaster; pues fue siempre, como ya he dicho, la educación de todas las clases sociales su gran ahínco, y con este fin dispuso que los hijos de los pobres recibiesen instrucción gratuita costeada por el Gobierno.

Estas útiles labores y los regocijos por la victoria de Ayacucho, fueron interrumpidos por un acontecimiento que estuvo a punto de hendir al Perú y á todo el continente americano en luto y llanto, pues era nada menos que el descubrimiento de una conspiración realista para asesinar al Libertador.

Así lo creyó éste por las revelaciones que hiciera el asesino del coronel don Bernardo Monteagudo, cuya muerte violenta ocurrió en la noche del 28 de Enero de 1825.

Se creyó al principio que este horrendo crimen había sido perpetrado por algún enemigo personal del malogrado coronel; pero la confesión del matador y el resultado de la consiguiente investigación, revelaron que había sido efecto de un plan realista sugerido y conducido por el general Rodil. Sin embargo, el general Heres, mejor informado que yo, y que tuvo directa intervención en el asunto, opinó, como muchos otros, que no había tal conspiración. Él refiere el suceso de la manera siguiente:

El asesinato de don Bernardo Monteagudo, acaecido en la noche del 28 de Enero de 1825, lo he atribuido siempre a una desgraciada casualidad provocada por su imprudencia. Monteagudo tenía una tertulia hasta tarde de la noche, en una calle extraviada y oscura. Estaba siempre muy bien vestido y llevaba prendas de valor. En Lima hay muchos ladrones, y dos de ellos acecharon á Monteagudo en una esquina y lo atravesaron de una puñalada, sólo por robarle; sea que le conociesen personalmente, sea que supieran que aquel hombre vestido con mucho lujo pasaba todas las noches por aquel lugar.

Por más diligencias que se habían hecho, no había sido posible aprehender al asesino de Monteagudo; y empeñado el Libertador en ello, merece referirse la casualidad con que lo consiguió. El puñal con que Monteagudo había sido herido, y que se le sacó del pecho después de muerto, mostraba por el hilo encerado que tenía en el cabo, por su ningún uso y por el filo, que había sido preparado exprofeso. S.E. mandó que todos los barberos lo reconociesen en casa del coronel Espinar, jefe de Estado Mayor, y dijesen si lo habían afilado y quién era el dueño. Un barbero, al ver el puñal, dijo que él lo había afilado y que se lo había llevado al efecto un moreno alto á quien no conocía, pero que le parecía cargador o aguador. Con este antecedente, el Libertador dispuso que también se reuniesen en la misma casa todos los cargadores y aguadores para empadronarlos. En esta reunión, el barbero fue viendo una por una a las personas presentes, y muy al principio de la operación, reconoció al reo. Éste, en el momento, negó el crimen; pero después, convicto, confesó todo.

Tampoco estuve de acuerdo con el Libertador en cuanto hizo con motivo de este suceso, porque usurpando (no hallo otro nombre) las funciones de los tribunales de justicia, llamó al reo, le tomó él mismo varias

declaraciones y le ofreció perdonarle la vida, siempre que descubriese a los que le habían incitado a cometer aquel crimen y todos los cómplices que había en él. Como era natural, el reo, por salvar la vida, comprendió a cuantas personas se le ocurrieron, y el Libertador procedió contra ellas como si les hubiese justificado la acusación; a pesar de que, con respecto a don Francisco Moreira, convencí al Libertador con hechos y reflexiones de que era no sólo inverosímil, sino absolutamente falso cuanto decía el reo. Esta fatal ocurrencia fue otra de las causas que atrajeron disgustos y enemigos al Libertador, y lo más sensible es que fue con razón. El motivo que el Libertador tuvo para tomar la iniciativa en esta causa, y abocársela hasta cierto estado, fue que, persuadido de que Monteagudo era generalmente odiado en el país, sospechó de la imparcialidad de los tribunales.

De la misma opinión de Heres es el coronel Belford Wilson, edecán del Libertador, que a la sazón se hallaba en Lima. Él asegura que cuando se asesinó a Monteagudo creyó el Libertador que existía en Lima una conspiración realista, y se empeñó en descubrirla. Nada se consiguió y yo me persuadí que Monteagudo murió a manos de un ladrón, que le asesinó para robarle.

A esto debo agregar que yo presencié el interrogatorio que en la quinta de la Magdalena, residencia del Libertador, hizo al reo Espinosa el presidente de la alta Corte de Justicia, don Manuel Vidaurre.

Espinosa, a pesar de las amenazas y argucias del juez que trataba de hacerle contradecirse, se ratificó en la declaración que había dado antes, en la cual complicaba a don Francisco Colmenares, a don Francisco Moreira y a don José Pérez, diciendo que Moreira le había asegurado que a la llegada de una escuadra que se esperaba de España, Rodil atacaría a Lima, y le había ofrecido una suma de dinero si asesinaba a Monteagudo. En el careo con Moreira volvió a ratificarse en su anterior declaración. Nada pudo descubrirse ni entonces ni más tarde. El Libertador cumplió la promesa que había hecho a Espinosa de salvarle la vida, y se le condenó a presidio en Chagres. Moreira y las demás personas que el reo trató de complicar, se vindicaron; pero el Libertador y muchas otras personas en Lima persistieron en la creencia de que había habido una gran conspiración de acuerdo con los realistas del Callao.

II. Bolívar y el Congreso peruano

El general Rodil rehusó aceptar la capitulación de Ayacucho, y no quiso recibir al comisionado español que le envió Canterac con la orden de entregar la fortaleza, ni tampoco al parlamentario del Libertador.

Inútiles fueron las promesas y las amenazas a que se ocurrió para inducir al bizarro realista a someterse; y ni por habersele ofrecido una capitulación especial, se consiguió hacerle desviar un punto de lo que él consideraba su deber, y con obstinación que le honra, rechazó todas las proposiciones que se le hicieron. La guarnición del Callao fue declarada fuera del derecho de las naciones y separada de la nación española y de cualquiera otra, y en consecuencia, se estableció un riguroso bloqueo de aquella plaza.

Este contratiempo no impidió al Libertador dar punto a la administración dictatorial con un grande acto de clemencia, derogando el decreto de 9 de Julio que declaraba traidores a la patria a los individuos que, estando al servicio del Gobierno, se habían pasado a los realistas o permanecido en Lima después de haberla éstos ocupado.

Lució el día aniversario de la dictadura, y el Congreso se instaló. Jamás hubo gloria que igualase a la de Bolívar en ese día. En menos de un año había hecho prodigios.

Postrado en su lecho, casi moribundo, le vio la aurora del 10 de Febrero de 1824, sintiendo, decía él entonces, que la muerte no le cubriese con sus alas protectoras. El Perú en ese mes de Febrero se hallaba como en una catalepsia política; la sangre se había coagulado en sus venas; su corazón ya no latía al nombre de libertad, y casi no había esperanzas de reanimar su pálido semblante. Pero esa misma situación desesperanzada avivó la energía de Bolívar, dándole la fuerza irresistible del desesperado. El Congreso le nombró dictador, y entonces, recogiendo en un foco las facultades de su grande ingenio, resolvió vencer.

Su nombre solo bastó a extinguir las nacientes llamas de la guerra civil, que amenazaba devorar el país entero. Su sorprendente y sin igual actividad creó un ejército. La magia de su genio hizo brotar recursos, y ante su audacia, la audacia de los enemigos se contuvo.

La naturaleza misma respetó sus generosos esfuerzos, y su ejército escaló los Andes, a pesar de la inclemencia de la estación, casi sin pérdidas; y pudo desde su campamento señalar al soldado los laureles de la victoria y al pueblo el templo de la libertad.

En medio del fragor de las batallas, abrió las puertas de la justicia al oprimido y el libro del saber al ignorante.

El éxito más brillante coronó su empresa, y al triunfar reunió a los representantes del pueblo, y presentándose ante ellos, les devolvió la autoridad de que le habían investido, sin una mancha de sangre, sin que un solo crimen la deshonrase, y entrególes la nación, no sumisa, esclava, víctima de traiciones, sino señora libre a independiente. ¿Qué dictador hizo jamás cosa igual?

Temeroso el Congreso de ver renovarse los errores que habían llevado al país al borde de la ruina, el mismo día de su instalación envió una comisión de su seno a participarlo al Libertador, a quien el señor Pedemonte dijo, entre otras cosas:

La comisión se avanza á rogar á vuecencia que, al dirigir su voz a los representantes y al pueblo reunido, se digne leer en sus semblantes los ardientes votos que abriga cada uno por la conservación de un Gobierno que tan costosa como inútilmente hemos buscado por tres años. ¡No permita el cielo que habiéndose cubierto de gloria el Congreso peruano en el 10 del pasado Febrero, con sólo el decreto de la dictadura, pase hoy por la debilidad de aceptar la dimisión de un poder, al que sin ejemplo debemos leyes, patria, libertad, existencia.

En su contestación, el Libertador representó lo peligroso que era confiar a un hombre, por más virtuoso que fuese, una autoridad ilimitada, que además era incompatible con la dignidad de la nación ofrecerla á un extranjero. Sin embargo, la comisión insistió, y su presidente, al retirarse, exclamó: *infeliz Perú si la modestia de Bolívar llega hoy a triunfar de los clamores del Congreso.*

Inmediatamente después se dirigió el Libertador a la sala en que éste tenía sus sesiones. La población, apiñada en las calles por donde pasaba, le aclamaba con vivas estrepitosos; la expresión de su gratitud era tan sincera como sus aclamaciones.

El Congreso le recibió con profundo respeto, y después de darle asiento a la derecha del presidente, se leyó el siguiente mensaje:

¡Señores! Los representantes del pueblo peruano se reúnen hoy bajo los auspicios de la espléndida victoria de Ayacucho, que ha fijado para siempre los destinos del Nuevo Mundo.

Hace un año que el Congreso decretó la autoridad dictatorial, con la mira de salvar la república, que fallecía oprimida con el peso de las más espantosas calamidades. Pero la mano bienhechora del ejército libertador ha curado las heridas que llevaba en su corazón la patria, ha roto las cadenas que había remachado Pizarro a los hijos de Manco Capac, fundador del imperio del sol; y ha puesto a todo el Perú bajo el sagrado régimen de sus primitivos derechos.

Mi administración no puede llamarse propiamente sino una campaña; apenas hemos tenido el tiempo necesario para armarnos y combatir, no dejándonos el tropel de los desastres otro arbitrio que el de defenderos.

Como el ejército ha triunfado con tanta gloria para las armas peruanas, me creo obligado a suplicar al Congreso que recompense debidamente el valor y la virtud de los defensores de la patria.

Los tribunales se han establecido según la ley fundamental. Yo he mandado buscar el mérito oculto para colocarlo en el tribunal: he solicitado con esmero a los que profesaban modestamente el culto de la conciencia, la religión de las leyes.

Las rentas nacionales no existían; el fraude corrompía todos sus cañales; el desorden aumentaba la miseria del Estado. Me he creído forzado a dictar reformas esenciales y ordenanzas severas, para que la república pudiese llevar adelante su existencia, ya que la vida social no se alimenta sin que el oro corra por sus venas.

La crisis de la república me convidaba a una preciosa reforma, que el curso de los siglos, quizá, no volverá a ofrecer. El edificio político había sido destruido por el crimen y la guerra: yo me encontraba sobre un campo de desolación; mas con taja de poder constituir en él un gobierno benéfico. A pesar de mi ardiente celo por el bien del Perú, no puedo asegurar al Congreso que esta obra haya llegado al grado de mejora con que me lisonjeaba mi esperanza.

La sabiduría del Congreso tendrá que emplear toda su eficacia para dar á su patria la organización que ella requiere y la dicha que la libertad promete. Séame lícito confesar que, no siendo yo peruano, me ha sido más difícil que á otro la consecución de una empresa tan ardua.

Nuestras relaciones con la república de Colombia nos han proporcionado poderosos auxilios. Nuestra aliada y confederada no ha reservado nada para nosotros: ella ha empleado su tesoro, su marina, su ejército, en combatir al enemigo común, como en causa propia.

El Congreso observará por estas demostraciones de Colombia el precio infinito que tiene, en el orden americano, la íntima y estrecha federación de los nuevos Estados. Persuadido yo de la magnitud del bien que nos resultará de la reunión del Congreso de representantes, me he adelantado a invitar a nombre del Perú a nuestros confederados, para que, sin pérdida de tiempo, verifiquemos en el Istmo de Panamá esa augusta asamblea que debe sellar nuestra alianza perpetua.

La república de Chile ha puesto a las órdenes de nuestro Gobierno una parte de su marina, mandada por el bizarro vicealmirante Blanco, que actualmente bloquea la plaza del Callao, con fuerzas chilenas y colombianas. Los Estados de Méjico, Guatemala y Buenos Aires nos han hecho ofertas de servicios, aunque sin efecto alguno, a causa de la celeridad de los sucesos. Estas repúblicas se han constituido y mantienen su tranquilidad interna. El agente diplomático de la república de Colombia es el único que en estas circunstancias ha sido acreditado cerca de nuestro Gobierno.

Los cónsules de Colombia, de los Estados Unidos de América y de la Gran Bretaña se han presentado en esta capital a ejercer sus funciones: el último ha tenido la desgracia de perecer de un modo lamentable; los otros dos han obtenido el *exequatur* correspondiente para entrar en los deberes de su cargo.

Luego que los sucesos militares del Perú sean conocidos en Europa, parece probable que aquellos Gobiernos decidan definitivamente de la política que hayan de adoptar. Me lisonjeo que la Gran Bretaña será la primera que reconozca nuestra independencia.

Si hemos de dar crédito a las declaraciones de la Francia, ella no está muy distante de unirse a la Inglaterra en esta marcha liberal; y tal vez el resto de la Europa seguirá esta misma conducta. La España misma, si oye los

consejos de su propio interés, no se opondrá más a la existencia de los nuevos Estados que han venido a completar la sociedad del universo.

¡Legisladores! al restituir al Congreso el poder supremo que depositó en mis manos, séame permitido felicitar al pueblo porque se ha librado de cuanto hay de más terrible en el mundo de la guerra, con la victoria de Ayacucho, y del despotismo, con mi resignación. Proscribid para siempre, os ruego, tan tremenda autoridad, ¡esta autoridad que fue el sepulcro de Roma! Fue laudable, sin duda, que el Congreso, para franquear abismos horrorosos y arrostrar furiosas tempestades, clavase sus leyes en las bayonetas del ejército libertador; pero ya que la nación ha obtenido la paz doméstica y la libertad política, no debe permitir que manden sino las leyes.

Señores: el Congreso queda instalado.

Mi destino de soldado auxiliar me llama a contribuir a la libertad del Alto Perú y a la rendición del Callao, último baluarte del imperio español en la América meridional. Después volaré a mi patria a dar cuenta a los representantes del pueblo colombiano de mi misión en el Perú, de vuestra libertad y de la gloria del ejército libertador.

Los miembros del Congreso oyeron con atención y dolor a un tiempo su patriótica exigencia.

Si fue un temor saludable a la anarquía, que creían que sólo el prestigio de Bolívar podía contener, o si fue simplemente el servilismo lo que les movió, es lo cierto que demostraron sincero y profundo horror á la sola mención de su regreso a Colombia.

En el primer caso, fue laudable, sin duda, esforzarse en preaver a su patria del mayor mal que puede afligir á una nación; pero sí diré que los peruanos se dejaron llevar de un celo algo más lejos de lo necesario. En el segundo, ni el senado romano bajo Tiberio se mostró jamás tan degenerado.

Pero sería injusto hacer esta comparación. Los miembros de aquel Congreso habían presenciado lo inútil de la lucha para conseguir la independencia bajo las anteriores administraciones y habían sido víctimas de la tiranía de Riva -Agüero y de la traición de Tagle; mientras que bajo la dictadura habían tenido mucho que admirar y nada que censurar: las leyes se habían cumplido y respetado y del despotismo sólo existía el

nombre. Fue, no hay duda, esta convicción la que los hizo apegarse al Libertador y a su Gobierno

El presidente, a nombre del Congreso, dio a Bolívar las gracias por la libertad del Perú, agregando que si abandonaba el país, volvería éste a su antigua servidumbre. Todo concurría a fortalecer la opinión del Congreso para oponerse a su partida. *Los sagrados intereses de los pueblos –le decían– y las heroicas acciones del Ejército Unido, los venturosos días del año de 1824, nuestra vacilante seguridad, la opinión pública y los votos unánimes de esta asamblea, todo, todo se opone como el torrente más impetuoso á la dimisión de un mando que, emancipándonos del antiguo coloniaje, nos sostiene contra las ambiciosas aspiraciones de anarquistas y tiranos.¡Quiera la Providencia, que ha decretado la salvación del Perú, concederle estos nuevos sacrificios del genio de la libertad!*

Á tales sentimientos contestó el Libertador con energica elocuencia, diciendo:

¡Legisladores! Hoy es el día del Perú, porque hoy no tiene un dictador.

El Congreso salvó la patria, cuando transmitió al ejército libertador la sublime autoridad que le había confiado el pueblo, para que los sacase del caos y de la tiranía. El Congreso llenó altamente su deber, dando leyes sabias en la constitución republicana, que mandó cumplir. El Congreso, dimitiéndose de esa autoridad inenajenable que el pueblo mismo apenas podía prestar, ha dado el ejemplo más extraordinario de desprendimiento y de patriotismo. Consagrándose a la salud de la patria, y destruyéndose a sí mismo, el Congreso constituyó al ejército en el augusto encargo de dar libertad al Estado, de salvar sus flamantes leyes y de lavar con la sangre de los tiranos las manchas que la Nación había recibido de esos hombres nefandos, a quienes se había confiado la autoridad de regirla

Me es imposible expresar la inmensidad de gloria que me ha dado el Congreso encargándose de los destinos de su patria. Como representante yo del ejército libertador, me atreví a recibir la formidable carga que apenas podrían sobrellevar todos mis compañeros de armas; pero la virtud y el valor de estos ínclitos guerreros me animaron á aceptarla. Ellos han cumplido la celeste misión que les confió el Congreso: en Junín y Ayacucho han derramado la libertad por todo el ámbito del imperio

que fue de Manco-Capac; han roto el yugo y las cadenas que le imponían los representantes del procónsul de la santa alianza en España.

Ellos marchan al Alto Perú; pues sean cuales fueren las miras del que allí manda, al fin es un español.

Yo volaré con ellos, y la plaza del Callao será tomada al asalto por los bravos del Perú y Colombia.

Después, señores, nada me queda que hacer en esta república. Mi permanencia en ella es un fenómeno absurdo y monstruoso; es el oprobio del Perú.

Yo soy un extranjero: he venido a auxiliar como guerrero, y no a mandar como político. Los legisladores de Colombia, mis propios compañeros de armas, me increparían un servicio que no debo consagrar sino a mi patria, pues unos y otros no han tenido otro designio que el de dar la independencia a este gran pueblo. Pero si yo aceptase su mando, el Perú vendría a ser una nación parásita, ligada así a Colombia, cuya presidencia obtengo y en cuyo suelo nací. Yo no puedo, señores, admitir un poder que repugna mi conciencia. Tampoco los legisladores pueden conceder una autoridad que el pueblo les ha confiado sólo para representar su soberanía. Las generaciones futuras del Perú os cargarían de execración: vosotros no tenéis facultad de librar un derecho de que no estáis investidos. No siendo la soberanía del pueblo enajenable, apenas puede ser representada por aquellos que son los órganos de su voluntad; mas un forastero, señores, no puede ser el órgano de la representación nacional. Es un intruso en esta naciente república.

Yo no abandonaré, sin embargo, el Perú: lo serviré con mi espada y con mi corazón, mientras un solo enemigo huelle su suelo. Luego, ligando por la mano las repúblicas del Perú y de Colombia, daremos el ejemplo de la grande confederación que debe fijar los destinos futuros de este nuevo universo.

Se emplearon nuevos argumentos para hacerle desistir de la generosa resolución a que parecía tan tenazmente apgado, representándole la nación que él había salvado como una víctima a quien sus heroicos esfuerzos acababan de arrancar del despotismo, para entregarla a un sacrificio más cruento. Los espectadores que ocupaban la barra y los salones

exteriores no pudieron contener la expresión de sus sentimientos, y repetidas veces interrumpieron el debate con sus aclamaciones. Cuando el Libertador se retiró de la sala, al pasar por las calles de vuelta al palacio, millares de voces le suplicaban que no abandonase el Perú. Los arranques del favor popular, aunque de corta duración, son por lo común sinceros.

III. La resolución del Cuerpo legislativo

Suscitóse de seguida una acalorada discusión en el Congreso, y se acordó por unanimidad que eran indispensables la permanencia de Bolívar para organizar el gobierno y su continuación en el ejercicio de la dictadura. Resolución ésta que el pueblo acogió con general aplausos. Nombróse una comisión para comunicársela al Libertador y rogarle que acatase el querer del pueblo.

Una gracia –decían los representantes–, que ha marcado de un modo tan singular las bondades de Bolívar para con el pueblo peruano, merece una expresión extraordinaria. Marche, sin ejemplo, una comisión numerosa llevando a su frente el presidente mismo del Congreso, y presente al ilustre restaurador de la república los votos de nuestra gratitud; y encárguese otra de organizar un decreto en que se consignen para eterna memoria la generosidad de Bolívar en renunciar, por complacernos, a la delicadeza de su pundonor, y la del Congreso mismo en despojarse por el bien de los pueblos de sus atribuciones soberanas.

En vano volvió a exponer la anomalía de confiar a un extranjero el mando absoluto de la nación, especialmente cuando este extranjero era el primer magistrado de una república vecina; mas estas consideraciones, manifestadas con la fuerza de la elocuencia, fueron inútiles. El temor de la anarquía fue superior a todas sus razones.

El siguiente decreto, votado unánimemente, se puso en manos del Libertador por otra diputación numerosa del Congreso, con su presidente a la cabeza:

El Congreso constituyente del Perú,

Considerando:

I. Que la república queda expuesta a grandes peligros por la resignación que acaba de hacer el Libertador Presidente de Colombia, Simón Bolívar, del poder dictatorial, que por decreto de 10 de Febrero anterior, se le encargó para salvarla;

II. Que sólo este poder, depositado en el Libertador, puede dar consistencia a la república;

III. Que el Libertador lo ha ejercido conforme a las leyes, en contraposición de las facultades que le ha franqueado la dictadura, dando un singular ejemplo en los anales del mando absoluto;

IV. Que el Libertador se ha resistido a continuar en el ejercicio de este mismo poder, a pesar de habersele conferido por el Congreso, tanto por la razón que expresa el fundamento III como por la extraordinaria confianza que del Libertador tiene la nación;

V. Que nunca ha sido observada la ley fundamental sino bajo la administración del Libertador, a pesar de que ha estado en sus facultades suspender el cumplimiento de sus artículos;

VI. Que el Libertador ha dado los testimonios más ilustres de su profundo amor por la libertad, orden y prosperidad de la república, y de su absoluta resistencia al mando;

Ha venido en decretar y decreta:

1º El Libertador queda, bajo de este título, encargado del supremo mando político y militar de la república, hasta la reunión del Congreso que prescribe el art. 191 de la constitución.

2º Este Congreso se reunirá en el año 1826 dentro del período que señala la constitución, en conformidad del art. 53 de la misma.

3º No podrá reunirse antes, atendida la moderación del Libertador en procurar siempre la convocatoria de los representantes del pueblo; pero sí podrá diferirla, por esta misma razón, si lo exigieren la libertad interior y exterior de la república.

4º El Libertador podrá suspender los artículos constitucionales, leyes y decretos que estén en oposición con la exigencia del bien público en las presentes circunstancias, y en las que pudieran sobrevenir; como también decretar, en uso de la autoridad que ejerce, todo lo concerniente a la organización de la república.

5º El Libertador puede delegar sus facultades en una o más personas del modo que lo tuviere por conveniente para el régimen de la república, reservándose las que considere necesarias.

6º Puede igualmente nombrar quien le sustituya en algún caso inesperado.

El Libertador, considerando importuna toda resistencia, cedió; y habiendo llenado ya un deber de conciencia manifestó su repugnancia a aceptar una autoridad que no creía por más tiempo necesaria, contestó al Congreso que la conservaría siempre que lo permitiese la república de Colombia.

Aprovechándose luego al punto de la facultad que se le confería por el art. 5º del decreto citado, delegó parte de su autoridad a un consejo, para el cual nombró al general La Mar presidente y vocales a los ministros Carrión y Unanue.

Su resolución de permanecer en el Perú fue no sólo aprobada, sino aplaudida por el Gobierno y pueblo de Colombia, y esta aprobación fue su único consuelo, por el sacrificio que había hecho.

IV. El Perú pone, por decreto del Congreso, diez millones de pesetas en manos del Libertador.- Bolívar no acepta ni un céntimo para sí

Después de expedir el decreto de facultades extraordinarias, ocupóse el Congreso, con un espíritu de liberalidad altamente honrosa para la nación que representaba, en mostrar su gratitud por los espléndidos servicios del Libertador; dándole un voto solemne de gracia y declarándole Padre y Salvador del Perú.

Mandó asimismo acuñar una medalla en su honor, la que llevaría por el anverso su busto con este mote: *A su Libertador, Simón Bolívar*; y por el reverso las armas de la república con este otro: *El Perú restaurado en Ayacucho, año de 1824*.

También se ordenó la erección de una estatua ecuestre en la plaza de la Constitución para perpetuar la memoria de los heroicos hechos con que había dado la paz y la libertad al Perú.

Dispúsose que en las capitales de los departamentos se fijara una lápida en la plaza mayor con una inscripción de gratitud a Bolívar; que en las casas de la municipalidad se colocara su retrato con todo el decoro posible y que la persona del Libertador disfrutaría en todo tiempo los honores de presidente de la república.

Además de estos testimonios honoríficos de la gratitud nacional, el art. 5º del decreto decía:

Se pone a disposición del Libertador, como una pequeña demostración del reconocimiento público, la cantidad de un millón de pesos, y otro igual para que él la distribuya a discreción entre los generales, jefes, oficiales y tropa del ejército libertador, reputándose como perteneciente a éste, para los efectos dichos, en la clase que el Libertador juzgue convenirle, al ministro general que fue del Estado, por la parte tan activa y laboriosa que ha tenido en la campaña.

Esta espléndida dádiva, aunque la más positiva, fue la que no tuvo atractivo para él y la que sin vacilar rechazó, contestando en estos términos al presidente del Congreso:

Excmo. señor: La munificencia del soberano Congreso se ha excedido a sí misma con respecto al ejército libertador, que ha combatido en el campo de Ayacucho. El general en jefe, gran mariscal, ha recibido una recompensa propia de los Escipiones y propia del pueblo-rey. Los demás jefes, oficiales y tropa son tratados con la más noble generosidad.

El Congreso, rivalizando en magnanimidad a los libertadores de su patria, se ha mostrado digno de representar a un pueblo augusto; pero, excelentísimo señor, ¿no estaba bastante satisfecho el Congreso con toda la confianza que ha depositado en mí y con toda la gloria que me ha dado, librando el destino de su patria en mis manos? ¿Por qué quiere confundirme, humillarme, con dádivas excesivas y con un tesoro que no debo aceptar?

Si yo admitiese la gracia que el Congreso se ha dignado hacerme, mis servicios al Perú quedarían cubiertos con demasia por la liberalidad del Congreso; en tanto que mi ansia más viva es dejar al Perú deudor de los miserables desvelos que yo he podido consagrarte.

No es mi ánimo desdeñar los rasgos de bondad del Congreso para conmigo. Jamás he querido aceptar de mi patria misma ninguna recompensa

de este género. Así, sería una inconsecuencia monstruosa si ahora yo recibiése de las manos del Perú lo mismo que yo había rehusado de mi patria. Me basta, excelente señor, el honor de haber merecido del Congreso del Perú su estimación y su reconocimiento. La medalla que ha mandado grabar con mi busto es tan superior a mis servicios, que ella sola colma la medida de mis más ilimitados deseos.

Yo acepto este galardón del Congreso, con una efusión de gratitud que ningún sentimiento puede dignamente expresar.

El Congreso oyó con sorpresa este brillante rasgo de desinterés, que aunque no extraño en Bolívar, no por eso era menos digno de admiración.

Esperando vencer su repugnancia de aceptar el liberal presente, desatendió sus excusas e insistió de nuevo en su oferta. Pero no hubo modo de vencer la tenacidad del Libertador, quien de nuevo se dirigió al presidente con estas palabras:

Excmo. señor: Tengo la honra de responder a la comunicación en que V.E. se ha servido manifestarme la generosa negativa del soberano Congreso a la mía, en que renunciaba el millón de pesos que la representación nacional del Perú ha querido poner a mis órdenes.

Veo con infinita satisfacción el empeño de manifestarme un reconocimiento que, a la verdad, ha traspasado ya sus límites regulares. Por consecuencia de estas demostraciones excesivas, he venido yo a quedar de beneficiado, y, por lo mismo, deudor de gratitud; pero sea cual sea la tenacidad del Congreso constituyente, la mía no puede ser excedida, no habiendo poder humano que me obligue a aceptar un don que mi conciencia repugna.

Yo repito á V.E., para que se digne hacerlo presente al Congreso, que sin aceptar la gracia en cuestión, mis servicios quedan recompensados infinitamente más de lo que yo me atrevía a desear.

V. E. sabe si el Congreso ha dejado de hacer algo que no me sea glorioso. Me ha nombrado Padre y Salvador del Perú; me ha decretado los honores de presidente perpetuo; ha mandado grabar mi busto en una medalla; me ha llamado Libertador; me ha obligado a encargarme del mando del Perú, y después me señala una enorme fortuna. Yo he aceptado todo con

gozo, menos lo último, porque las leyes de mi patria y las de mi corazón me lo prohíben.

Este conflicto de virtudes en que luchaban la gratitud de un lado y el desprendimiento del otro, fue decidido por el Congreso con delicada generosidad digna de los representantes de una nación opulenta. He aquí la contestación del presidente:

«Excmo. señor: El Congreso, a quien he dado cuenta de la nueva y absoluta negativa de V.E. á admitir el millón de pesos que decretó se pusiera a su disposición, como una pequeña señal de gratitud por los imponderables beneficios que como a su libertador le debe la nación, ha acordado: manifieste yo a vuecencia, según corresponde a mi actual oficio en la asamblea, que al mismo tiempo que respeta la decisión de V.E., siente vivamente ver frustradas sus intenciones en esta parte. Y que no siendo ya permitido instarle tercera vez, después de las terminantísimas propuestas de su apreciable última nota, lo es al menos pedir á V. E. se sirva destinar dicho millón á obras de beneficencia en favor del dichoso pueblo que le vio nacer y demás de la república de Colombia que tuviere V. E. por conveniente.

El Congreso no halla otro modo de concluir con dignidad la contienda suscitada entre la alta delicadeza de V. E. y los ardientes deseos que le asisten de acreditarse á V. E. y al mundo, en cuanto es posible, el agradocimiento en que le está la nación; y espera no se extienda la negativa de V.E. a rehusarle la complacencia de que sea el instrumento de la distribución de una suma siempre improporcionada para cualquiera objeto que diga relación a V. E.; pero que está firme el Congreso en que tenga precisamente esa aplicación, consolándose con que si sus cortos dones no han podido ser aceptados por la mano pura del gran Bolívar, hayan siquiera de emplearse en provecho de una parte de la humanidad que toca a V.E. tan de cerca, y a quien tanto por esta razón, como por los ingentes auxilios que ha merecido a sus hijos en la tremenda lucha que ha premiado la victoria, mira el Perú con un reconocimiento y predilección tan especial. Cedió por fin el Libertador, y lo participó al Congreso en estos términos: Excmo. señor: He tenido la honra de recibir la última resolución del soberano Congreso constituyente, relativa á la generosa recompensa de un

millón de pesos que se me había señalado, por los servicios que mis compañeros de armas han prestado al Perú en los campos de Ayacucho. Jamás se ha mostrado el Congreso tan noble como en esta determinación, que ahora es el objeto de mis más cordiales agradecimientos. El Congreso ha querido terminar su hermosa contienda conmigo de un modo digno de él mismo, distribuyendo la gracia que se me hacía entre los que han contribuido a la obra magnífica de la libertad del Perú; y para ser siempre pródigo, no olvida al pueblo que me vio nacer. Este rasgo de magnificencia ha colmado mi corazón de gozo y gratitud; y yo no dudo que mis hermanos de Caracas lo verán con la más grata complacencia. Yo, a su nombre, ofrezco al soberano Congreso las expresiones más sinceras de su anticipado reconocimiento.

V. La gratitud del caballeresco Perú. –Expresiones del Gobierno argentino. —La América unida

No se detuvo allí la munificencia del Congreso; dio el nombre de Bolívar á la capital del departamento de Trujillo, cuyos habitantes habían cooperado tan eficazmente á la libertad de la patria, en cambio del que llevaba en conmemoración de la cuna de D. Francisco Pizarro, el conquistador del Perú.

Ni se limitó únicamente a Bolívar la generosidad de esa corporación, pues atendió también a la recomendación que aquél había hecho en favor del ejército, decretando un voto de gracias al ejército unido libertador en testimonio de señalada gratitud a los autores de la libertad peruana; a los individuos del de Colombia se les declaró peruanos de nacimiento con opción a todos los empleos; se puso á disposición del Libertador un millón de pesos para recompensarlos, y se le autorizó además para instituir y señalar cualquiera otra clase de premios honoríficos o pecuniarios que estimase conveniente.

El general Sucre recibió el galardón que merecía por el resultado espléndido debido al heroísmo y habilidad con que condujo la campaña; se le dio el título de "Gran Mariscal de Ayacucho" y la suma de doscientos mil pesos. Sucre agradeció debidamente estas pruebas de reconocimiento

de sus méritos, pero más que todo le complació un bosquejo de su vida, obra de su ilustre jefe.

En medio de sus atenciones públicas halló tiempo Bolívar para dedicar algunos momentos a la amistad, y su Resumen sucinto de la vida de Sucre, aunque escrito de carrera, lleva impreso el sello del genio, como todos los escritos de su autor²⁶.

El Congreso del Perú, teniendo en cuenta el oportuno permiso que el de Colombia había concedido al Libertador para que marchase a auxiliar al Perú y por los servicios de todo género que aquella República les había prestado, nombró una comisión que fuese a Bogotá compuesta de los diputados don Manuel Ferreyros y don Manuel Otero²⁷ a expresar la gratitud de la nación al Senado y Cámara de representantes de Colombia.

Aquellos fueron días gloriosos en la vida del Libertador; de todas partes llegaban tributos de admiración a su genio y a sus grandes virtudes, y hasta sus enemigos suspendieron en estos momentos sus ataques y calumnias. Vencidos por la magnificencia de sus hazañas y la irreprochable pureza de su conducta, si no le rindieron homenaje de respeto, al menos dieron tregua a sus detracciones.

Colombia, justamente orgullosa de la gloria de poseer tal hijo, compitió con el Perú en conmemorar sus grandes hechos y en perpetuar su fama.

El Congreso colombiano, al saber el feliz término de la guerra del Perú, se apresuró a honrar a los héroes de aquella campaña memorable. Al Libertador acordó los honores del triunfo tan luego como regresase a la patria; se mandó acuñar una medalla de platina especialmente para él, en cuyo anverso se representaría la Victoria coronando al genio de la libertad, con el mote: *Junín y Ayacucho, 6 de Agosto y 9 de Diciembre de 1824, y en el reverso, una guirnalda formada de hojas de laurel y olivo con esta leyenda: Á Simón Bolívar, Libertador de Colombia y del Perú. El Congreso de Colombia, 1825.* Ordenó también que inmediatamente se pagasen al Libertador sus sueldos atrasados, que montaban a \$ 150.000, los que él nunca cobró.

El ejecutivo le delegó la facultad de conceder promociones en el ejército, facultad que en circunstancias más difíciles y más necesarias le había

26 Véase este resumen en el tomo I, páginas 9 a 15, de la Correspondencia de estas Memorias.

27 Don Jerónimo Agüero reemplazó a don Manuel Otero.

retirado. Caracas, su ciudad natal, le decretó una estatua ecuestre que se colocaría en la plaza en que está situada la casa donde nació, la cual debería llevar su nombre.

El Congreso constitucional de las Provincias Unidas del Plata también le honró enviando una Legación a felicitarlo y darle las gracias, a nombre de la república, por los grandes y distinguidos servicios que había prestado al Nuevo Mundo, cuya libertad e independencia había sellado irrevocablemente. Si no fue éste el tributo más lisonjero de cuantos recibiera, sí le fue en extremo grato, porque no lo esperaba de la política envidiosa de la administración anterior ni de la absurda rivalidad de Rivadavia²⁸.

Contribuyó sobre todo a causarle gran complacencia la esperanza próxima de ver realizado su gran proyecto de confederar las repúblicas de la América del Sur.

Colombia, Méjico, Guatemala y Chile habían contestado satisfactoriamente a su invitación, lo que le hizo creer que los representantes de dichos Estados concurrían pronto a reunirse en el Istmo de Panamá.

Su ardiente imaginación le representaba esta Asamblea como precursora de la futura grandeza y felicidad de su patria, que guiada por la sabiduría, y libre de la ambición y las pasiones mezquinas que conspiran contra la prosperidad de las naciones, vería huir tales males de estas regiones gobernadas por la filosofía y sostenidas por la virtud. Si se engaño fue porque, llevado por su patriotismo, prefirió oír sus dictados a los fríos cálculos de la política; pero no hay error más digno de indulgencia que aquel que atribuye a la humana naturaleza propensiones que la honran.

Los beneficios ideales que esperaba Bolívar del Congreso (internacional) de Panamá iban a desaparecer ante la triste realidad. No estaba

28 He aquí algunas de las brillantes y justicieras expresiones que la Nación argentina, por medio de su Gobierno, tributaba al Libertador, al felicitarlo por haber dado independencia a Sur-América con sus triunfos del Perú:

“Numerosos laureles y palmas inmortales de victoria han sabido arrancar á la fortuna los guerreros argentinos; pero todos nuestros trofeos aparecen pequeños ante vos, Señor, el Padre de cinco naciones que venís desde las bocas del Orinoco, de victoria en victoria, conduciendo el iris de la libertad, hasta sellar la total independencia del Nuevo Mundo” Y también:

“El nombre de Vuestra Excelencia es el más precioso tesoro que el siglo presente legará á los siglos venideros “.

distante el día en que él mismo se vería obligado a comparar la Asamblea proyectada a aquel griego loco que pretendía desde una roca en el medio del océano dirigir los buques que navegaban alrededor.

¿Pero para qué anticipar la época que había de traer el amargo desengaño de sus risueñas esperanzas y nublar los últimos días de su vida con las sombras de la ingratitud?

Bolívar, administrador

(1825)

I. El Libertador, ocupándose de la organización de los nuevos Estados, llama a Lancaster para que implante en Caracas su sistema de educación por medio de escuelas. –Llega a América D. Simón Rodríguez, antiguo maestro del Libertador

Mientras asciende todavía la estrella del destino de Bolívar, contemplémosla con admiración. Los homenajes de naciones y de individuos, de la elocuencia y de la poesía; las alabanzas de los patriotas y de los sabios; los espléndidos presentes que se le ofrecieron, nada alcanzó a deslumbrarle. Creía no merecer tanta admiración por lo había hecho: tal era su anhelo de hacer mucho más.

La primera cantidad de que dispuso del dinero que el Congreso peruano destinó a beneficio de su patria fue la de veinte mil pesos que remitió al célebre Lancaster, para fomentar la educación de la juventud de Caracas, ofreciéndole otra si era necesaria.

Esta cantidad tuvo más tarde que pagarla de su peculio particular, porque los agentes del Perú en Londres no pudieron cubrir sus letras.

Hacia este tiempo precisamente llegó a Lima D. Simón Rodríguez, su antiguo maestro. Cuando el Libertador supo que había vuelto a Colombia después de una larga ausencia, durante la cual había visitado muchos países de Europa, le invitó a pasar a su cuartel general, proporcionándole recursos con que efectuar el viaje, y al mismo tiempo le escribió esta afectuosa carta:

Señor D. Simón Rodríguez.

Pativilca, Enero 17 de 1824.

¡Oh, mi maestro! ¡Oh, mi amigo! ¡Oh, mi Robinson!²⁹ Usted en Colombia, usted en Bogotá, y nada me ha dicho, nada me ha escrito. Sin duda, es

29 Nombre que tomó al salir de Venezuela en 1797.

usted el hombre más... extraordinario del mundo. Podría usted merecer otros epítetos; pero no quiero darlos por no ser descortés al saludar a un huésped que viene del Viejo Mundo a visitar el Nuevo. Sí, a visitar su patria, que ya no conoce..., que tenía olvidada; no en su corazón, sino en su memoria. Nadie más que yo sabe lo que usted quiere a nuestra adorada Colombia. ¿Se acuerda usted cuando fuimos al Monte Sacro, en Roma, a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria? Ciertamente no habrá usted olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros; día que anticipó, por decirlo así, un juramento profético a la misma esperanza que no debíamos tener.

Usted, maestro mío, ¡cuánto debe haberme contemplado de cerca, aunque colocado a tan remota distancia! ¡Con qué avidez habrá usted seguido mis pasos, dirigidos muy anticipadamente por usted mismo!

Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló. Usted fue mi piloto, aunque sentado sobre una de las playas de Europa.

No puede usted figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que usted me ha dado; no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado; siempre presentes a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles.

En fin, usted ha visto mi conducta; usted ha visto mis pensamientos escritos, mi alma pintada en el papel, y no habrá dejado de decirse: Todo esto es mío.

Yo sembré esta planta; yo la regué; yo la enderezé cuando tierna; ahora, robusta, fuerte y fructifera, he ahí sus frutos. Ellos son míos; yo voy a saborearlos en el jardín que planté. Yo voy a gozar de la sombra de sus brazos amigos; porque mi derecho es imprescriptible..., privativo a todo. Sí, mi amigo querido, usted está con nosotros; mil veces dichoso el día en que usted pisó las playas de Colombia. Un sabio, un justo más, corona la frente de la erguida cabeza de Colombia.

Yo desespero por saber qué designios tiene usted sobre todo; mi impaciencia es mortal, no pudiendo estrecharlo en mis brazos. Ya que no puedo yo volar hacia usted, hágalo usted hacia mí; no perderá usted nada. Contemplará usted con encanto la inmensa patria que tiene labrada en la roca del despotismo por el buril victorioso de los libertadores, de los hermanos de usted.

No, no se saciaría la vista de usted delante de los cuadros, de los colosos, de los tesoros, de los secretos, de los prodigios que encierra y abarca esta soberbia Colombia. Venga usted al Chimborazo. Profane usted con su planta atrevida la escala de los Titanes, la corona de la tierra, la almena inexpugnable del universo nuevo.

Desde tan alto tendrá usted la vista, y al observar el cielo y la tierra, admirando el pasmo de la creación terrena, podrá decir: Dos eternidades me contemplan: a pasada y la que viene: y este trono de la Naturaleza, idéntico a su autor, será tan duradero, indestructible y eterno como el Padre del Universo.

¿Desde dónde, pues, podrá usted decir otro tanto erguidamente? Amigo de la Naturaleza, venga usted a preguntarle su edad, su vida y su esencia primitivas. Usted no ha visto en ese mundo caduco más que las reliquias y los derechos de la próvida madre. Allá está encorvada bajo el peso de los años y de las enfermedades y del hálito pestífero de los hombres; aquí está doncella, inmaculada, hermosa, adornada por la mano del mismo creador. No, el tacto profano del hombre todavía no ha marchitado sus divinos atractivos, sus gracias maravillosas, sus victorias intactas...

Amigo: si tan irresistibles atractivos no impulsan a usted a dar un vuelo rápido hacia mí, ocurriré a un epíteto más fuerte... La amistad invoco.

Presente usted esta carta al vicepresidente; pídale usted dinero de mi parte, y venga a encontrarme.

Bolívar.

No obstante esta delicada atención de parte de su ilustre discípulo, don Simón Rodríguez conocía demasiado el mundo para suponer que un hombre que había hecho tantos prodigios y elevádose de la condición privada a la cumbre de la grandeza humana, dejara de recibirlle con orgulloso condescendencia; pero se equivocaba. Yo vi al humilde pedagogo desmontarse a la puerta del palacio dictatorial, y en vez del brusco rechazo, que acaso temía, del centinela, halló la afectuosa recepción del amigo, con el respeto debido a sus canas y a su antigua amistad. Bolívar le abrazó con filial cariño y le trató con una amabilidad que revelaba la bondad de un corazón que la prosperidad, no había logrado corromper.

Rodríguez era hombre de carácter muy excéntrico; no solamente instruido, sino sabio; tenía el conocimiento perfecto del mundo, que sólo se adquiere en el constante trato de los hombres... Cuando se separó de su discípulo en Francia, permaneció allí por algún tiempo consagrado al estudio. La falta de recursos pecuniarios le hizo dejar una ocupación tan agradable como poco productiva; entonces trató de sacar partido de sus luces para ganar la vida, dedicándose al profesorado.

Viajó por Italia, Alemania, Prusia, Polonia y Rusia, deteniéndose en las grandes ciudades lo suficiente para reunir, ejerciendo su profesión, con qué hacer los gastos de viaje.

Visitó a Inglaterra y se dedicó allí al estudio del sistema de educación de Lancaster, que se propuso adelantar y que, en efecto, mejoró.

Llevaba ahora al Perú el fruto de sus observaciones y experiencia, que ofreció al Libertador, quien lo aceptó como el regalo más valioso y oportuno que pudiera hacérsele en momentos en que, habiendo cesado las hostilidades, podía él prestar su atención a su proyecto favorito de educar al pueblo. Oportuna fue, en verdad, su llegada, justamente cuando el Libertador se preparaba a recorrer los departamentos del Sur de la república, donde deseaba establecer escuelas, las que ahora pondría bajo la inmediata dirección de su amigo, conforme al sistema de Lancaster, que aquél había mejorado, y con tal objeto se apresuró a invitarle a que lo acompañase en su correría³⁰.

II. Instrucciones del Libertador al Consejo de Gobierno peruano

El Congreso peruano se disolvió el 10 de marzo; habíase reunido años antes en días de peligro, cuando los peruanos, después de probar los

30 Don Simón Rodríguez, hasta ahora poco estudiado, es, en efecto, una de las figuras más interesantes que ha producido nuestra América. Pensador paradójico y originalísimo, escritor de un encanto irresistible, era, sin duda, un cerebro algo desequilibrado. Bolívar, sin disputa, tenía algo de anormal, que tampoco se ha estudiado bien hasta ahora. El afecto que unió a estos dos hombres, y el entenderse a maravilla, ¿no tendría por base una común vesania que los hacía considerar el mundo de una manera, si no idéntica, parecida? Sobre don Simón Rodríguez se han publicado: una obra de Amunátegui, en Chile, Biografía de Simón Rodriguez (1876), y otra en París, por el colombiano Lozano y Lozano, que se titula El maestro del Libertador (Ollendorff, 1914).

primeros frutos de la independencia, empezaban a desplegar cierto espíritu de descontento; mas no debe sorprendernos que hombres que por la primera vez eran llamados a ejercer derechos que por el sistema español estaban vedados al pueblo, cometiesen errores. Pero por grandes que fuesen estos errores, no puede negarse que la mayoría de los miembros del Congreso estaba animada de los más puros sentimientos de patriotismo, de que dieron pruebas en circunstancias difíciles, a despecho de las amenazas de las facciones. Si en una ocasión cedieron a las exigencias de innovadores armados, fue porque toda resistencia habría sido imprudente y habría expuesto el país a peligros que sólo de ese modo pudieron evitarse.

Se recordará siempre, para honor del Congreso constituyente del Perú, que en aquella época de calamidades, cuando parecían en disolución completa todos los elementos sociales, se alzó superior a los mezquinos celos, que con demasiada frecuencia degradan á las asociaciones políticas en su infancia, y que tuvo el valor patriótico de adoptar resueltamente la decisión a que debió el país su independencia. Si más tarde excedió los límites de la gratitud, confiriendo, o más bien obligando a un extranjero a ejercer una autoridad limitada, atenuará su error, si no lo justifica, el estado precario del país y la conciencia de que ese extranjero era Bolívar. El Congreso del Perú se había instalado en medio de la furia de partidos encontrados y de ejércitos hostiles, y al disolverse ahora lo dejaba en el pleno goce de la paz y de su independencia.

Asuntos de la mayor importancia requerían la inmediata presencia del Libertador en el Sur de la república. Una nueva nación se levantaba entre las ruinas del despotismo, arropada en el manto de la victoria de Ayacucho, y los cuidados asiduos de Bolívar eran necesarios para guiar sus primeros pasos en el camino de la independencia.

Era empeño principal de éste y su ardiente deseo dejar a la cabeza de los negocios, en su ausencia de la capital, un consejo compuesto exclusivamente de peruanos. Con este fin, apenas recibió la autoridad que el Congreso le accordaba, resolvió delegar el ejercicio del Poder ejecutivo a los señores La Mar, Sánchez Carrión y Unanue; porque aunque el primero era natural de Cuenca, provincia colombiana, estaba al servicio del Perú y había sido en otra ocasión nombrado por el Congreso para presidir la Junta de Gobierno. Con motivo de la ausencia de La Mar y de

la enfermedad de Sánchez Carrión, hubo necesidad, muy contra el gusto del Libertador, de hacer una variación en el ministerio. El limeño don José María Pando, que se había distinguido sirviendo en España en la carrera diplomática, y estaba recién llegado al Perú, reemplazó a Unanue en la Hacienda, y éste pasó a sustituir a Carrión en el departamento de Relaciones exteriores, con la vicepresidencia del Consejo; el general Heres se encargó de la cartera vacante del Ministerio de la Guerra.

A este consejo delegó las facultades constitucionales de presidente de la república en los departamentos del Norte, reservándose la aprobación o improbación de las medidas que dictasen y la dirección suprema de los negocios en los departamentos de Arequipa, Cuzco y Puno. Las instrucciones dadas al Consejo fueron en extremo liberales y revelan al hombre de Estado. Por ser interesantes las copio en seguida:

INSTRUCCIONES AL CONSEJO DE GOBIERNO

1º El Consejo de Gobierno hará poner en ejecución en toda la república la constitución política y las leyes últimamente expedidas por el Congreso constituyente.

2º Tomará el más celoso empeño en hacer ejecutar las elecciones populares para el nuevo Congreso; de modo que la nación quede plenamente satisfecha de que el Gobierno no ha tenido otra intervención en las elecciones que la que la ley señala para poner al pueblo en la plena libertad de elegir, según su conciencia. Esta recomendación la hago simplemente para manifestar el vivo interés que tengo en que las elecciones populares se hagan del modo más libre que sea posible.

3. El Consejo de Gobierno tomará el mayor empeño en reformar todos los empleos que no sean absolutamente necesarios en todos los ramos de administración civil, militar, de hacienda y justicia.

4º Tomará también el mayor interés en reformar el sistema de hacienda, organizándolo y cortando todos los abusos, desperdicios y gastos superfluos. Este es el objeto más recomendado de todos.

5. El Consejo de Gobierno pondrá a disposición del general en jefe del ejército de la costa los víveres y los fondos que se necesiten para satisfacer la media paga al ejército de su mando, y cuantos elementos pida para dicho ejército. Lo mismo se ejecutará con respecto a la escuadra que actualmente está a las órdenes del almirante Blanco.

6. La dirección de todas estas fuerzas es privativa del Consejo de Gobierno. También le es privativo la capitulación que pueda proponerse por parte de los jefes del Callao, quedando autorizado para concederla, aprobarla y mandarla cumplir.
7. La escuadra deberá dar piezas de artillería, municiones y artilleros para establecer las baterías del sitio del Callao, siempre que las amenazas por mar no se verifiquen, o en el caso de prolongarse el sitio y de faltar armas y municiones a los sitiadores.
- 8º El vicealmirante Guise debe venir a esta capital y debe ser juzgado por las acusaciones que se le han hecho en Guayaquil y por todas las demás faltas que ha cometido desde que tomó el mando de la marina de la República. El vicealmirante Guise no volverá a ser de ningún modo empleado en la marina, en atención a que ha manifestado una grande animosidad contra la representación nacional, y una grande decisión por el intruso gobierno de Riva-Agüero. Lo mismo se hará con cualquiera otro individuo que profese los mismos sentimientos.
- 9º La marina nacional exige una reforma radical en oficiales y marineros. Sería muy conveniente que los comandantes, tripulaciones y tropa sean la mayor parte del país, sin perjuicio no obstante de los oficiales extranjeros que han servido a la república en la marina, a quienes se procurará emplear de un modo honroso y útil.
10. El general Salom, general en jefe del ejército, será auxiliado con todo lo que sea necesario a estrechar el bloqueo por mar y tierra, y aun para dar el asalto cuando se crea conveniente. El general Salom continuará en el ejercicio de su empleo, con las mismas facultades y atribuciones que hasta hoy, sin que se le restrinjan ni coarten.
11. El Consejo de Gobierno remitirá al Alto Perú dos millones de pesos que deben venir de Inglaterra del último empréstito del señor, Robertson. Estos dos millones servirán para satisfacer las pagas atrasadas del ejército vencedor en Ayacucho.
12. Mensualmente se remitirán al Alto Perú, para pagar al ejército su media paga, mientras vienen los dos millones del Sr. Robertson, cincuenta mil pesos. El Consejo de Gobierno tomará estos cincuenta mil pesos de donde le parezca más conveniente.
13. El Consejo de Gobierno tendrá presente que los departamentos de Lima y Trujillo son los que están destinados para asistir con sus fondos

al ejército sitiador del Callac y a la marina y tendrá también presente que el señor Cochrane debe a la república una cuantiosa suma de dinero, que debe pagar en estos meses, de la cual puede usar para los gastos del ejército sitiador y del Alto Perú.

14. El Consejo de Gobierno tendrá presente el decreto que manda que á ningún individuo se le pague hasta que el ejército de Ayacucho y la marina hayan sido ajustados y pagados.

15. El Consejo de Gobierno dirigirá a Inglaterra una misión diplomática con objeto de entablar relaciones con aquel Gobierno y con los demás de Europa, inclusive el de Su Santidad. La misión diplomática se compondrá de los señores Olmedo y Paredes, los cuales serán acreditados cerca de los gobiernos europeos. Estos señores procurarán dar una idea exacta del estado de la República, y de sus deseos de entablar relaciones de amistad y de comercio, procurando obtener el reconocimiento del Perú, tanto de la Inglaterra como de las demás potencias. Los comisionados extenderán sus pasos hasta la España misma, procurando por cuantos medios les sugiera su política y sagacidad atraerla al reconocimiento de la independencia del Perú. Los enviados tendrán por base los tratados preliminares con España, el reconocimiento de nuestra soberanía como condición sine qua non, y para los tratados preliminares que puedan celebrar con las demás potencias, una utilidad recíproca, y que el Perú sea tratado como una de las potencias más favorecidas con respecto a las contratantes, pero nada concluirán definitivamente. Estos comisionados, además de su carácter diplomático, serán autorizados para celebrar y contratar en Inglaterra un empréstito de dos millones de libras esterlinas, el cual se extenderá a trece millones de pesos, siempre que haya un rompimiento de guerra contra la América por cualquiera otra potencia europea, además de la España. A la comisión fiscal irá asociado don Juan José Sarratea, para que perciba los fondos que hayan de remitirse al Perú. Si la misión de los señores Olmedo y Paredes se verifica, el señor Olmedo será autorizado para permanecer en Inglaterra o pasar a París y demás cortes de Europa, adonde crea conveniente entablar negociaciones o enviar al señor Paredes, para lo cual ambos serán suficiente y separadamente autorizados. Si el señor Olmedo no pudiere ir a Inglaterra, entonces la misión no será diplomática, sino puramente

fiscal, destinada a la consecución del empréstito, y en este caso se compondrá de los señores Paredes y Sarratea, los cuales serán autorizados para negociar el empréstito, bien *in solidum*, bien separadamente, en caso de muerte o enfermedad de alguno de los dos. En el caso de que sólo vayan Inglaterra los señores Paredes y Sarratea, el señor Paredes será autorizado, además de la comisión fiscal, de una comisión diplomática ostensible en la corte de Roma, y de un carácter privado de agente cerca de los demás Gobiernos europeos, con el objeto de negociar con la corte de Roma nuestro reconocimiento y acordar con Su Santidad el modo de remediar nuestras necesidades espirituales, y el modo de entendernos con aquella corte; y con las demás, sondear sus sentimientos y disposiciones con respecto a nosotros, y darles ideas claras y exactas de nuestra posición militar y política, y de nuestros deseos de entablar relaciones amistosas con ellas. Los señores Olmedo y Paredes recibirán doce mil pesos por año y dos mil para sus secretarios, siempre que se encarguen de la misión diplomática; pero si ésta no tuviere lugar, y el señor Paredes fuere sólo asociado con el señor Sarratea a negociar el empréstito en Inglaterra, el señor Paredes tomará el mismo sueldo de doce mil pesos, y el señor Sarratea percibirá el interés de un medio por ciento sobre toda la cantidad que se le entregue para enviar al Perú; pero si se negociare por sí solo el empréstito, por impedimento del señor Paredes, entonces percibirá el medio por ciento sobre toda la cantidad conseguida, y nada sobre la que remita; y el señor Paredes nunca tendrá más que su asignación de doce mil pesos, sea cual fuere su carácter. Los comisionados para negociar el empréstito serán autorizados para tomar cuentas y poner en plena claridad los anteriores empréstitos contraídos por la república en Inglaterra, y el líquido que resulte lo enviarán al Gobierno.

16º Obtenido el empréstito se remitirá al Gobierno la mitad integra de lo que se haya negociado, y la otra mitad quedará en Inglaterra en el Banco. La cantidad que haya de enviarse al Gobierno se hará por la vía de Jamaica a Panamá, y de allí a Lima o directamente por el Cabo; pero el Consejo de Gobierno dará sobre estas remisiones las más claras y detalladas instrucciones a los comisionados, para la seguridad de estas cantidades. Nunca será el Consejo de Gobierno demasiado prolíjo ni demasiado previsor en tan importante materia. El dinero que debe venir

aquí debe invertirse en pagar al ejército y la deuda nacional con respecto a extranjeros. Sobre los fondos que quedan en Inglaterra, pueden girarse libranzas en favor de las personas á quienes se deba. Este sistema sería benéfico al Gobierno.

17. El Consejo de Gobierno procurará meditar profundamente las instrucciones que deba dar a los comisionados que han de ir á Inglaterra, bien como diplomáticos y fiscales a la vez, bien como fiscales solos, pues este paso, considerado bajo de ambos aspectos, es de una suma importancia para la república

18º El Consejo de Gobierno enviará diez jóvenes con los comisionados a Inglaterra, o por separado, para que aprendan allí las lenguas europeas, el derecho público, la economía política y cuantos conocimientos forman al hombre de estado. Estos jóvenes deben ser desde doce hasta veinte años. Serán escogidos entre los más distinguidos por su talento natural, aplicación, buena conducta y aptitud intelectual. Debe también tenerse presente la buena figura como una de las calidades necesarias a las personas que han de emplearse en las relaciones exteriores: estos diez individuos deben tomarse cuatro en el departamento de Lima, dos en el de Trujillo, dos en el de Cuzco y dos en el de Arequipa. El Consejo de Gobierno dictará las medidas necesarias para su subsistencia y enseñanza en Inglaterra, y hará lo más que juzgue conveniente con respecto a este negocio.

19. Se recomienda al Consejo de Gobierno muy particularmente el ejercicio más estricto de una severa justicia con respecto á los neutros y extranjeros. Jamás debemos pasar de los límites que el derecho de gentes nos concede para no vernos obligados a explicaciones y reparaciones dolorosas; pero tampoco debemos someternos a ninguna exigencia excesiva de parte de los neutros armados en nuestras costas, procurando siempre adornar nuestra firmeza con una amable moderación. Nunca se debe usar de palabras fuertes, aun cuando los neutros las empleen con injusticia y descaro, porque la verdadera dignidad consiste en mantener íntegros los derechos legítimos. En caso de duda sobre cualquiera punto en cuestión, la inacción es el mejor remedio, hasta estar bien cerciorados de la naturaleza del caso, y del derecho. La Gran Bretaña es digna de las consideraciones que reclama la gratitud, pero sin degradación.

20. Cuando hayan de enviarse los plenipotenciarios a la asamblea general de los Estados americanos en el Istmo de Panamá, el Consejo de Gobierno me consultará siempre quiénes deben ser los enviados por la república.

21. El Consejo de Gobierno está autorizado para tomar todas aquellas medidas de seguridad que requieren las circunstancias de la guerra y de la revolución; tomando por límites de dichas medidas la autorización que el soberano Congreso me ha dado para la salvación de la república.

22. En caso que alguna otra potencia europea además de la España declarase la guerra a cualquiera de los Estados americanos, antes españoles, o se tengan fundados temores de un rompimiento, el Consejo de Gobierno tomará contra los súbditos de la potencia o potencias que declaren la guerra cuantas medidas de precaución crea convenientes, expulsando los que sean sospechosos. Tomará cuantas medidas crea necesarias para aumentar las fuerzas de mar y tierra de la república y para preparar el envío de auxilios a los Estados amenazados, arreglándose en este negocio a la ley del Congreso sobre auxilios a los nuevos gobiernos y muy particularmente a Colombia, cuyas fuerzas se hallan en este territorio y que tantos sacrificios ha hecho por la libertad del Perú.

Mientras permaneció el Libertador al frente de la administración promulgó algunas ordenanzas para mejorar las industrias del país y desarrollar las fuentes de su riqueza, derogando las que eran contrarias al espíritu liberal que le animaba hacia los extranjeros ; bajo su protección todo hombre industrioso de cualquiera nación que fuese halló un asilo en el Perú donde antes sólo habría encontrado trabas bajo el régimen español.

III. Marcha triunfal del Libertador. —Su constante preocupación: la instrucción pública.—Entrada en Arequipa y medidas administrativas

El 3 de Abril se instaló solemnemente el Consejo, y el 10 del mismo mes el Libertador, acompañado de su secretario general y de su estado mayor, partió para Arequipa por el camino de la costa, que prefirió al de

la sierra, que ya conocía, y también porque los departamentos del Sur reclamaban su presencia y los beneficios que los del Norte habían recibido.

Antes de salir de la capital se despidió de sus habitantes con estas palabras:
¡Limeños! Yo me ausento con el mayor dolor de vuestra hermosa capital, para ir los departamentos del Sur a llenar el dulce deber de mejorar la suerte de vuestros hermanos, recientemente incorporados a la república. El gobierno de aquellos pueblos ha sido hasta el día puramente despótico, y el de sus leyes propias aún no está completamente organizado; ellos, pues, han menester de la inmediata autoridad suprema para el alivio de sus pasados infortunios.

¡Limeños! Yo voy altamente satisfecho de vosotros, por vuestra absoluta consagración a la causa de vuestra patria. En recompensa os dejo un gobierno compuesto de hombres dignos de mandaros, y un ejército tan disciplinado como heroico. Nada, pues, debéis ya temer. El reino del crimen ha cesado: leyes justas habéis recibido de vuestros legisladores, y a hombres probos he encargado de su ejecución. Vuestro deber queda limitado a gozar tranquilamente del fruto de la sabiduría del Congreso de vuestros magistrados. Bien necesitáis de un largo reposo para curar vuestras profundas heridas. Yo os deseo este reposo, pero en el suave movimiento de la libertad.

La costa del Perú es un desierto desapacible inhospitalario, interrumpido de trecho en trecho por arroyos que desprendiéndose de las montañas forman anchas quebradas donde el viajero fatigado encuentra alivio contemplando los verdes campos cultivados, cuya belleza resalta más por el contraste que forma con los estériles arenales que ha recorrido durante el día; aquellos sitios son por lo general muy fértiles, producen caña de azúcar, algodón, uvas, dátiles y otros frutos de los países tropicales.

Aquí y allí se ven ruinas de las grandes ciudades destruidas por los conquistadores, y se encuentran todavía vestigios de acueductos y otros monumentos que atestiguan la civilización a que habían llegado los aborígenes bajo el imperio de los incas. La gran calzada que atravesaba todo el país ha sobrevivido a la caída de su trono y al exterminio de su raza.

Al Sur de Lima, por este camino se encuentran grandes y populosas villas como Cañete, Pisco e Ica, cuyos valles bien cultivados recrean la vista del viajero. Pero el aspecto general de la costa carece absolutamente de atractivo y de recursos.

El calor de día es excesivo y la crudeza de la brisa del mar en la noche demasiado fría para ser agradable; la arena y el polvo que el viento levanta a todas horas es insoportable.

Difícil sería describir la recepción que en todo el tránsito hicieron los pueblos al Libertador. Su viaje fue una verdadera marcha triunfal. Al acercarse a las poblaciones salían los habitantes a su encuentro. Los indios se señalaban más que todos por su estusiasmo en estas festividades, vestidos con los ricos y vistosos trajes que, según la tradición, usaban sus antepasados.

Cuando la distancia entre dos pueblos era mayor de la que podía rendirse en una jornada, se improvisaban alojamientos a la vera del camino; y tanto se esmeraban en procurar lo necesario, que ni en aquellos desiertos se echaban de menos las comodidades de las ciudades, anticipándose los habitantes a los deseos del ilustre viajero.

En muchas ocasiones, en medio de aquellas soledades, cuando menos se esperaba y entrada ya la noche, multitud de luces anuncianaban a la fatigada comitiva, después de una larga marcha, que las autoridades de algún pueblo vecino le aguardaban con su cortés hospitalidad.

No servían ellos a ningún ingrato. En ese largo camino ni una ciudad, ni un pueblo, ni una villa, ni una aldea dejaron de recibir sus beneficios.

Averiguaba en todas partes las necesidades locales, examinaba las causas de los males de que se quejaban y aplicaba remedio a los abusos que habían nacido durante la guerra; pero ¿qué más que la desolación que veía en torno suyo para evocar sus sentimientos de filósofo y filántropo?

Con la ruina de la agricultura y la destrucción del comercio, la industria había huido de aquellos lugares; en una palabra, la guerra lo había consumido todo y sus huellas se veían por doquier.

El Libertador daba cuenta al Consejo de Lima de lo que veía, é imploraba su intervención en favor de los desgraciados habitantes de la costa, llamando sobre todo su atención al total abandono de la instrucción pública, y pidiendo al Gobierno encarecidamente proveyese a tan premiosa

necesidad. No desatendió éste sus indicaciones, y por medio de decretos benéficos se esforzó en volver a aquellas comarcas la prosperidad que la revolución y la discordia civil habían hecho desaparecer.

Nada se escapaba a las miradas penetrantes de Bolívar, quien no contento con atender al bien público, se dio a investigar cuidadosamente las causas recónditas de su decadencia y a buscar los medios de aliviarla. Si algún impuesto era demasiado oneroso lo disminuía o lo sustituía con otro más conforme a las circunstancias. Para mejorar el estado sanitario de aquellas ciudades prohibió la inhumación de los cadáveres en las iglesias e hizo construir cementerios fuera del recinto del poblado.

Durante la guerra se había perdido la vacuna en el país y el pueblo estaba expuesto á los estragos de la viruela, tan fatal sobre todo a los indígenas de la América; hizola venir de otras partes y propagar de nuevo en todos los departamentos. Si las propiedades de particulares habían sufrido en aquella época desastrosa, las del Gobierno habían quedado totalmente destruidas; averiguó las causas de esta ruina, y lo que antes era una carga para el Estado se convirtió en fuente de riqueza.

Su entrada en Arequipa el 14 de Mayo fue motivo de público regocijo, que correspondió al antiguo patriotismo y a la opulencia de aquella ilustre capital.

La municipalidad y gran concurso de vecinos salieron a recibirle a muchas leguas de la ciudad, llevándole un magnífico caballo espléndidamente enjaezado: los estribos, el bocado, el pretal y los adornos de la silla y de la brida eran de oro macizo.

Al aproximarse a la ciudad, un inmenso gentío de todos los pueblos de los alrededores cubría el camino interrumpiendo el paso. Pero la más grata bienvenida que recibiera fue la de los vencedores de Ayacucho, sus amados compañeros de sus fatigas y su gloria. La primera división del ejército colombiano estaba formada en las calles que conducían a la casa en que iba a desmontarse; el gozo, el amor y el entusiasmo se retrataban en los semblantes de los veteranos al ver de nuevo el jefe idolatrado; y no eran menos intensos los sentimientos de éste al recibir las silenciosas congratulaciones de los soldados a quienes tanto debía la América. Se dieron banquetes y bailes en su honor; en verdad que nunca se habían desplegado más suntuosas galas en Arequipa.

En medio de estas fiestas, el Libertador seguía incansable su tarea de organizar el departamento, cotejando sus rentas actuales con las de años anteriores e introduciendo reformas en ellas; informándose de los servicios de los empleados del Gobierno, de sus aptitudes, así como de sus opiniones, y siempre que el resultado de los informes era desfavorable a algún individuo, nombraba otro más idóneo en su lugar; pero sometiendo la elección al dictamen del futuro Congreso.

Estableció una Junta encargada del fomento de la riqueza, semejante a la de Lima; fundó escuelas públicas para niños de ambos sexos, y atendió personalmente a la organización de estos planteles, bajo la dirección de don Simón Rodríguez, y a pesar de la escasez de las rentas, halló modo de dotarlos.

Hizo grandes economías con la eliminación de muchos empleos inútiles; depositó la administración de justicia en personas que merecían con razón la confianza pública, por su probidad, pureza, imparcialidad y conocimiento de las leyes.

Confirió a eclesiásticos virtuosos las dignidades vacantes en el coro; la promoción de Luna Pizarro a una de ellas es prueba de que la virtud y el patriotismo no quedaron sin el premio merecido.

Dispuso que se estudiase la costa por ingenieros de experiencia para establecer un nuevo puerto, por carecer el de Quilca de las comodidades necesarias para el comercio. Así fue como en menos de un mes de permanencia en Arequipa, extendió su influencia bienhechora a todos los ramos de la administración y puso las bases de la prosperidad y civilización que pronto se desarrollaron.

IV. Bolívar en el Cuzco: el civilizador, el creador de pueblos.

–Redime a los indios, como antes emancipó a los negros

El 10 de Junio partió para el Cuzco, atravesando la cordillera en cortas jornadas. Las primeras fueron desagradables y cansadas con motivo del soroche; pero lo pintoresco de las vistas y la novedad del paisaje hicieron olvidar las penalidades, convirtiendo el viaje en una agradable excursión.

Aun en las mismas cumbres de los Andes se levantaron arcos triunfales a su paso y los habitantes se mostraban siempre entusiastas en todas

partes al aproximarse el Libertador, quien al verlos en regiones tan elevadas, recordó que veinte años antes había presenciado análogas escenas en los Alpes, al pasarlos Napoleón, de viaje para Milán.

Las montañas y los campos estaban cubiertos de manadas de vicuñas, alpacas y llamas, y, sagaz observador, concibió la idea de domesticar la vicuña para convertirla en ramo de riqueza nacional. Hasta entonces el modo empleado para conseguir su preciosa lana era bárbaro en extremo: se la cazaba sin misericordia é indistintamente, al macho o a la hembra, amenazando la pronta extinción de tan bella raza. Para impedirlo, prohibió su destrucción bajo penas pecuniarias y se esmeró en la propagación de las crías, ofreciendo recompensas a los que domesticasen y redujesen a rebaños esta especie privilegiada.

Su tránsito por los departamentos del Sur semejaba la marcha de un conquistador: tales eran los homenajes que se le tributaban y las manifestaciones del pueblo. Pero en verdad no era la visita de un filósofo, deseoso de explorar los recursos latentes del país y de excitar los pueblos a la práctica de la virtud. Cada objeto que llamaba su atención era cuidadosamente examinado, y de sus investigaciones, de ordinario sacaba provecho la nación.

Vio con harto dolor que el crecimiento de una de las más ricas porciones del universo se hubiese detenido y su desarrollo paralizado por la mezquina política de los dominadores españoles y la indolencia genial de sus moradores; éstos habían desaparecido, pero la indolencia quedaba, y para removerla tocó Bolívar los resortes del orgullo nacional.

El departamento del Cuzco, populoso y fértil en productos naturales, estaba casi incomunicado con las provincias del litoral por la falta de caminos; después de cruzar la cordillera, se convenció de que no había obstáculos insuperables que se opusiesen a la construcción de un buen camino, y en consecuencia decretó se abriesen dos carreteras en los departamentos del Cuzco y Puno, que uniéndose en Maravillas, atravesase uno principal la cordillera de los Andes, desde allí vía de Arequipa hasta la costa. Él mismo demarcó su dirección y ordenó a los ingenieros levantasen presupuestos para la obra; pero este magnífico proyecto nunca se realizó, porque faltó para ejecutarlo el genio que lo concibiera. Sin embargo, lucirá el día en que la posteridad bendiga la mano que lo señaló, indicándole el medio más seguro de alcanzar la prosperidad nacional.

El 21 de Junio fue recibido el Libertador en los límites del departamento del Cuzco por el prefecto y los funcionarios de la capital.

El territorio que limita los de Puno y Cuzco, por este lado, es un desierto inculto, pero en esta ocasión habíanlo transformado los cuzqueños en risueño jardín, levantando arcos y regando flores en las avenidas que conducían a una casa, más sumptuosa que sólida, que habían construido en ese paraje. Nada se ahorró para proporcionar cuanto pudiera apetecer al ilustre viajero; todo lo que podía procurarse con dinero en punto a manjares delicados se hallaba en ella.

A lo largo del camino a la capital, las poblaciones más importantes, como los humildes caseríos, competían en las demostraciones de alegría al ver a su Libertador; pero nada puede compararse a la magnificencia que desplegó la antigua capital de los incas, cuando entró en ella el 25 de Junio. Diríase que la ciudad había sufrido muy poco en el curso de la revolución: tanta era la riqueza que ostentó en este día. Los frentes de las casas estaban adornados de ricas colgaduras y ornamentos de oro y plata, y los arcos triunfales en las calles ostentaban los mismos ricos adornos, vistosamente arreglados. De ventanas y balcones caía una lluvia de flores y coronas de laurel que las manos preciosas de las bellas arrojaban al pasar la comitiva, así como puñados de monedas y medallas al pueblo que la vitoreaba.

Lo mismo que en Arequipa, regalóle la municipalidad un caballo con jaez de oro, y del mismo metal las llaves de la ciudad que le presentaron.

Después de asistir al solemne *Te Deum* que se cantó en la catedral, se dirigió a la casa municipal, donde le esperaban las señoras principales de la ciudad con una corona cívica de oro cubierta de diamantes y perlas. Aunque no podía negarse a aceptar estos costosos regalos sin desairar a las que se los hacían, me consta que no conservó para sí ninguno de ellos los repartió entre los oficiales de su Estado Mayor y algunos jefes del ejército, y hasta entre los soldados, dando la preferencia á los que más se habían distinguido en la campaña. Yo tuve el honor de ser obsequiado por él con las llaves de la ciudad.

Desde los días de sus Incas, nunca había visto el Cuzco tanta opulencia ni tan sincera alegría.

Los indios mismos, a pesar de su abyecta degradación, participaron del entusiasmo universal, dando a su regenerador la bienvenida a la

metrópoli del antiguo imperio, con todo el aparato y cortesía con que, según la tradición, sus antepasados recibían a sus emperadores. A pesar de su ignorancia, sabían apreciar los beneficios que el Libertador les había hecho, y aunque criados como siervos, podían estimar la libertad, y comprender que era él quien los había redimido del injusto tributo de los repartimientos y la mitad que tanto los oprimía, y quien los había elevado al rango de ciudadanos, rompiendo las cadenas que física y moralmente les tenían degradados. Como filántropo, no pudo Bolívar contemplar sin emoción la ciudad que despertaba recuerdos de aquella raza infeliz. Vio las ruinas de sus templos y palacios, de sus murallas y jardines, y meditando sobre sus instituciones con la filosófica avidez del legislador, dedujo que un pueblo que sin los auxilios de la moderna civilización había llegado a tanta altura, alcanzaría honrosa posición bajo los auspicios de un buen Gobierno.

El tributo de la mita, que desde el año anterior había abolido, no era la única carga bajo la cual gemía el indio miserable: un sinnúmero de injusticias le oprimían, y cualquiera de ellas hubiera bastado á abrumarle.

El corregidor, el cura, el agricultor, el minero, el mecánico, todos y cada uno de ellos eran sus opresores, obligándole a cumplir los contratos más onerosos y fraudulentos. La vida para él era una maldición bajo tamaña servidumbre. Hasta los consuelos de la religión se le vendían a precio de oro.

Pero en defensa de los indios interpuso el Libertador su autoridad expidiendo decretos para extirpar tantos abusos; prohibiendo bajo las penas más severas que se les emplease en ningún trabajo sin que precediese un ajuste libremente estipulado. En las obras públicas de utilidad general, en que hasta entonces habían sido ocupados los indios exclusivamente, ordenó que los demás ciudadanos compartiesen con ellos la carga por iguales partes, y que cesasen las extorsiones a que antes se les había compelido.

Redujo los emolumentos eclesiásticos, fijando por un decreto especial los derechos de estola, que en lo sucesivo habían de cobrarse por la administración de los sacramentos. Anuló el derecho que aún tenían los corregidores y los curas para exigir de ellos gratuitamente servicios domésticos. En una palabra, abolió todos los gravámenes que pesaban sobre ellos desde la dominación española.

Pero no fue esto todo: declaró vigentes las antiguas leyes españolas que les favorecían, y mandó que se diese a cada indígena, sin distinción de edad ni sexo, cierta porción de terreno. Como por la constitución de la República todas las clases privilegiadas y los títulos habían dejado de existir, dispuso asimismo que cesase también la autoridad hereditaria y las preeminencias de que gozaban los caciques, lo que no contribuyó poco a aliviar la suerte de los indios; porque esos señores, en vez de protegerles, en la mayor parte de los casos, abusaban de su autoridad, usurpando las tierras de aquellos que por la ley les estaban sometidos. Sin embargo, a los de sangre real les confirmó en la propiedad de las tierras que por herencia les pertenecían.

Señaló, además, pensiones a los descendientes y deudos de los desgraciados príncipes que habían sido sacrificados por la venganza española y les devolvió las propiedades á que tenían derecho.

Tomó bajo su protección a los hijos de Pumacahua y les decretó pensiones, como también a los de Angulo y Béjar, y dispuso que el de éste se educase a expensas de la nación.

El espíritu de Las Casas parecía revivir en Bolívar, por el laudable celo que desplegó en favor de la regeneración de los indios.

No sólo los libró de toda opresión y de la indigencia, sino que les procuró todas las comodidades posibles, abriéndoles campo a la industria, y hasta halagó su orgullo con exquisita benevolencia, que sólo puede emanar de un sentimiento noble y generoso, disponiendo se conservasen las ruinas de sus monumentos que habían burlado el estrago del tiempo y la avaricia española. *-La gloria -dijo- que estos monumentos, aun en ruinas, reclaman en favor de sus autores, no debe quedar olvidada.*

El departamento del Cuzco contiene muchas interesantes ruinas, que comprueban el poder y la grandeza de los incas. Caminos, acueductos, jardines, baños, restos de palacios suntuosos e inmensas fortificaciones –todo en grande escala– son testimonio del adelanto de su industria y de su genio, que sorprende más si se tienen en cuenta las dificultades que la Naturaleza les oponía y su ignorancia de la mecánica.

La ciudad de Cuzco puede, en verdad, llamarse la Roma de América. Su historia, sus fábulas, sus ruinas encantan. La inmensa fortaleza del lado del Norte es el Capitolio ; el templo del Sol, su Coliseo ; Manco-Capac fué

su Rómulo; Viracocha, su Augusto; Huáscar, su Pompeyo, y Atahualpa, su César. Los Pizarros, Almagros, Valdivias y Toledos son los hunos, gordos y cristianos que la destruyeron; Tupac-Amaru es su Belisario, que le dio un día de esperanza; Pumacahua, su Rienzi y último patriota.

Si grandes fueron los beneficios que recibieron los demás departamentos con la visita del Libertador, el del Cuzco los recogió mucho mayores. Esta antigua ciudad mereció con razón su especial predilección.

Fundó el colegio del Cuzco y dedicó para local del instituto el templo y el edificio de los jesuitas, y le asignó las rentas de que hasta entonces habían disfrutado los monjes de Belén, así como las de los colegios de San Bernardo y del Sol, y el producto de los censos y temporalidades del departamento. Además de este colegio estableció otro para niñas, dotándolo con renta suficiente. Estableció un hospicio para huérfanos y expósitos, y una casa de refugio para los ancianos y desvalidos.

Con la aquiescencia de las autoridades eclesiásticas redujo el número de conventos y dedicó sus edificios y rentas á objetos de utilidad pública. También señaló la cuota con que debían contribuir los conventos ricamente dotados para sostener aquellos establecimientos.

Como en otras ciudades, estableció una escuela preparatoria en Urubamba, ciudad que dista ocho leguas del Cuzco, donde poseyeron los incas una casa de campo, con jardines y baños.

Mandó construir un vasto cementerio, y también un acueducto para proveer la ciudad de agua, que era allí hasta entonces muy escasa.

Los decretos que promulgó durante su corta permanencia en el departamento, al mismo tiempo que demuestran vastas y nobles miras, comprueban el celo y fervor con que atendía a los intereses de la nación cuyo gobierno le estaba confiado.

Allí consagró la mayor parte de su tiempo a las reformas administrativas, redujo los gastos públicos, suprimiendo los empleos inútiles, como lo había hecho en Arequipa. Todas sus medidas fueron esencialmente justas, económicas y beneficiosas al Estado.

Con motivo de la revolución, las fuentes de riqueza en general habían sufrido deterioro, particularmente las minas, como que las más ricas habían dejado de explotarse; y atento a que éstas, si abandonadas por sus dueños durante un año y un día, pasaban, según las ordenanzas

españolas, a ser propiedad del primero que las denunciaba, derogó aquella disposición. Creyendo que la venta de esas minas aliviaría el Tesoro público, sirviendo al pago de la deuda considerable que lo abrumaba, las declaró propiedad del Estado y de libre administración de su Gobierno.

Después de visitar las célebres ruinas de Ollantaytambo y otras en los contornos del Cuzco, el Libertador se despidió de la célebre ciudad, a cuyo bienestar se había dedicado con tanto celo y de cuyos moradores había recibido tan marcadas demostraciones de gratitud.

El mes que residió allí fue una fiesta continua.

Desde el prefecto hasta el más humilde ciudadano todos los moradores competían en demostraciones inequívocas de entusiasmo. Fue motivo de general sentimiento su partida el 26 de Julio, llevando las bendiciones de las viudas y huérfanos, cuyas lágrimas había enjugado y cuyas necesidades dejaba satisfactoriamente remedias.

V. El Libertador entra en Puno. –Visita el lago Titicaca

Del Cuzco se encaminó á la capital del departamento de Puno, donde llegó el día 6 de agosto, recibiendo en los caminos y pueblos del tránsito la misma acogida fervorosa y los mismos tributos de patriótico entusiasmo que le habían dispensado los demás departamentos que había visitado. Puno, a su vez, participó de los beneficios que había derramado con profusa mano en Arequipa y Cuzco; como que, en efecto, no se hicieron esperar mejoras y reformas saludables en todos los ramos administrativos, así como economías en los gastos, establecimientos de escuelas, de colegios de artes y de ciencias; recompensas al patriotismo en la distribución de los empleos, patrocinio al culto y protección a la navegación.

Nada dejó que desear para desarraigar los abusos que el despotismo había dejado sembrados.

Señaló claramente el camino de la prosperidad y de la libertad. Las sabias y liberales medidas que dictó merecieron los más calurosos encomios de parte de los sabios y de los filósofos y le atrajeron las bendiciones del pueblo.

Un ilustre peruano que acababa de regresar del destierro voluntario que le había impuesto su rígido patriotismo, y cuyo testimonio es

irrefutable, a la par que le honra, se expresa en estos términos en carta que tengo a la vista:

Excmo. Sr.: Al poner el pie en mi país, después de una larga peregrinación, por no capitular con las facciones que lo devoraban y llorar de lejos los males de mi patria, involuntariamente se vuelven mis ojos al hijo primogénito de Sur-América, que me ha dado esa suspirada patria, y a quien debo el pertenecer al suelo en que nací.

No me es dado respirar el aire nativo, sin que mi alma no se sienta comovida de las más fuertes emociones de admiración y gratitud al héroe que después de haber creado a Colombia al través de inmensas dificultades y de los más costosos sacrificios, volé al Perú a dar el último golpe a un enemigo todavía bastante poderoso, no sólo para mantener esta tierra en la fatal servidumbre, sino para amagar con ella al mismo Chile, donde había yo buscado mi asilo durante la tempestad.

El cielo, que dispone de la suerte de las naciones, tenía destinado a V. E. para que en lo más rudo de la adversidad, y cuando por nuestros errores y defeciones se divisaba más remota la libertad, por un golpe de trueno disipase en el *Actium* del Nuevo Mundo el orgulloso poder español, arrancándole para siempre la presa cuya posesión por tres centurias le hacía prometerse nuevos siglos de imperio.

El cielo –que, según una frase sagrada, pre establece rectores sobre cada pueblo eligió a V.E. para que viniese a apagar el volcán que encendieran nuestras pasiones, quebrantar las cerraduras que nos aherrojaban en las mazmorras de la esclavitud y hacernos entrar en el campo de la luz. ¡Oh, i aprendiésemos a caminar por él sin extraviarnos por falsas sendas!

V.E. con sus sabias providencias nos traza la ruta, y ciertamente, después del don divino de la independencia, este beneficio exalta mi gratitud a V. E., persuadido como estoy de que no hay otra libertad verdadera que el ejercicio de la virtud o el imperio de la ley; y que recién salidos de los vicios y hábitudes a que nos había avezado el despotismo, necesitamos un genio superior que nos enseñe á discernir el bien real y sólido del aparente. Permitame V.E. repetir que al instruirme y ver de cerca en mi país las medidas de V.E. para establecer el orden, al tocar con la mano las sublimes virtudes que adornan a V.E., el más puro gozo ha inundado mi

alma; desaparecieron hasta los menores vestigios de recelo o desconfianza, inseparable de todo fiero republicano a la vista de un gran capitán, cuya gloria se teme pueda eclipsar la libertad civil; y no ceso de bendecir al Supremo árbitro de los Estados, por el don de concedernos al digno émulo de Washington, que sin duda ocupará la primera página en los fastos de Sur-América, y hará ver a la envidiosa Europa que el suelo manchado por los Almagros y Pizarros no es menos afortunado que el poblado por el virtuoso Penn.

Tal es la opinión de Luna Pizarro, cuya sed de libertad era tan difícil saciar.

De la capital de Puno partió el Libertador á visitar los pueblos principales y el lago y la isla de Titicaca, célebre como cuna de Manco-Capac, fundador del imperio de los incas. Las ruinas de los monumentos que allí existen son inferiores en magnificencia á las que se encuentran alrededor del Cuzco; bien que no son menos interesantes las reflexiones morales a que naturalmente dan lugar.

Titicaca fue la Meca de los antiguos peruanos, y aunque al presente no es objeto de las frecuentes peregrinaciones de sus descendientes, sin embargo lo contemplan con cierta especie de veneración religiosa. Bolívar, meditabundo, contemplaba con profunda commoción las ruinas que en el Perú había causado la avaricia. Desde Cajamarca, donde fue asesinado Atahualpa, hasta Titicaca, cuna de Manco-Capac, padre de aquella raza singular de autócratas, hay pocos puntos donde no se ostenten los vestigios del poder de los incas al lado de la barbarie de los invasores españoles, que iban a apagar su sed de oro aun a los templos y a las tumbas.

El Libertador había ya completado la tarea que se había impuesto al salir de Lima, visitando los departamentos del Sur de la república y dándoles la organización provisional que requerían, según los principios más liberales. Faltábale cumplir otro deber para su propia gloria: constituir un nuevo Estado, creación de sus proezas, que por un acto de espléndida gratitud había tomado su nombre.



Colección Bicentenario de Ayacucho

- © Ministerio del Poder Popular para la Cultura
- © Comisión Presidencial para la Conmemoración del Bicentenario
- © Centro de Estudios Simón Bolívar

ISBN: 978-980-14-5678-0

Hecho el Depósito de Ley:

Depósito legal: DC2024002236

Junín y Ayacucho
digital

Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, República Bolivariana de Venezuela,
diciembre de 2024

JUNÍN Y AYACUCHO

El 9 de diciembre de 1824 se libró la Batalla de Ayacucho, hecho que significó el fin de la dominación española en el sur de América. Para conmemorar el bicentenario de esta gran gesta, la Fundación Editorial El Perro y la Rana se complace en presentar *Junín y Ayacucho*, selección de las *Memorias*, Daniel Florencio O'Leary, que narra dichas batallas y que, además, recopila y transcribe una serie de cartas y documentos fundamentales para entender cómo un ejército inferior en número, en armamentos y en ánimos, logró consumar una victoria de tal envergadura. Así, quien quiera comprender no solo la valía política del Libertador, sino el genio militar de Sucre, tiene en sus manos una obra imprescindible.

DANIEL FLORENCIO O'LEARY (CORK, IRLANDA 1801 - BOGOTÁ, 1854)

Político y militar de origen irlandés, fue edecán del Libertador y uno de sus hombres de confianza. Sus *Memorias* constituyen un documento fundamental no solo para estudiar la vida del Libertador, de la cual es una de las fuentes más importantes, sino para comprender buena parte del siglo XIX americano. Sus restos reposan en el Panteón Nacional.

O'Leary se unió a la causa libertadora del general Bolívar junto con la brigada británica, antes de iniciar la travesía de los patriotas desde los llanos venezolanos hasta la Nueva Granada por la ruta trazada por Bolívar, nunca antes emprendida: el páramo de Pisba. Al servicio del Libertador, es nombrado su edecán el 17 de septiembre de 1819.